

AÑO II — BARCELONA 5 DE NOVIEMBRE DE 1883 — NÚM. 97

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SEÑORITA Y CRIADA, cuadro por E. Blaas

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL FÉMUR DE JUAN CRUZ *(Conclusion)*, por don Julio Parra de Murviedro.—MATITAS, por don A. Sanchez Perez.—GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE de los Sres. Alberto y Gaston Tissandier.

GRABADOS.—SEÑORITA Y CRIADA, cuadro por Eugenio Blaas.—LOS ÚLTIMOS GLADIADORES, cuadro por J. Stallaert.—EL NUEVO PALACIO DE JUSTICIA EN BRUSELAS construido segun los planos de M. Polaert.—REFUGIUM PECCATORUM, cuadro por Luis Nono.—GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE de los Sres. Alberto y Gaston Tissandier.—Lámina suelta: E PUR SI MUOVE, dibujo por Enrique Serra.

REVISTA DE MADRID

La biblioteca del Ateneo.—Mudanza de ese establecimiento.—La antigua casa y la nueva.—El salon de sesiones.—El concurso de los pintores.—Aumento de secciones.—La música en boga.—El hombre más festejado de Madrid.—*Apolo*, San José y *San Franco de Sena*.—Rehabilitacion del teatro.—Apoteósis de Arrieta.—Diálogo en el pasillo.—El *Demi-monde* en la *Comedia*.—*¡Beefsteack* á la española!

Dentro de pocos dias transitarán por las calles de Madrid una porcion de vehículos cargados con la ciencia y el arte de todas las generaciones humanas.

No habrá principio, ni sistema, ni teoría, que no se pueda considerar incluido en aquellas cargas preciosas que recorrerán el trayecto comprendido entre la calle de la Montera y la calle del Prado, y harán su entrada triunfal en un edificio recientemente construido.

Los hombres indoctos verán pasar indiferentemente aquellos carros de mudanza; pero la gente instruida, las personas que anhelan ardientemente la cultura pública, se inclinarán respetuosamente ante el cúmulo de libros trasportados á sus nuevas estanterías, diciendo con frases encomiásticas:

—¡Ahí va la biblioteca del Ateneo!

***

En efecto, el Ateneo se mudará dentro de algunos dias. Tiene casa propia, merced á los auxilios de muchas personas que todavía conservan vivo y tenaz el sentimiento de la ilustracion patria.

Cierto que las más delicadas esencias no pierden su perfume ni sus excelentes cualidades por estar contenidas en vasijas de mezquino barro. «El hábito no hace al monje»—dice el refran; y al través de un cuerpo de mísera apariencia puede alentar un espíritu de gran penetracion y de altísimos vuelos.

Pero siempre es mejor dar un buen albergue á las cosas que llevan consigo muchos quilates de enaltecimiento.

La antigua casa del Ateneo,—aquella en que todavía reside, pero que muy pronto será abandonada,—es mezquina, pobre y fea. La nueva casa, en cambio, tiene condiciones para el fin á que se halla destinada.

Los arquitectos han hecho maravillas. La casa, vista desde fuera, parece que no ha de bastar á contener todo el número de socios. La fachada es hermosa, pero estrecha. La irregularidad del solar ha hecho que el frontispicio del Ateneo sea una especie de símbolo de la sabiduría. El acceso al gran templo de la ciencia es limitado y dificultoso.... Pero despues de haberse cruzado el pórtico, se ensancha el dominio intelectual y el alma recorre amplísimos espacios.

Tal es lo que pasa en el Ateneo. Despues de una fachada que parece, por su estrechez, una cinta de piedra,—permítaseme el símil,—tejida con primorosas labores y agujereada por una gran puerta, el local se extiende por dentro, tomando considerable parte de un jardin, y ofreciendo á la vista extensos salones de conversacion y de lectura, una biblioteca montada con arreglo á los últimos adelantos, un salon de sesiones, alto, espacioso, bien acondicionado, con la debida separacion entre los asientos del público y los de los socios, con elegantes tribunas para que puedan asistir señoras, con hermosa luz zenital durante las horas de dia, y con magníficos aparatos de iluminacion durante la noche,—un salon, en fin, que por su propia belleza inspirará elevados conceptos á las personas que allí esgriman, en lid provechosa, las armas de su inteligencia.

Imaginad ahora todo esto, decorado por nuestros primeros artistas, cuyo pincel se ha puesto á disposicion de la Junta del Ateneo, y algunos de los cuales han terminado ya con este objeto preciosas pinturas; suponed la animacion, el entusiasmo que invadirá aquellos salones el dia en que se inauguren; calculad la importancia que indudablemente tendrá el discurso que ha de leer el actual presidente D. Antonio Cánovas del Castillo; dad por supuestos los aplausos, las enhorabuenas mutuas, las albricias y los plácemes de todos los socios... y despues de todo esto podeis considerar mentalmente instalada esa docta Sociedad en su nuevo edificio, que están terminando multitud de obreros, y que dentro de poco será brillante ornamento de la calle del Prado.

El Ateneo aumenta sus trabajos. En los cursos pasados no habia más que tres secciones dedicadas al choque de los debates:

Seccion de literatura, seccion de ciencias físicas y naturales, y seccion de ciencias morales y políticas.

Pues bien; en la nueva casa proyéctase introducir dos secciones más: la de ciencias históricas, y la de música.

¡Oh! socios filarmónicos, habeis vencido. El piano estaba desterrado del Ateneo. El piano entrará ahora con todos los honores de su rango.

El bello ideal de los *dilettanti* del Ateneo es abarcar todas las esferas del arte y de la ciencia.

En una palabra...; quieren tocar muchas teclas!

***

No ha de privarse el Ateneo de sesiones musicales, cuando la música es lo que más priva.

Yo mismo haria uso del pentágrama musical si no temiera que estas revistas saliesen con *fusas*.

Lo cierto es que por encima de todas las combinaciones políticas de gobernadores, de secretarios, de altos empleados, flota en los actuales momentos un nombre que por privilegio de unanimidad absoluta se halla en todos los labios.

¡Este nombre es el de Arrieta!

La persona hoy por hoy más festejada en todo Madrid es el inspirado autor de la música de la zarzuela *San Franco de Sena* que todas las noches lleva al teatro de Apolo un numeroso contingente de admiradores.

Arrieta es el *suceso* del dia.

Se le agasaja, se le mima, se trata de celebrar banquetes en honor suyo, y se recogen suscriciones en varios establecimientos para regalarle una corona que ciña sus sienes de artista.

El fervor del público es justo y merecido.

Sobre esa magnífica obra, ideada mucho ántes de morir por el insigne autor dramático Ayala, ha vertido el señor Arrieta verdaderos raudales de inspiracion divina.

A su soplo creador se han desvanecido las preocupaciones que alejaban al público del teatro de Apolo.

Era este un coliseo desgraciado. Sea porque se hallaba edificado en el solar de un templo, sea porque el público no se encontraba á su sabor en aquellos palcos profundos y sombríos, de estilo francés, y desprovistos de la alegría que es proverbial en los teatros españoles, lo cierto es que la ausencia de espectadores ha arruinado en varias ocasiones á los distintos empresarios del teatro de Apolo.

Pero hoy el aspecto ha cambiado.

Entre Apolo y San José, bajo cuyo patrocinio se halla la iglesia inmediata, parece haberse firmado un convenio.

El dios Apolo presta el local, y *San Franco de Sena* pone de su parte la música sublime de Arrieta.

Corresponde al público proporcionar el entusiasmo, y satisface el tal su parte alícuota con fervor tan extraordinario que todas las noches hace salir al palco escénico una porcion de veces al Sr. Arrieta.

Algunos desearian verle salir en el aire, sustituyendo la aparicion milagrosa del final del segundo acto, con nubes, y corona, y ángeles á los piés para mayor exaltacion de su gloria.

Pero el ilustre director del Conservatorio dice sonriendo:

—No; esto no me corresponde. Yo podré haber escrito música agradable, música que entusiasma al público; pero... *música celestial*... ¡De ninguna manera!

***

Oido en un entreacto:

—¿Qué te parece la traduccion?

—¡Hombre! ¡Si no lo es!..

—¡Cómo que no! Pues ¿qué quiere decir esto: *Franco* (moneda francesa) y *Sena* (rio que pasa por Paris)?

—¡De modo que segun tu opinion deberia habérsele puesto otro título!

—Sí; este, por ejemplo:

Peseta del Manzanares.

***

Gran triunfo de la señora Tubau y de los señores Mario y Sanchez de Leon en el teatro de la Comedia.

Representan el *Demi monde* admirablemente.

María Tubau de Palencia hace el papel de baronesa *d'Ange* con gran pericia artística.

Mario imprime un imborrable sello de naturalidad y de intencion filosófica al carácter de Olivier de Jalin.

Y Sanchez de Leon parece que ejecuta su apasionado papel de Nanjac montado en unos zancos... Tanto es lo que ese apreciable actor se ha crecido.

Los tres obtuvieron incesantes aplausos... Y da gusto oir en castellano... en buen castellano, ¡palabra de honor! las agudas frases y los ingeniosos conceptos de Alejandro Dumas, hijo!

Don Luis Valdés, traductor de la obra, merece los encomios del público.

No es como esos arregladores que destruyen la obra original, á pretexto de acomodarla á los usos y costumbres de España.

¡Horror! Yo comparo esos arregladores con los que van á cenar á un café diciendo al mozo:

—Tráeme un biftek.

—Está bien, señorito.

—Pero... oye; que lo hagan á la española.

PEDRO BOFILL

Madrid 3 noviembre 1883.

NUESTROS GRABADOS

SEÑORITA Y CRIADA, cuadro por E. Blaas

El bello cuadro de este notable artista, cuya reproduccion, admirablemente grabada por Brend'amour, insertamos en la primera página, ha llamado con justicia la atencion en la última Exposicion artística de Viena por la belleza de las figuras, la correccion del dibujo y lo delicadamente vigoroso del colorido, cualidades que distinguen en alto grado al pintor de Blaas. Hijo éste de otro artista tirolés de quien recibió sus primeras lecciones, ha recorrido las principales naciones europeas ávido de estudiar y de perfeccionarse en su noble profesion, y hoy se halla establecido en Venecia, en cuyas costumbres, así antiguas como modernas, ha buscado los asuntos de la mayor parte de sus lienzos, asuntos que sabe tratar con la soltura y acierto que se echan de ver en los dos tipos femeniles de nuestro grabado.

LOS ÚLTIMOS GLADIADORES, por J. Stallaert

Esta hermosa composicion, interesante por su asunto, grandiosa por su concepcion, ejecutada vigorosamente y con pleno conocimiento de época, es una bella apoteósis de la influencia del cristianismo en las costumbres paganas. La accion tiene lugar en la ensangrentada arena del circo: dos gladiadores, etíope al parecer el uno y galo el otro, han reñido con el odio que inspiran la rivalidad en los ejercicios corporales y la diversidad de raza. Uno de ellos ha sucumbido y su contrario, en el paroxismo del furor, vá á hundir en el cuerpo del vencido el horrible tridente cuyas heridas son mortales de necesidad. Ni el pueblo embrutecido pide gracia para el infeliz que va á perder la vida, ni las vestales, esas inconcebibles vírgenes embriagadas por el hedor de la sangre de los luchadores, se toman la molestia de levantar la mano en señal de perdon. Vestales y pueblo necesitan emociones crueles: los dioses del Olimpo no predisponen los corazones á la clemencia.

Un hombre, empero, se atreve á arrostrar el furor del pueblo y la ira brutal del gladiador; un anciano venerable é inerme se lanza á la arena del circo y en lugar de blandir la espada que mata, levanta al cielo la mano que bendice y pronuncia junto al vencedor las sublimes palabras símbolo de la nueva doctrina: *amaos los unos á los otros como hermanos.* El luchador atónito contempla con más asombro que odio al que de tal suerte contiene su vengativo brazo; un nuevo mundo parece surgir á su vista; Dios llama á su pecho por boca del inspirado cristiano... El bárbaro que iba á dar la muerte á su semejante, quizás la reciba resignadamente: la fe cristiana convirtió á muy esforzados gladiadores en más esforzados mártires.

EL PALACIO DE JUSTICIA EN BRUSELAS construido segun los planos de M. Polaert

La nacion belga ha demostrado prácticamente cuánto vale un pueblo ilustrado, siquiera no figure en el número de las grandes potencias que lo son únicamente por la suma de sus habitantes ó el alcance de sus cañones. El dia 15 de octubre último inauguró su nuevo palacio de justicia, el más vasto edificio de Europa (26,000 metros superficiales) empezado á construir en el reinado de Leopoldo I, y cuyo coste ha ascendido á unos 50 millones de pesetas. En él se albergan digna y hasta lujosamente todos los tribunales de la capital, desde el de Casacion hasta el de Paz, desde el civil en su más inferior instancia hasta el militar en su más elevada jerarquía. Veintisiete salones destinados á tribunal propiamente dicho y doscientas cuarenta y siete dependencias, constituyen este inmenso palacio, situado en el punto culminante de la ciudad, al extremo de la calle de la Regencia.

Es tal la fastuosidad empleada en decorar este monumento, que algunos han creido deber criticarla por excesiva. No estamos de acuerdo: el templo de la Justicia nunca será excesivamente magnífico. Quédense esas censuras para aquellos pueblos que construyen hipódromos cuando carecen de hospitales ó levantan plazas de toros miéntras albergan á la magistratura en exiguas y hasta indignas estancias de conventos suprimidos.

REFUGIUM PECCATORUM, cuadro por L. Nono

¡Pobre mujer!.... Ha cometido una de esas faltas que la ley no castiga, pero que la sociedad no perdona. Arrodillada, postrada, abatida mejor dicho, ante una imágen de la Madonna en la calle principal de Chioggia, la jóven atribulada busca un refugio á la sombra de aquella reina de los cielos que pesa simultáneamente los pecados de las almas débiles y las lágrimas de los corazones arrepentidos. La madre del Dios de los cristianos es ménos implacable que algunos de sus puritanos adoradores; la Vírgen de Belen no puede echar en olvido las palabras de su Hijo:—El que se encuentre exento de pecado, arroje la primera piedra.

Luis Nono es un pintor veneciano que en poco tiempo ha adquirido justa celebridad. El cuadro que le reproducimos llamó poderosamente la atencion en la última Exposicion romana de bellas artes. El rey de Italia adquirió este notable lienzo, impregnado de un sentimiento tanto más verdadero, en cuanto se exhibe y comunica con mayor economía de recursos rebuscados.

E PUR SI MUOVE, dibujo por Enrique Serra

El recuerdo de la célebre frase del inmortal Galileo es donosísima ocurrencia del autor de esta composicion. Dos hombres de armas han penetrado, Dios sabe cómo, en la estancia de un sabio, y sin respeto á la ciencia, hacen de

los infolios profana mesa de su báquico recreo. Uno de esos hombres, mal seguro sobre las piernas, aplica entrambas manos sobre la esfera terrestre, que gira bajo la presion del ebrio, de igual suerte que gira la estancia, si el soldado ha de dar crédito á sus sentidos embrutecidos por el vino. Entónces es cuando le viene naturalísimamente á la memoria la exclamacion de Galileo.

Este dibujo acredita una vez más que Enrique Serra se dedica al arte con fe y con éxito.

EL FÉMUR DE JUAN CRUZ

(Conclusion)

—Está V. exaltado y febril. Vuelva á su casa y durante unos dias no se ocupe V. de nada. Las heridas producidas por trabajos de anfiteatro suelen tener malas consecuencias.

Moran siguió á medias el consejo de su compañero. En vez de acostarse inmediatamente y ponerse á dieta por causa de la calentura, volvió á su casa é intentó almorzar. Se sentó á la mesa, mas no bien lo hubo hecho, vió enfrente de él á Juan Cruz, sentado y mirándole fijamente.

El doctor se puso en pié, se llevó la mano á la frente, trasladóse á su despacho, escribió una receta que envió á buscar inmediatamente y se acostó.

Comenzó á delirar, y su ama de llaves, excelente mujer que le servia hacia muchos años, mandó llamar al doctor Romero. Este declaró que el enfermo tenia calentura perniciosa grave, causada por envenenamiento anatómico.

Moran, en su delirio, repetia incesantemente el nombre de Juan Cruz y extendia los brazos como para rechazar al espectro.

Pasados algunos dias, disminuyó la fiebre y el doctor entró en la convalecencia; pero su mirada reflejaba un extravío que hizo temer mucho por su razon.

Por fin se restableció y emprendió su acostumbrado género de vida. Sin embargo, no volvió á entregarse á sus experimentos, ni puso los piés por la sala de clínica de la calle de la Verónica.

VI

Una mañana el doctor se dirigia hácia el hospital, bajando por la calle de Santa Isabel.

Al llegar junto á la fuente, en la que sólo habia algunas mujeres, un golpe de viento se llevó el sombrero de aquel, haciéndole volar por encima del pilon. Moran y las mujeres, que le habian visto caer al suelo, le buscaron inútilmente; el sombrero habia desaparecido.

Cerca de la fuente jugaban algunos muchachos, pero no era creible que estos le hubieran tomado y pudiesen ocultarle.

No pareció: aquello era maravilloso.

Al retroceder á su casa para tomar otro sombrero, el doctor se encontró con uno de los practicantes que habian presenciado la última experiencia eléctrica practicada en la calle de la Verónica, y enterado por aquel del incidente del sombrero, dijo chanceándose:

—Indudablemente es una mala pasada del rencoroso Juan Cruz.

Moran no le contestó. Subió á su casa, tomó un sombrero y en vez de ir al hospital, se dirigió á la del doctor Romero, que á aquellas horas tenia consulta pública.

—Amigo mío,— le dijo,—vengo á hablar á V. de cosas graves. La verdad es que yo creo que me voy volviendo loco; el espectro de Juan Cruz no se separa de mi vista, me sigue por todas partes; y yo quiero pedir á V. un favor.

—Cuantos V. necesite; sabe que somos antiguos amigos.

—Pues bien, obsérveme V., y apénas note en mí algo grave, condúzcame lo más ocultamente que pueda á un manicomio.

—Pero, hombre....

—Sí, amigo mio, á un manicomio. No quiero dar el doloroso espectáculo de mi demencia.

El incidente temido por el doctor no tardó en acaecer. Un dia, estando practicando una operacion en el hospital, comenzó á gritar: «¡Juan Cruz, Juan Cruz!» y arrojando el bisturí por una ventana salió á la calle corriendo.

Aquella misma tarde, el doctor Romero, pretextando una consulta, le condujo al manicomio de Carabanchel, de cuyo director era amigo.

Durante algun tiempo hubo que aplicarle la camisa de fuerza. Despues, se fué sosegando; pero indudablemente siempre creia ver el espectro de Juan Cruz, pues así lo indicaba la fijeza de su mirada.

Se encerró en un silencio sombrío y no contestaba á las preguntas del médico que le asistia. El doctor Romero iba á verle con frecuencia. Moran le miraba cara á cara; pero no le conocia ó fingia no conocerle.

—¡Qué cosa tan pobre es el cerebro humano!—decia aquel al director del establecimiento.—Hé aquí una gran inteligencia aniquilada en un momento por un exceso de materialismo. El materialismo produce la barbarie y esta engendra la locura: el espiritualismo es la fuerza del entendimiento y el orígen de la vida.

El doctor Romero, por causa quizá de su fervor espiritualista, cristiano y, por consecuencia, creyente, se afilió, aunque mediante lentas gradaciones, á la escuela espiritista. Primeramente vió sin creer; despues, poco á poco, llegó á creer sin ver. Su ambicion científica y su carácter predispuesto á lo sobrenatural hiciéronle aspirar á ser *medium* y lo consiguió.

Comprendiendo el desvío de la facultad de medicina hácia la secta espiritista, Romero ocultó cuanto pudo sus aficiones, y este misterio redoblaba el atractivo de sus creencias.

La catástrofe de Moran y la historia de Juan Cruz le afirmaron más y más en aquellas; y en las relaciones del doctor sin corazon y del cadáver atormentado veia diseñarse el dedo de la Providencia.

VII

El doctor Romero asistia con frecuencia á una reunion espiritista, en donde una sociedad *escogida* se entregaba á sus lucubraciones.

Allí, evocados por la fe de los adeptos, desfilaban los espíritus más célebres, contestando complacientemente á las preguntas mas difíciles.

Una noche acaeció en la sesion un suceso extraordinario.

El *medium* (que era el doctor) habia evocado el espíritu de San Francisco de Sales.

Al formular la pregunta de ordenanza:—¿Quién está aquí?—el espíritu dió sobre la mesa una serie de golpes que traducidos en letras ofrecieron por resultado el nombre de «Juan Cruz.»

El doctor, estupefacto, repitió la pregunta, y los golpes repitieron el mismo nombre.

Los circunstantes se hallaban sorprendidos: ¿Quién era Juan Cruz? ¿Cómo se atrevia á competir con el Cid Campeador, Santa Teresa, Napoleon I habituales asistentes á aquellas reuniones? y sobre todo ¿por qué habia usurpado el puesto de un santo tan caracterizado como San Francisco de Sales?

El doctor se vió obligado á dar algunas explicaciones respecto á Juan Cruz y reanudó su interrogatorio.

—¿Eres Juan Cruz?

—Sí.

—¿De dónde vienes?

—No quiero contestar.

—¿De qué país eres?

—De Rivadeo.

—¿Por qué no hablas gallego?

—Porque no me da la gana.

—¿Por qué has venido sin llamarte?

—A pedir que me den sepultura.

Al oir esta frase todos los presentes se conmovieron.

—¿Quién te ha negado el reposo mortal?

—Mi verdugo.

—¿Quién es?

—Angel 1.°

—Insolente! no te burles de nosotros! ¿Quién es?

—Un médico.

—¿Cómo se llama?

—El doctor Romero.

Al oir esta respuesta, el pobre doctor experimentó un ligero síncope, y miéntras se serenaba, como la reunion estuviese muy interesada, prosiguió una señora rubia, que era una notable *medium*, el interrogatorio interrumpido.

—¿Qué pides, pues?

—Ya lo he dicho; sepultura.

—¿Dónde?

—En tierra santa.

—¿En Jerusalen?

—No, en tierra santa ordinaria.

—¿Dónde está tu cuerpo?

—No lo sé.

—¿Podrá enterrarse?

—Quizá.

—¿Y si no se encuentra?

—Romero irá á Carabanchel.

Al oir esta respuesta del espíritu, el buen doctor que ya habia vuelto de su desmayo, se estremeció de piés á cabeza.

Toda la reunion opinó que era necesario buscar el cuerpo de Juan Cruz y enterrarle.

VIII

El honrado y crédulo médico sabia que hay espíritus injustos y burlones, pero esto no obstante, la acusacion fulminada por Juan Cruz contra él le preocupó grandemente. Quizá la moral del mundo de los espíritus era más exigente y depurada que la de la tierra. Tal vez él habia sido cómplice inconsciente en las desgracias del jóven gallego, exasperando con sus eternas polémicas el materialismo y la crueldad del doctor Moran.

Además, Juan Cruz habia dicho:

—Romero irá á Carabanchel.

¿Cuál era el sentido de esta frase: una advertencia ó una amenaza?

Desobedecer á un espíritu era cosa grave, y por tanto, el buen médico se propuso cumplir á toda costa los deseos del muerto. Sabia que los despojos de este, despues de la sesion de electricidad, habian quedado en la sala de clínica de la calle de la Verónica; el doctor tenia las llaves de la casa que su compañero Moran le habia dado cuando, sintiéndose enfermo, le encargó la asistencia de su clientela; y por consecuencia, el primer cuidado de Romero fué registrar minuciosamente la sala de diseccion y de experimentos.

Pero ni el cadáver, ni siquiera los restos de Juan Cruz, estaban allí.

Se trasladó al hospital provincial y vió á Martinez, el practicante favorito del doctor Moran. Este le dijo que el cadáver se hallaba en poder del preparador anatómico del doctor para montar el esqueleto y que si queria verle, en aquella hora debia hallarse en la sala de clínica del Colegio de San Cárlos.

En efecto, Romero lo encontró allí y le pidió el esqueleto, en nombre del doctor Moran por el que estaba completamente autorizado en todo lo concerniente á asuntos profesionales. El preparador le dijo que la montura de la pieza anatómica estaba á punto de quedar terminada y que al dia siguiente por la tarde, se la enviaria á su casa.

Con esta promesa Romero se tranquilizó algun tanto. Una vez en su poder, haria enterrar la osamenta de Juan Cruz y punto concluido.

Aquella noche se presentó en la sesion espiritista, contó las diligencias que habia practicado y propuso la evocacion del espíritu de Juan Cruz. Un orador pidió la palabra y declaró que dicha evocacion era inconveniente, que el espiritismo debia ocuparse de cosas más trascendentales y que por última vez accedia á los deseos del doctor Romero.

La evocacion, pues, comenzó bajo malos auspicios.

El mismo doctor sirvió de *medium*, y no sin gran trabajo consiguió que acudiera el espíritu rebelde; y como era *medium* de escritura, fué consignando en un papel las respuestas del interrogado.

—Juan Cruz, ¿estás aquí?

—Sí.

—Pronto serás enterrado.

—No, falta algo á mi cuerpo.

—¿El qué?

—Busca.

—¿La carne? eso es natural.

—No, falta utra cusiña.

—¿Y si se ha perdido?

—Esu nu es cuenta mia; te hagu respunsable.

El doctor se estremeció.

—¿Por qué hablas en gallego?

—Purque me da la gana.

—¿Dónde encontrar lo que te falta?

—En Carabanchel. El otru perru de doctor lu sabe.

—¿Y qué hay que hacer?

—Llévale un huesu y él te dará otru.

—Basta—dijo el orador de oposicion—Si el doctor Romero tiene cuentas particulares, á nosotros no nos importa. Necesito evocar el espíritu de Olózaga para que explique el sentido de la célebre frase:

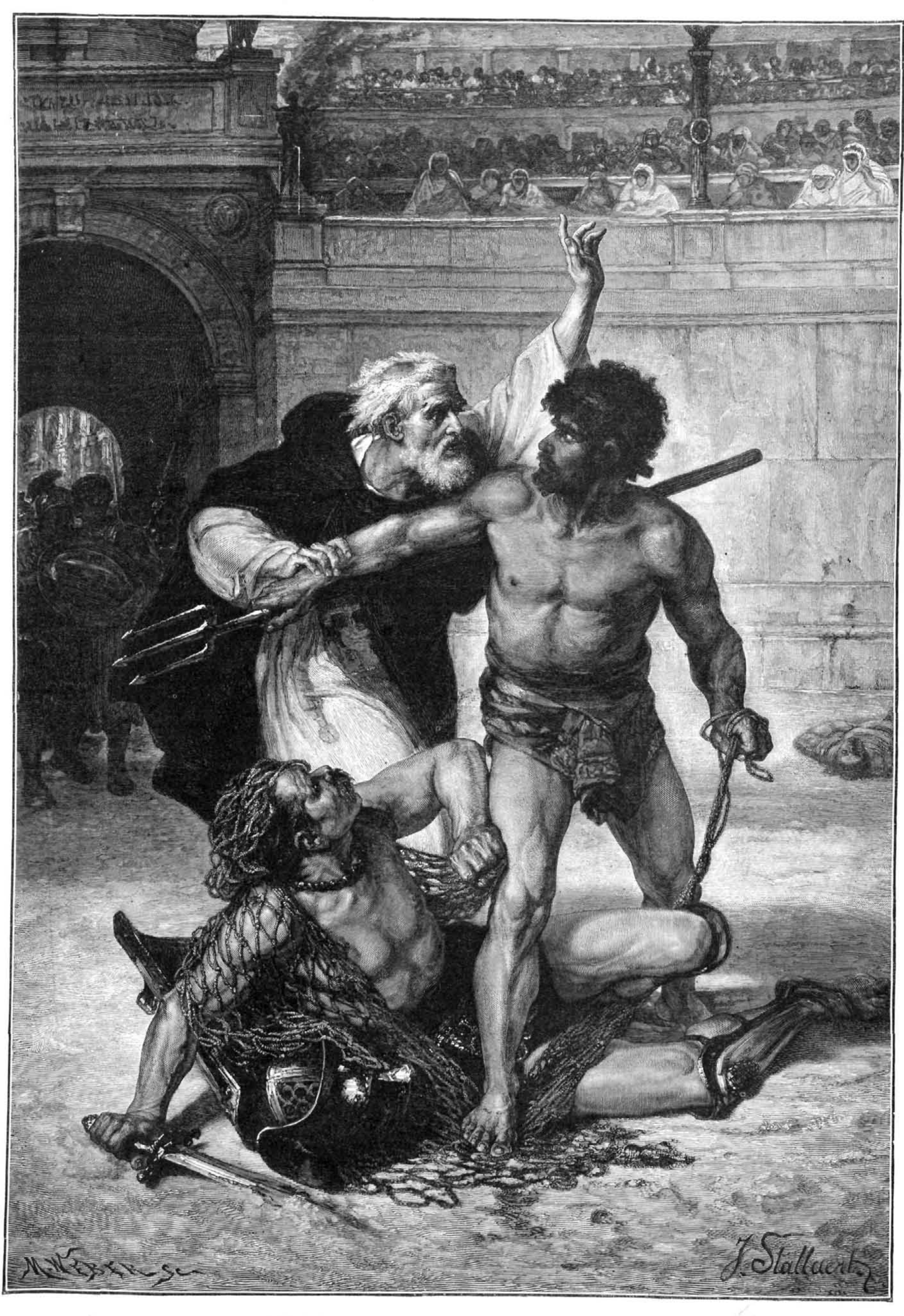
¡Dios salve al país, Dios salve á la Reina!

IX

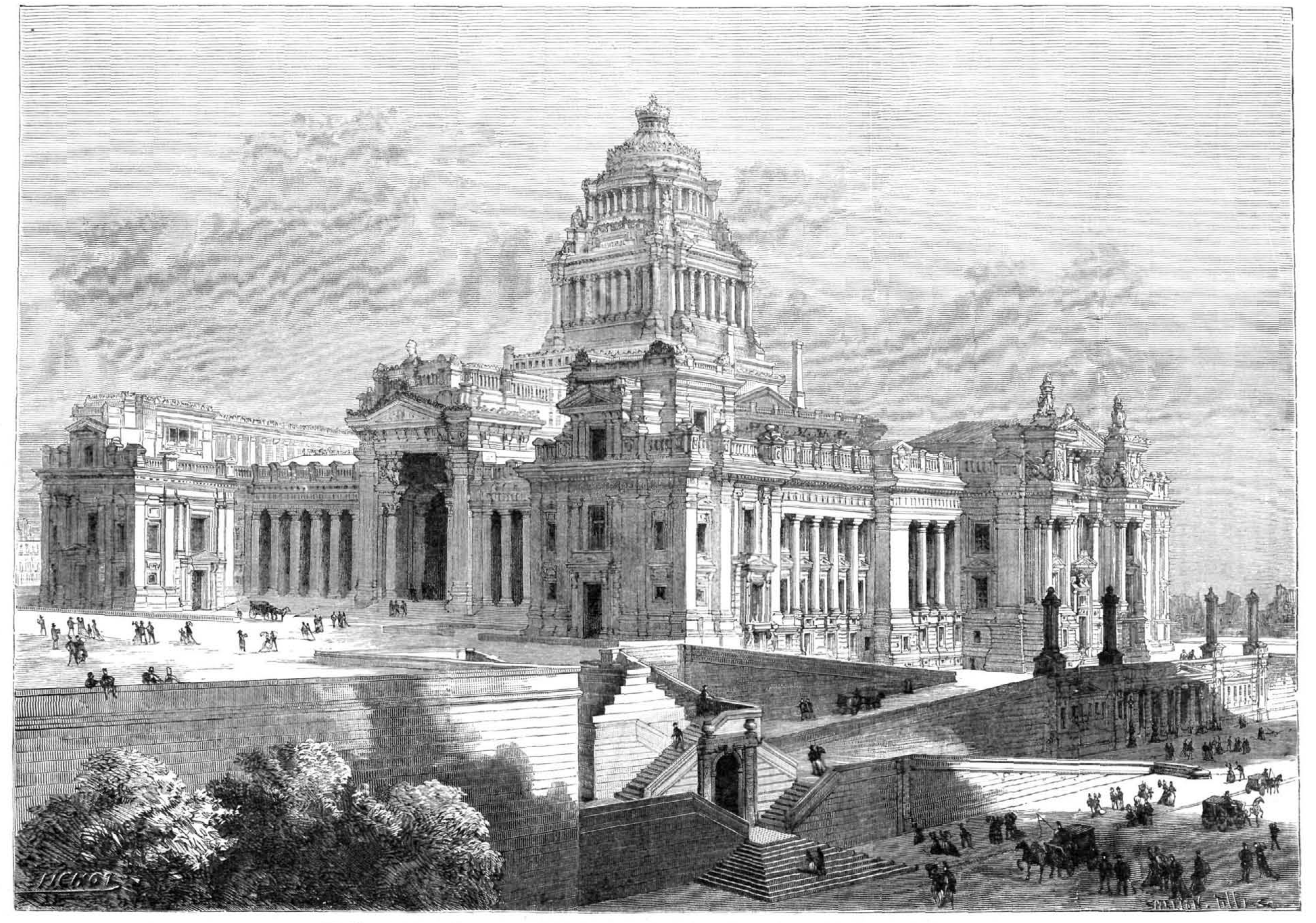
El pobre doctor salió casi loco de la sesion espiritista; la insistencia de Juan Cruz en hacerle cargar con la responsabilidad le aterrorizaba.

Se acostó y no pudo conciliar el sueño: tenia pesadillas despierto.

Por primera vez, admitió ó se esforzó en admitir que el espiritismo es una farsa, producto de imaginaciones exaltadas; y abrigó la esperanza de que el esqueleto del gallego, cabal y completo, le



LOS ULTIMOS GLADIADORES, cuadro por J. Stallaert



EL NUEVO PALACIO DE JUSTICIA EN BRUSELAS, construido segun los planos de M. Polaert

probaria que todo aquello era sólo el efecto de la alucinacion de sus sentidos enfermos.

A las altas horas de la noche le rindió un sueño profundo, y cuando se despertó eran las cuatro y media de la tarde.

Afortunadamente aquel dia no habia sido de consulta particular; pero sin embargo no faltó á la visita de sus enfermos.

Estando vistiéndose apresuradamente, se presentó el preparador anatómico trayendo el esqueleto de Juan Cruz.

El doctor le examinó con febril impaciencia.

La montura era admirable, no faltaba ninguna pieza. El pobre médico respiró con satisfaccion; el espíritu ó él se habian engañado. Pero al hacer jugar las articulaciones del esqueleto, quedóse atónito de sorpresa y de dolor; el *fémur* derecho era más corto y tenia un color imperceptiblemente más amarillento que el izquierdo. ¿A qué era debido esto? indudablemente habian sustituido un hueso con otro.

El doctor estaba anonadado: Juan Cruz tenia razon; la ciencia espiritista era una verdad inconcusa y él se hallaba bajo el peso de una gran responsabilidad espiritual y quizá material.

—¿Qué significa esto?—preguntó al preparador, que estaba presente.—Ha habido mistificacion en la osamenta.

El preparador, titubeando, dijo, que en efecto, á fuerza de instancias, y por poco tiempo, habia accedido á que un alumno de San Cárlos, amigo suyo, se llevara un fémur, que no habia podido devolverle porque habiéndole á su vez prestado á un compañero, á este se le habia extraviado. No sabiendo qué hacer para salir del conflicto, buscó un fémur á propósito para adaptarle á la pieza anatómica, pero no pudo conseguirlo por las extraordinarias proporciones de los huesos. Por lo demás, sólo una mirada tan ejercitada é inteligente como la del doctor, podia notar la diferencia.

Este se habia quedado como petrificado. Rogó al preparador que á toda costa buscara el *fémur* auténtico; pero el *artista en huesos* dijo, meneando la cabeza:

—Es imposible, señor. Temiendo el carácter duro y exigente del doctor Moran, dueño del esqueleto, he practicado las mayores diligencias para recobrar la pieza perdida. La fatalidad se ha mezclado en todo esto; el segundo estudiante habia hecho un viaje con objeto de pasar una corta temporada al lado de su familia, y el hueso se extravió ó en Madrid durante su ausencia, ó tal vez en el camino.

El doctor no sabia qué hacer.

El don de segunda vista de los espíritus era indudable y debia serlo tambien la infalibilidad de sus venganzas. Un recurso quedaba para encontrar quizá el *fémur* perdido; el espíritu de Juan Cruz habia dicho aludiendo al doctor Moran: «llévale un hueso y él te dará otro;» pero Romero vacilaba. ¿Cómo entenderse con un loco, despertando en él las ideas que le han hecho perder la razon?

El pobre doctor pasó dos dias luchando contra el temor y la incertidumbre. Durante la noche soñaba con Juan Cruz y de dia le veia en todas partes.

Un suceso acaecido en el hospital provincial aumentó sus terrores; un enfermo maltratado por un enfermero, amenazó á este diciéndole que, áun muerto, se vengaria. La defuncion no se hizo esperar y el cuerpo fué llevado á la sala de diseccion y colocado sobre la mesa de trabajo. El enfermero, que estaba allí, despues de permitirse algunas bromas á costa del muerto, iba á marcharse, pero resbalando en un charco de sangre, tendió maquinalmente la mano para buscar un punto de apoyo, y encontrólo en los muslos del cadáver que estaba al borde de la mesa: á la presion inferior, se levantó el busto del difunto, cuya cabeza chocó con la del enfermero, destrozándole el cráneo; pues sabido es que no hay nada tan duro como la cabeza de un muerto.

Esta venganza de *ultra-vita* era evidente; no se puede jugar con la gente del otro mundo.

X

La inquietud y la excitacion del doctor Romero llegaron á su período álgido.

Su repulsion á ver á Moran se basaba en la duda. ¿Cómo podria darle este la pieza que faltaba al esqueleto de Juan Cruz? Verdad es que el espíritu podia haberse expresado en sentido figurado; *dar el hueso*, podia equivaler á indicar los medios de buscarle.

En cuanto al recelo de excitar la locura de Moran, era un inconveniente secundario; bien podia arriesgarse la razon de un impío por el laudable fin de llevar á cabo una obra cristiana, cual es dar sepultura á los despojos de un muerto.

Romero se decidió: no podia vivir agobiado por el peso de aquel temor y de aquella incertidumbre.

Envolvió el *fémur* falso en un paño, le encerró en una caja de madera y partió para el manicomio de Carabanchel.

Su primer cuidado fué tomar informes del director del establecimiento, respecto á Moran.

Este se hallaba relativamente bien y enteramente tranquilo, tanto que se le permitia andar por todas partes. En cuanto á su estado moral no era posible clasificarle. Generalmente se encerraba en un obstinado silencio; unas veces conocia á las personas que le hablaban y otras no.

—La aficion ó manía saliente de ese pobre médico—dijo el director—consiste en hacer ejercicio y estar al aire libre. Véale V. ahora mismo paseando por el terrado, con el frio que hace sin nada en la cabeza.

En efecto, era una tarde nublada de los últimos dias de Noviembre y soplaba un airecillo nada agradable.

—Yo no quiero contrariarle—repuso el director. —La naturaleza es previsora y he observado que el mejor tratamiento para los dementes es permitirles todas las expansiones posibles.

—¿Podré hablar á Moran?—dijo Romero.

—V. siempre, amigo mio—contestó el director:—no faltaba más. Siga ese pasillo y saldrá al terrado. Quisiera acompañar á V., pero oigo la campana de la portería, que anuncia visita. Voy á ver quién es.

Romero envuelto en su carrik, abrigo que empezaba á estar en moda, y llevando debajo la caja que contenia el *fémur* colgada del hombro por medio de un cordon de seda, se dirigió hácia el terrado.

Es preciso describir, aunque someramente, el lugar de la escena para mayor claridad de los sucesos subsiguientes.

Figúrese el lector un terrado de ocho ó diez metros de altura que domina á un patio con honores de jardin al cual se baja por medio de una escalera. El terrado, primitivamente, estaba bordeado de una balaustrada de madera, que posteriormente y para mayor seguridad, ha sido sustituida por otra de hierro. En la tarde á que nos referimos, trozos de la antigua valla estaban arrancados y varios albañiles y cerrajeros se ocupaban en colocar la de hierro.

En el patio, junto á la pared del terrado, habia un pozo con brocal de piedra.

El doctor Moran paseaba lentamente y á veces se detenia para mirar distraidamente los trabajos de los operarios.

En una de estas paradas se aproximó á él el pobre doctor Romero.

XI

—Buenas tardes, amigo mio,—dijo con voz conmovida.

El loco le miró con fijeza y contestó:

—Buenas tardes.

—Hallo á V. de muy buen aspecto —repuso Romero, que no sabia qué decir;— pronto volverá V. á Madrid, donde su presencia es necesaria.

—¿A Madrid? murmuró Moran maquinalmente.

—Sí, amigo mio. Desde que V. falta no se entienden en el hospital. Ahora comprenden la gran superioridad de V.; tanto que la facultad de medicina ha acordado permitirle que ensaye su sistema eléctrico.

Al oir estas palabras los ojos del loco se animaron, pero no dijo nada.

— La última sesion de V. ha dejado rastros indelebles—prosiguió Romero—y sólo se habla de los maravillosos resultados obtenidos por medio de la electricidad en el cadáver de Juan Cruz.

Moran hizo una mueca indescriptible, retrocedió tres ó cuatro pasos, llevó ambas manos á las sienes como para evocar un pensamiento, y volviendo á ganar el terreno perdido, se aproximó á Romero y poniéndole el puño junto á la nariz en ademan amenazador exclamó:

—¿Por qué me hablas de Juan Cruz?

Al ver aquella amenaza y aquellos ojos extraviados y fulgurantes que se clavaban en los suyos, fascinándole, el azorado doctor retrocedió á su vez.

—¿Por qué me hablas de Juan Cruz? —repitió el loco—¿Qué tengo yo que ver con la *caro data vermibus*?

Indudablemente en aquel breve espacio, el flúido de demencia que despedia la mirada de Moran se trasmitió al infeliz Romero, tan predispuesto á su influencia; pues instantáneamente su rostro se congestionó, sus dientes rechinaron de ira y exclamó con furibundo acento:

—¡Impío, verdugo! La carne estará comida de gusanos, pero los huesos están insepultos y el espíritu vive eternamente. El espíritu de Juan Cruz, ese espíritu á quien has atormentado, me envia aquí para que le devuelvas lo que le has robado. Toma y dame.

Y miéntras profería estas palabras, se desabotonó el carrik, abrió la caja de madera, y desenvolviéndole del paño, presentó el *fémur* á Moran.

No es posible explicarse la impresion que este recibiria. Fijos los ojos en el hueso, comenzó á andar de espaldas, retrocediendo ante Romero que le acosaba, diciendo:

—Toma y dame, pero dame pronto; no es justo que dos espíritus honrados padezcan por causa de tu grosero materialismo.

Y se adelantaba más y más hácia Moran y este retrocedia con la mirada espantada y el paso vacilante.

Entónces uno de los operarios que trabajaban en colocar la balaustrada de hierro, dió un grito y se dirigió corriendo hácia el loco. Ya era tarde; éste habia llegado al límite del terrado por un sitio en que aquella estaba desmontada, y perdiendo pié, cayó al patio.

Al caer, chocó con la cabeza en el brocal del pozo, y quedó tendido en tierra, muerto instantáneamente.

¡Cosa rara ó providencial! Al ser reconocido, presentaba igual lesion que la que originó la muerte de Juan Cruz: tenia la cabeza completamente desprovista de la piel y una fractura del hueso temporal.

El doctor Romero, despues de dos años de demencia tranquila, mística y llorona, sólo salió del manicomio de Carabanchel para ser trasladado al cementerio de la Patriarcal.

JULIO PARRA DE MURVIEDRO

MATIITAS

Yo te confesaré, D. Juan, primero,
que ese blanco y carmin de doña Elvira,
no tienen de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Siempre que oigo hablar del realismo en el arte y del naturalismo de Zola, surge en mi espíritu el recuerdo de un drama realista ó de una realidad dramática que presencié hace ya bastantes años, en que fuí, no simple espectador, sino casi parte de por medio y cuyo protagonista fué Matiitas; el pobre Matías del Paso, que en paz descanse: bien lo necesita.

Matías del Paso era un chico de ingenio felicísimo, de talento claro y de gran corazon; habia nacido poeta y si sus no comunes disposiciones naturales hubiesen recibido el auxilio indispensable de la cultura y de la instruccion, habria pasado con glorioso renombre á la posteridad. Desgraciadamente para él, ni sus padres adivinaron en sus ojos la llama del genio, ni áun habiéndola adivinado habrian sabido qué hacer con una luz que ni servia para trabajar por la noche, ni daba calor bastante para hacer hervir el puchero. Matías, ó Matiitas como solian llamarle á causa de su poca estatura, fué siempre para sus parientes y allegados un haragan: solamente la madre comprendió algo de lo que en el fondo del alma de su hijo se ocultaba y por eso trabajó cuanto pudo para hacerle memorialista.

Y la madre se salió con la suya y logró, no sin grandes sacrificios y venciendo numerosas dificultades, instalar á su hijo en un establecimiento digno de competir con el del inolvidable sargento Mayor, á quien nosotros no hemos conocido, pero de cuyo valor y de cuya caligrafía se hacen lenguas cuantos le conocieron.

Pues señor, que notando cartas, memoriales y esquelas pasó Matías una parte de su vida sin que ni él mismo echase de ver lo mucho que valia, ni ménos lo advirtiesen los toscos sirvientes, los mozos rudos, los quintos groseros y las criadas torpes que de ordinario constituian su clientela y que le daban lo estrictamente necesario para vivir muy mal, á cambio de muchas desazones y continuas pejigueras.

Ocurrió un dia que al vecino del cuarto tercero, capitan de caballería con sus dejos de poeta y sus ribetes de literato, le dieron un ascenso con lo cual hubo en la casa una semi revolucion. El asistente, que tenia ley á su amo y que casi celebró más que el interesado mismo el suceso, consultó con el memorialista sobre la manera y forma de manifestar su regocijo, y Matías, á quien sucedia lo que al poeta latino que dijo:

Quidquid tentabam scribere versus erat

y que más de una vez habia dictado memoriales cuajados de endecasílabos y de alejandrinos, juzgó lo más delicado y lo más propio dedicar al nuevo jefe una composicion en quintillas. Muy bien pareció al asistente la idea del memorialista, con que sin perder tiempo pusieron manos á la obra y burla burlando salieron ocho quintillas que no habria rechazado Moratin el padre para su famosa *fiesta de toros*. Loco de gozo el asistente subió en dos zancadas la escalera de la habitacion y casi sin aliento entregó los versos á la capitana á fin de que ésta los entregase á su marido. No era la capitana lo que podríamos llamar una doctora; pero, sin ser injustos, no debemos negarla el título de bachillera; leyó las quintillas y admiró que tan agudos conceptos hubiesen tomado forma y sér en aquella mollera cuyos aposentos parecia que de-

bieran hallarse desalojados; pero quien de ningun modo cayó en el garlito fué el capitan que muy luégo advirtió cómo los versos y la frase y el estilo y todo estaba á mucha distancia del pobre Bartolo; que así se llamaba el asistente. Interrogó á éste; el infeliz confesó de plano, y en esta confesion tuvieron orígen las tribulaciones y sufrimientos de Matías.

El capitan recien ascendido adivinó lo que ni los padres, ni los parientes del memorialista habian adivinado; aquella misma tarde al salir con su mujer á paseo dirigió la palabra á Matías y bastó un cuarto de hora de conversacion para que el militar, hombre de mundo, que habia corrido como suele decirse *las siete partidas*, comprendiese que habia encontrado una mina y se decidiese á explotarla.

Al dia siguiente hizo que Matías subiese al piso tercero y encerrándose con él en su despacho le habló en estos términos:—Matías, es preciso que V. estudie algo: un poco tarde es ya; pero nunca para el bien fué tarde y más vale tarde que nunca: es necesario que aproveche V. sus disposiciones para la poesía y es un crímen que permanezca estéril, infecundo, un ingenio como el de V.—Pero señor, respondió todo atortolado el memorialista, yo soy apasionado por los versos, lo confieso; siento aquí algo (y se tocaba en la frente) y más todavía aquí (y se llevaba la mano al corazon); pero ¡ay! las exigencias prosáicas del estómago no admiten aplazamientos: el tiempo que yo emplease en estudiar seria tiempo perdido para mis necesidades y mis urgencias; así pues, he de renunciar á tales pretensiones.—Nada de renunciar, interrumpió el soldado, porque yo me encargo de todo. Vamos á ver, ¿cuánto saca V. de su profesion de memorialista?

—Pues, un dia con otro,—contestó despues de pensarlo un instante Matías,—un dia con otro bien sacaré seis reales.

—Corriente, pues desde hoy tiene V. ocho por ser mi escribiente ó mi secretario particular. Yo utilizaré los servicios de V. un par de horas al dia; las restantes puede V. dedicarlas al estudio.

Los que por espacio de muchos años han tenido precision de resignarse á ocupar un puesto que á conciencia era muy inferior á ellos; los que han necesitado sofocar generosas aspiraciones, impulsos nobles, tendencias dignas hácia el ideal, sojuzgados y abrumados por la pesadumbre inmensa de las realidades, comprenderán, sin esfuerzo, cuánto fué el gozo de Matías; aceptó desde luégo y expresó como pudo (y pudo muy poco) su reconocimiento.

Al dia siguiente vendió por catorce reales los muebles y enseres de su escritorio, traspasó el establecimiento y comenzó á ejercer sus funciones de escribiente y á disponer sus tareas de estudiante.

Matiitas fué desde entónces el escribiente de D. Tadeo, y como escribiente de D. Tadeo le conocian todos los amigos del capitan y en este concepto fué presentado en algunos círculos literarios, tertulias y cafés á que D. Tadeo concurria.

No trascurrieron muchos meses sin que los resultados justificasen la prevision de D. Tadeo. Matías comenzó á escribir ensayos que tímidamente presentaba á su principal (así nombraba á D. Tadeo); éste los leia con fingida indiferencia y los guardaba diciendo siempre:—Aún vale poco, aún vale poco esto; debes hacer más; sirves para mucho más. Y hoy le encargaba un artículo de costumbres, y mañana un juguete cómico, y despues un cuentecito en verso, y más adelante una oda, y así, sin acabar nunca los encargos y sin quedar nunca satisfecho aunque jamás le devolvia los originales. Matías, el lector lo ha adivinado sin duda, era un para poco, un pusilánime; todo lo que tenia de altos vuelos y de grande inspiracion como poeta de empuje y de nervio, tenia como hombre de apocado y meticuloso: su cortedad rayaba ya en la tontería; sólo así se explica que durante tres años estuviese D. Tadeo utilizando los trabajos de su escribiente para publicar, como si fueran de D. Tadeo y por D. Tadeo firmados, trabajos literarios de todas clases: composiciones para certámenes, en muchos de los cuales obtuvo premio, artículos para periódicos, piezas para el teatro, poesías para publicaciones humorísticas, todo lo cual creó á D. Tadeo envidiable reputacion de excelente poeta, de literato ingenioso y de autor cómico de mucha *vis*. Al cabo, bien porque alguno comprendiese que D. Tadeo no era de la madera de los que hacen esos juguetes con *vis cómica*, bien porque Matías viese representar alguno de sus juguetes y advirtiese que en el cartel atribuian la paternidad á D. Tadeo, bien por otra causa que yo ignoro, Matías se enteró de lo que ocurria, y bien que cobarde y humilde, á lo cual contribuian en gran parte las sugestiones de la gratitud que segun él debia á D. Tadeo, se atrevió á hacer algunas ligeras indicaciones sobre el asunto.

Don Tadeo no negó el hecho: bien que ¿cómo habia de negarlo? pero demostró como tres y dos son cinco que lo habia llevado á cabo en bien de Matías.

—Usted—le dijo,—es muchacho de porvenir, y por el contrario, soy yo viejo: la reputacion de V. como poeta podria padecer apadrinando hoy esas composiciones defectuosas de un principiante; yo, un militar que por aficion sólo me dedico á la literatura, puedo poner ahí mi firma sin perjudicarme. Así y todo, como, en efecto, ya las cosas de V. van siendo aceptables, yo continuaré firmándolas; pero se las pagaré bien.

Matías nunca habia imaginado que por sus composiciones pudiera cualquier dia cobrar algo; así pues, aceptó con gratitud, y recibiendo cuatro pesetas por un artículo, y dos duros por una comedia, y real y medio por un epígrama y un soneto, pasó malamente otro par de años. Y á todo esto la fama, algo discutida, de D. Tadeo volaba y Matiitas continuaba sumido en la oscuridad del anónimo.

Y fué lo peor del caso que D. Tadeo, con intencion perversa y abusando del ascendiente que sus años, su posicion y los supuestos favores hechos á Matías le daban sobre éste, hizo que su infeliz escribiente contrajese el vicio de embriagarse. Constantemente beodo, recorriendo tabernas y lupanares, solamente de vez en cuando y siempre que la necesidad de beber más le apremiaba, tenia Matías momentos de lucidez que aprovechaba para escribir lindísimos juguetes ó artículos chispeantes que vendia por algunos reales, siempre muy pocos, á D. Tadeo.

Aquel filon explotado tan sin conciencia, la riqueza robada tan descaradamente llegó á su término; las obras de Matías comenzaron á carecer de inspiracion; el público las hallaba flojas, sin brio, sin gracia, sin aquella *vis cómica* que las prestaba en otro tiempo animacion y vida. D. Tadeo en vista de esto, hizo con Matiitas lo que se hace con las cosas inútiles; le arrojó de su casa.

Entónces comenzó para Matías una vida de privaciones y de sufrimientos indecibles.

Pasaba los dias sin comer y las noches durmiendo al raso: si por acaso le dejaban dormir en un figon donde habia comido unas sopas, considerábase el más afortunado de los mortales.

Componia unas aleluyas, recordaba su antigua profesion de memorialista y escribia memoriales, y hambriento casi siempre y casi siempre tambien ebrio, causaba al propio tiempo repulsion y lástima.

Un dia, por acaso, encontró su inspiracion antigua, su fecundidad que juzgó perdida para siempre; escribió una comedia llena de gracia, rebosando de chiste y al mismo tiempo con cierto saborcillo amargo que le daba carácter; Matías queria que aquella obra se representara dando él su nombre; aquello era para Matías comenzar su rehabilitacion; guardaba cuidadosamente el manuscrito; pero una noche en que carecia de dinero para aguardiente lo enajenó por veinte pesetas: pocas horas despues le encontraron los dependientes de la autoridad completamente sin sentido y en medio del arroyo. La gloria y la rehabilitacion que esperaba, habíanse reducido á una cena opípara y á una borrachera monumental.

El manuscrito de Matías habia ido, sin embargo, á poder de un inteligente y que además de ser inteligente no se engalanaba nunca con plumas ajenas: explotaba su negocio, pero no robaba la gloria. Llevó la obra al teatro y la obra alcanzó un éxito inusitado: el público llamó al autor, y el autor, á quien sus amigos habian hallado como siempre embriagado en la calle, salió sostenido por dos actores, pálido, sudando á mares, y sin saber lo que le pasaba.

Oyó los aplausos, escuchó las aclamaciones, saboreó su triunfo y los que le sostenian le oyeron murmurar entre dientes:

—Eso, eso; soy yo; no es D. Tadeo que era un alcornoque: soy yo, el genio, el poeta, quien ha hecho esto; pues espera, espera, que todavía haré más y entónces me sacarán en triunfo por las calles.

Pocas semanas despues Matiitas moria en una cama del hospital.

Aquella emocion y su funesto vicio habian ocasionado su muerte.

El editor sacó de la obra algunos miles de duros.

Matiitas fué enterrado de limosna.

Algunos amigos lamentaron su desgracia y consagraron grandes elogios á su talento.

Muchos, que le habian negado el saludo ó un socorro cuando vivo, honraron la memoria del muerto; así sucede siempre.

¡¡Pobre Matías!!

Lo repito: Descanse en paz: bien lo necesita.

A. SANCHEZ PEREZ

GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE

DE LOS SEÑORES ALBERTO Y GASTON TISSANDIER DE PARIS

El experimento de este nuevo globo ha tenido lugar en Paris el 8 de octubre último, pero ántes de dar cuenta de sus resultados conviene describir los materiales que hemos empleado en su construccion.

El globo dirigible eléctrico se compone de tres aparatos distintos: 1.º el globo propiamente dicho; 2.º el aparato de gas que sirve para hincharlo, y 3.º el motor eléctrico destinado á imprimirle movimiento por medio de un hélice que, girando, busca en el aire su punto de apoyo.

La construccion de un buque aéreo de forma prolongada ofrece sérias dificultades, pudiéndose guiar solamente por los datos de dos ensayos anteriores, el de Enrique Giffard en 1852 y el de M. Dupuy de Lome en 1872. En el pequeño modelo que hicimos funcionar cuando tuvo lugar la Exposicion de electricidad, adoptamos, como medio para suspender la barquilla, una percha longitudinal inferior análoga á la del buque aéreo de vapor ideado por M. Giffard. Posteriormente nos pareció preferible colocar un hélice en la parte posterior de una grande barquilla paralelepipédica, de elevacion bastante para resguardar al propulsor del peligro de un choque al verificar el descenso. En este caso, la barquilla habia de unirse al globo por medio de cuerdas de suspension oblícuas y las deformaciones del sistema debian evitarse por medio de bandas flexibles sujetas á entrambos lados del globo.

Con sujecion á estas reglas ha sido fabricado el globo por mi hermano, en los talleres de M. H. Lachambre, que ha tomado á su cargo la construccion del buque aéreo. Por de pronto se fabricó un pequeño modelo de 15 metros cúbicos de capacidad y únicamente despues de haber experimentado sus condiciones en estado cautivo, nos arriesgamos á construir el gran globo.

El aeróstato eléctrico tiene una forma parecida á la de los globos de M. Giffard y de M. Dupuy de Lome: 28 metros de longitud de punta á punta y 9ᵐ20 de diámetro en su centro. Hállase provisto en su parte inferior de un cono de apéndice terminado por una válvula automática. La tela es percalina hecha impermeable por medio de un barniz nuevo de calidad superior. El volúmen del globo es de 1.060 metros cúbicos.

La bolsa ó red de suspension se halla fabricada de tiras cosidas á unos husos longitudinales que las sostienen en la posicion geométrica que deben ocupar. Las tiras dispuestas de esta suerte se adaptan perfectamente á la tela hinchada y no sobresalen de ella ni poco ni mucho, como sucederia con las mallas de una red.

La red de suspension se halla sujeta á los flancos del globo por medio de dos angarillas laterales flexibles, que toman perfectamente la forma de aquél, de punta á punta, pasando por el ecuador. Estos soportes son fabricados de latas muy delgadas de nogal adaptadas á unos bambúes serrados longitudinalmente, solidado por medio de trenzas de seda. En la parte inferior de la bolsa hay una especie de patas de oca rematadas por veinte cuerdas de suspension que se reunen de cinco en cinco á los cuatro ángulos superiores de la navecilla. Esta tiene la forma de una jaula: sus materiales son bambúes unidos entre sí y consolidados por medio de alambres de cobre forrados de guta-percha. La parte inferior de la navecilla está construida con travesaños de nogal que sustentan una cesta de mimbre. Las cuerdas de suspension envuelven completamente la navecilla; se han entretejido con la cestería inferior y forrado anticipadamente con una capa de cautchuc que, en caso de avería, las preservaria de todo contacto con el líquido ácido contenido en la barquilla para alimentar las pilas.

Las cuerdas de suspension se hallan ligadas entre sí por una corona de cordaje colocada á dos metros encima de la navecilla.

Los aparatos de detencion y descenso, cuerda de áncora y demás se hallan sujetos á esa corona que, además, sirve para repartir por igual la traccion en la bajada. El timon fabricado con una haz de seda sin barnizar sostenido en parte por un bambú, se halla adaptado igualmente á la parte posterior de esa corona ó círculo de cuerda.

Hé aquí el peso de las diferentes piezas empleadas en el globo:

El globo propiamente dicho, con sus válvulas.	170	kilógs.
La red, el timon y las cuerdas de suspension.	70	»
Correas laterales flexibles.	34	»
Navecilla.	100	»
Motor, hélice y pilas, con el líquido para hacerlas funcionar durante dos horas y media.	280	»
Aparatos de detencion, áncora y demás. . .	50	»
Peso del material fijo.	704	»
Dos viajeros con sus instrumentos.	150	»
Lastre elevado.	386	»
Peso total.	1,240	»

La fuerza ascensional era de 1250 kilógramos, y por consiguiente, siendo el volúmen del globo de 1060 metros, el gas tenia una fuerza de ascension de 1180 gramos por metro cúbico, resultado jamás obtenido con el hidrógeno.

Desde fines de setiembre el aparato de gas estaba en disposicion de funcionar; el globo colocado sobre el terreno, bajo una tienda movible, á fin de poderlo hinchar inmediatamente; la navecilla y el motor se hallaban en un cobertizo próximo, y mi hermano y yo aguardábamos simplemente que el tiempo nos fuera propicio para hacer el ensayo.

Desde el sábado 6 se determinó el alza barométrica; el domingo 7 amaneció con buen tiempo y viento ligero; por lo cual decidimos hacer dicho ensayo el siguiente lúnes 8 de octubre de 1883.

A las ocho de la mañana empezamos á hinchar el globo, cuya operacion duró hasta las dos y media de la tarde; facilitada por medio de cuerdas ecuatoriales que colgaban á derecha é izquierda del globo, á lo largo de las cuales bajamos los sacos de lastre. Cuando se hubo llenado el globo, procedióse á la instalacion de la barquilla y de los recipientes de ebonita, cada uno de los cuales contenia 30 litros de disolucion ácida de bicromato de potasa. A las tres y veinte minutos, despues de haber estivado el lastre en la barquilla y procedido á las operaciones para el equilibrio conveniente, nos remontamos lentamente con viento ligero del E. S. E.

En tierra no hacia poco ni mucho viento; pero, como sucede á menudo, iba en aumento á medida que la altura era mayor, habiendo podido constatar, merced á la traslacion del globo por encima del suelo, que á la altura de 500 metros su velocidad era de 3 metros por segundo.

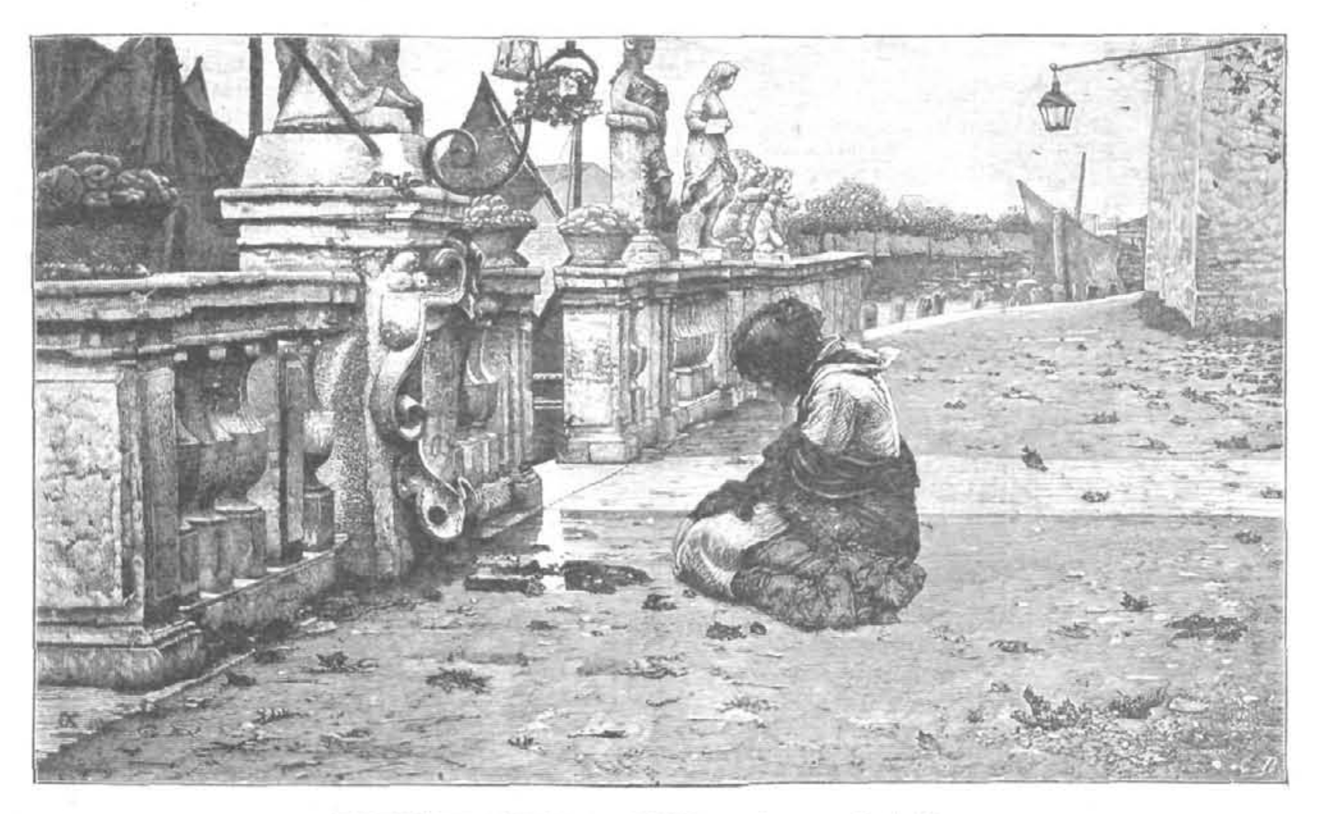
Mi hermano se ocupaba especialmente de graduar el lastre con la mira de mantener el globo á una altura constante y poco distante de la tierra. El globo permaneció con toda regularidad á una altura de 400 ó 500 me-

tros, estuvo constantemente hinchado y el exceso de gas se escapó por la dilatacion, abriendo con su misma presion la válvula automática inferior, que funcionó perfectamente.

Algunos minutos despues de la partida hice funcionar la batería de pilas de bicromata de potasa, compuesto de cuatro artesas con seis compartimientos, ó sean veinticuatro elementos montados en tension. Un conmutador de mercurio nos permitia hacer funcionar segun nuestra voluntad, seis, doce, diez y ocho ó veinticuatro elementos, imprimiendo de esta suerte cuatro distintas velocidades al hélice, que varió de 60 á 180 vueltas por minuto. Con doce elementos en tension pudimos comprobar que la velocidad del globo era insuficiente; pero al encontrarnos encima del bosque de Boloña, cuando hicimos funcionar el motor á gran velocidad, merced á los 24 elementos, se obtuvo un efecto muy distinto. La traslacion del globo se hacia cada vez más apreciable ó sensible, experimentando viento fresco producido por nuestro desplazamiento horizontal. Cuando el globo presentaba al viento su parte anterior, es decir, cuando su punta delantera se dirigia hácia el campanario de la iglesia de Auteuil, próxima á nuestro punto de partida, hacia frente á la corriente aérea y permanecia inmóvil, lo cual pudimos comprobar cotejando algunas señales de la tierra debajo de nuestra barquilla. Desgraciadamente el globo permanecia breves momentos en esta posicion favorable y despues de haber funcionado con regularidad durante algunos momentos, experimentaba súbitamente algunos movimientos giratorios que el timon no podia impedir del todo.

A pesar de esas rotaciones, que hallaremos manera de evitar en otros ensayos, volvimos á empezar la misma maniobra durante más de veinte minutos, lo cual nos permitió estacionarnos sensiblemente encima del Bosque de Boloña.

Al querer cambiar de sitio cortando el aire en direccion perpendicular á la marcha de la corriente aérea, el timon se hinchaba como una vela y las rotaciones se producian con mucha mayor intensidad; deduciendo de estos hechos que la posicion que ha de guardar un buque aéreo debe ser tal que su eje mayor forme con la línea del viento un ángulo de pocos grados.



REFUGIUM PECCATORUM, cuadro por Luis Nono

Hechas las pruebas que dejamos referidas, detuvimos el motor y el globo cruzó por encima del Monte Valeriano. Una vez tomada la corriente del aire, volvimos á voltear el hélice, marchando entónces en el sentido de la corriente aérea, con aumento de velocidad en la traslacion del globo y obteniendo fácilmente, por la accion del timon, desviaciones á derecha é izquierda de la línea del viento. Pudimos constatar este resultado por el sistema que ántes habíamos empleado, ó sea tomando puntos de mira en la tierra, al igual que en esta pudieron comprobarlo distintos observadores.

A las 4 y 35 minutos verificamos nuestro descenso, tomando tierra en una llanura próxima á Croissy-sur-Seine, gracias á las excelentes maniobras de mi hermano. El globo eléctrico permaneció hinchado todo aquel dia y el siguiente; no habia perdido cantidad alguna de gas y permanecia tan hinchado como al tiempo de emprender el viaje. Pintores y fotógrafos han podido reproducir nuestro buque aéreo, en medio de una muchedumbre simpática, procedente de distintas poblaciones.

De buena gana hubiéramos emprendido el mismo dia una segunda ascension; pero el frio de la noche habia determinado la cristalizacion del bicromato de potasa en nuestros depósitos de ebonita, y la pila, que no se habia agotado, se encontraba, á pesar de todo, sin poder funcionar. Hicimos conducir el globo en estado cautivo á orillas del Sena, junto al puente de Croissy, donde, á pesar nuestro, hubimos de proceder á deshincharlo, perdiendo en breves instantes esa gran cantidad de gas que tanto nos habia costado preparar, en cuya operacion nos secundaron amablemente no sólo los vecinos de la localidad, sino los propietarios de varias quintas cercanas. Hemos de manifestarnos particularmente agradecidos á M. Poitrineau, arquitecto, que dió asilo á los viajeros y á su globo.

Sin entrar en mayores detalles tocantes á nuestro regreso, deducimos de nuestro primer ensayo:

Que la electricidad proporciona al aeróstato un motor de los más favorables y cuyo empleo en la barquilla es sumamente fácil;

Que en el caso concreto de nuestro globo eléctrico, cuando nuestro hélice de 2 metros 80 centímetros de diámetro giraba con una velocidad de 180 vueltas por minuto, con un trabajo efectivo de 100 kilográmetros, habíamos de hacer frente á un viento de 3 metros por segundo, cuidando de que en el descenso, la corriente no nos desviase de la línea del viento, cosa que parecia sumamente factible;

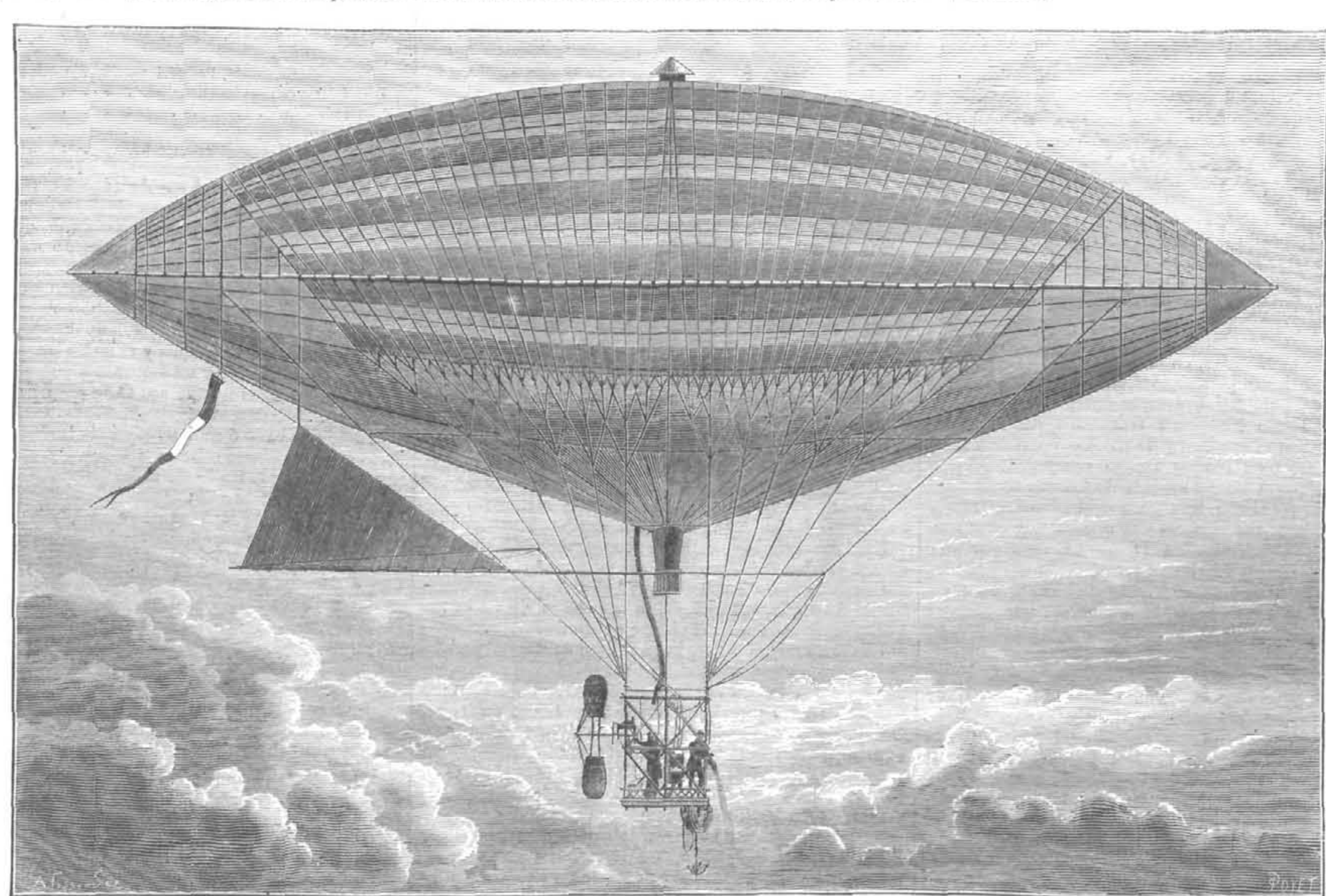
Que el sistema de suspension de la navecilla á un globo prolongado, por medio de cinchas oblicuas afectas á unas angarillas laterales flexibles, es de una seguridad perfecta.

Debemos añadir que nuestra ascension de 8 de octubre no debe apreciarse sino como un ensayo preliminar que se repetirá con las mejoras de que es susceptible nuestro material; debiendo hacer observar que en ese primer ensayo teníamos en la barquilla un exceso considerable de lastre y que en los sucesivos experimentos nos será sumamente fácil emplear un motor más poderoso.

La navegacion aérea no se creará de una sola vez: necesita repetidos ensayos, esfuerzos múltiples y una constancia á toda prueba.

GASTON TISSANDIER

(Concluirá)



GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE de los Sres. Alberto y Gaston Tissandier

IMP. DE MONTANER Y SIMON

E PUR SI MUOVE, dibujo por Enrique Serra





AÑO II — BARCELONA 12 DE NOVIEMBRE DE 1883 — NÚM. 98

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL ANGEL DE LA MAÑANA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL ANGEL DE LA MAÑANA

No existe una sola madre que no crea en este ángel. El autor de ese cuadro no ha hecho otra cosa que dar forma á la piadosa fantasía de esas madres. Ahí está, no hay madre que no le vea, cabe la cuna del tierno hijo, inclinado sobre ese otro ángel de quien quiere ser defensor y hermano, rodeado de luz, envuelto en atmósfera purísima que por un momento convierte la humilde estancia en pedazo del cielo.

¡Oh! Y no son éstas visiones maternales... El ángel existe, Dios le envia junto al niño; pero viene un momento en que el niño rechaza al ángel, en que el niño se halla dominado por las pasiones del hombre; el ángel abandona la tierra, y al pensar en las flaquezas del mundo vierte una lágrima de dolor en el seno del Eterno.

EN LA IGLESIA, cuadro por D. Skutezky

El autor de este cuadro ha demostrado poseer el don del sentimiento, mediante el cual su produccion es algo más que la vista del interior de un templo tomada por medio de la fotografía. La impresion que produce el lienzo es esencialmente mística, pero de un misticismo poético, simpático, dulce y tranquilo, como el semblante de esas madre é hija que oran al pié de los altares.

El pintor que así embellece este sencillo asunto, ha pasado sin duda muchas y muchas horas en el interior del santuario, aspirando el humo del incienso, saturándose de esa música, vaga como un coro de ángeles y de santos, que recorre desde las sublimidades de Palestrina hasta la sencilla majestad del canto llano; recogiendo y aquilatando por sí mismo las impresiones del ceremonial de la Iglesia y elevando al cielo el distraido pensamiento, que parece desvanecerse compenetrando en aquella atmósfera especial que es una atmósfera distinta de la del mundo.

Tal es el efecto que causa el interior de una iglesia católica y que nunca producirán ni la reforma con su desnudez ni el islamismo decorando sus mezquitas ni más ni ménos que sus serrallos. Por ello, á la vista de este cuadro, sentimos como un impulso que nos conduce á la adoracion del Señor en sus imágenes; y este es el triunfo, el mayor triunfo, para el autor del lienzo.

JUGANDO A LOS NAIPES, cuadro por G. Barison

El juego es vicio funesto y el jugador que no se ha aleccionado en tantas y tan terribles experiencias como registran los anales del tapete verde, es un sér degradado, digno de confundirse con los irracionales. Quizás por esto el autor de este cuadro ha tenido la donosa ocurrencia de relegar á los jugadores á la cuadra, único sitio indicado para entregarse á tan vergonzoso entretenimiento.

La ejecucion es buena: las figuras son gallardas y su actitud, perfectamente natural, acredita al pintor de correcto dibujante.

Como otros varios de los muchos artistas que han tratado este asunto, ha incurrido en la tendencia de hacer soldados á los jugadores. Sin negar que la profesion de las armas influya de una manera notable en el desprecio de los bienes terrenos, que es en algunos viciosos la excusa de su mal comportamiento; no podemos asentir á esta especie de sambenito arrojado á una clase benemérita.

La humanidad es débil, pero la humanidad se compone de algo más que de soldados.

EL SUEÑO DE LA NATURALEZA, por Langeval

Triste y melancólico es el paisaje; la atmósfera, cubierta por igual de una capa de nubes que, privando á la tierra de los rayos solares, indican la inminencia de una nevada; los árboles desnudos de follaje y extendiendo sus ramas cual los descarnados brazos de un esqueleto; la vecina laguna próxima á congelarse; el ganado pastando con dificultad la escasa y húmeda yerba que junto á sus orillas queda; las dos campesinas que acuden á refugiarse en su humilde hogar ántes que las sorprenda la nevada; todo anuncia que la naturaleza ha entrado en ese período de glacial sopor del que no despertará ya hasta la llegada de los bonancibles dias de abril.

El paisaje de Langeval, sencillo y sobrio en detalles, pero pintado con la inteligencia que se advierte en sus acertados toques, hace pensar con deleite en el benéfico calor de la chimenea y en el abrigado lecho.

LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR cuadro por Sofía Lowe

El título de este cuadro es el de una comedia del gran poeta inglés Guillermo Shakespeare, de una de cuyas escenas está tomado el asunto. El inmortal autor de *Hamlet* y *Otelo* no siempre se dedicó á producir esas colosales tragedias en las cuales la sublimidad de la concepcion corre unida al profundo conocimiento de las pasiones que agitan al corazon humano. En distintas ocasiones dió, por el contrario, excelentes pruebas de que su musa se prestaba á tratar asuntos cómicos, y en *las alegres comadres de Windsor* demostró hasta qué punto era flexible aquel talento que en todos los géneros era igualmente grande.

En la citada comedia personificó en Falstaff al hombre sensual, esclavo de sus groseros apetitos, puesto en ridículo á causa de sus pasiones; tipo que le sugerió en parte la reina Isabel de Inglaterra, por complacer á la cual parece que escribió esta obra. En ella, Falstaff persigue con sus galanteos á una mujer casada con un hombre extremadamente celoso: la honesta muchacha quiere escarmentar á su perseguidor, el cual, á fin de evitar la cólera del vengativo marido, en una situacion comprometida, preparada por aquella, no tiene más medio que escapar metido en su seron de ropa sucia. Esta singular aventura del gordo Falstaff ha inspirado á una admiradora del gran dramático inglés, el bonito cuadro que hoy reproducimos.

LA MADRE DE CARLOS V (1)

APÉNDICE Á LA OBRA «*Historia de Felipe II*» POR H. FORNERON

No sin disgusto se desgarra una página de historia que expone hechos conocidos y aceptados por todo el mundo, reanimados por los pintores y cantados por los poetas. La vacilacion sube de punto, cuando hay que sustituir una leyenda patética con el relato de hechos verdaderamente criminales. Pero cuando aparecen de súbito las pruebas despues de trescientos años, no es cosa de cerrar los ojos. Hay una emocion más profunda y mucho más instructiva que en la leyenda en los detalles de la lucha verdadera entre una madre cuya abnegacion nunca se cansa y un hijo á quien ha depravado el hábito del poder. Así lo han creido los sabios del *Record Office* al publicar los documentos que revelan la suerte de la madre de Cárlos V (2).

I

Hasta nuestra época, admitian los historiadores como hecho rigorosamente demostrado que la heredera de los reinos de Fernando de Aragon é Isabel de Castilla se habia vuelto loca de pesar á la muerte de su marido Felipe el Hermoso. Este recuerdo corrió siempre unido á su nombre y no se la conocia sino por *Juana la Loca*. Ante esta incapacidad el poder vino á caer en manos de su hijo. Los episodios de este drama íntimo los relata en estos términos un historiador de Cárlos V (3): «Siempre á la cabecera de la cama durante todo el curso de la enfermedad de su esposo, ni los ruegos ni las instancias pudieron arrancarla de allí un momento, con estar en el sexto mes de su embarazo. Sin embargo, cuando su esposo espiró, no derramó una lágrima, no lanzó siquiera un suspiro: su dolor era mudo y tranquilo; pero continuó al lado del cuerpo de Felipe con la misma solicitud y ternura que si hubiera estado lleno de vida. Despues que con su vénia lo hubieron enterrado, hizo que lo sacaran del sepulcro y se lo llevaran á su propia habitacion, donde vestido con su más precioso traje, lo puso en una cama de respeto. Y como hubiera oido contar á un fraile la historia de un rey que resucitó á los catorce años pasados de su muerte, volvia los ojos al cuerpo inanimado y de hito en hito lo miraba con la esperanza de que volviera á la vida. Para colmo de demencia estaba celosa de su marido muerto y no permitia que sus damas se acercaran á la cama de respeto.»

La poca verosimilitud de estas invenciones pintorescas no fué bastante para impedir que se acogieran sin discusion; y precisamente bajo esta forma deseaba Cárlos V que se conocieran los hechos: no dictó él los términos; dejó sólo que se desarrollara la leyenda. Fué indicada con vacilacion por el cronista Sandoval, referida en cartas particulares por Pedro Martyr, y acogida y desenvuelta mucho más tarde por el jesuita Mariana (4). La correspondencia de Cárlos V y todas las piezas relativas á la reclusion de Juana la Loca se hallaban en la torre de Simancas, encerradas en un cofre, bien conocido, que nadie se atrevia á abrir: la autoridad que habia impuesto el suplicio y exigido el secreto parecia tan formidable, áun despues de tales y tantas revoluciones, que todos temblaban y se guardaban muy mucho de llevar la mano á aquel cofre cerrado hacia siglos. Uno de los archiveros que empleaba Inglaterra en copiar en España las piezas relativas á su historia, se obstinó en conocer el cofre misterioso y pudo al fin, en 1868, examinar los tan guardados documentos.

Pocos detalles ofrecen sobre la infancia de la princesa Juana. Dan á entender que era de carácter obstinado y taciturno, sin ser por eso altanera y agria como su hermana Catalina, casada con Enrique VIII de Inglaterra; sábese, además, que preferia las costumbres religiosas de los sacerdotes franceses á las prácticas estrechas y fanáticas del clero español: es uno de los primeros cargos articulados contra ella. «Ha dado treinta florines á uno de esos bodegones de Paris» (5), escribe uno de aquellos religiosos españoles que bebian agua clara y se disciplinaban las espaldas sin perjuicio de que sus sentimientos fuesen tan duros y sus costumbres tan poco severas como las del clero regular. Tenia á la sazon diez y ocho años (6), y hacia uno que estaba casada con un príncipe austriaco de quien se decia que la maltrataba y que positivamente la faltaba á la fidelidad conyugal, como quiera que no se ocultaba para cortejar á sus damas de honor. De cómo estas humillaciones íntimas agriaron el carácter y excitaron los nervios de la jóven princesa, uno de sus cortesanos lo refiere con una ingenuidad que permite apreciar exactamente el estado mental de Juana en aquella época (7). Bien que fuera muy hermosa y lo más gentil de su persona que pudiera verse jamás y tan cabal para querer que no tardó más de un año en tener un hijo, sin embargo á causa de la juventud del rey y de los consejeros que le rodean, la buena de la reina ha dado en tener algunos celos y nunca los ha podido dejar; y ha ido esto tan adelante que la buena de la reina no ha tenido en tres años más gusto ni sosiego que una mujer condenada ó falta de juicio. Y á decir verdad tenia á las veces razon, porque como os he dicho, su marido era hermoso, jóven, fuerte, y le parecia que en esto del amor podia hacer más de lo que hacia; y por otra parte trataba con gente moza que le traian mensajes y presentes de ciertas damiselas y solian llevarlo á malos pasos. Con esto la buena de la reina estaba como mujer desesperada, encerrada siempre y tan aburrida que no queria ver ni hablar á nadie, salvo á los que necesariamente habian de servirla...Y luégo que vino á su reino, no paró hasta que las damas que estaban en su compañía fueron despedidas; y hubiera querido dar á conocer públicamente sus celos y su locura y tanto hizo que se quedó sin compañía de mujer.»

Disensiones conyugales, indocilidad para con los frailes y obstinacion de carácter no bastan para constituir esos síntomas de locura inminente que llaman los sabios *neurosis vesanica*. Sin embargo, el mismo padre, el rey Fernando, hubo de concebir, al parecer, el proyecto de hacerla pasar por incapacitada, á fin de conservar solo el poder en detrimento de su hija y de su yerno, cuando vió á la reina Isabel en su última enfermedad. Fernando de Aragon, que con un sistema de hábiles perfidias acabó de afianzar la dominacion de España é Italia, no estaba dispuesto á ceder la corona de Castilla, y aprovechándose de la ausencia de Juana y de Felipe, que se hallaban en Flandes, hizo dictar á su esposa moribunda letras patentes bajo esta fórmula: «Por cuanto puede acaecer que la princesa esté absente, ó estando en los reynos no los quisiere ó podiere regir ó gobernar... el rey Fernando conservará el poder en Castilla (8).»

Primero y precioso paso. El padre ha notado con alegría los pesares y extravagancias de su hija, y los explota junto al lecho mortuorio de la madre, buscando vagas palabras que velen su pensamiento para que el amor maternal no se subleve; y todavía hace repetir las mismas palabras en el testamento para poder invocar este doble testimonio, cuando llegue la oportunidad de despojar á su hija.

Pero Juana tiene un defensor. Su marido Felipe de Austria, que no quiere dejarse despojar por su suegro de la herencia de Isabel la Católica, denuncia á la Europa esta maquinacion; escribe á Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan, que Fernando de Aragon, á fin de dar buen color á la usurpacion de dicho gobierno hizo publicar y correr la voz de que la reina su hija estaba loca, por lo cual debia él gobernar en su nombre. Despues se presenta audazmente en Castilla declarando que el rey D. Fernando, su suegro, habia usurpado sus reinos privando de ellos á la reina su esposa y á sus hijos.

Fernando se habia en efecto apoderado de Castilla en cuanto murió su esposa, declarando que su hija estaba demente y que su marido la tenia encerrada, lo que segun las palabras textuales de Felipe el Hermoso, eran *embustes y patrañas* infinitas (9).

Véase pues en qué circunstancias y en pro de qué intereses viene á caer esta imputacion en la pobre reina. Visto está quién la acusa y quién la defiende; pero ¿tenia Felipe verdadero interés en defenderla? En vano se llama y hace llamar Felipe primero, rey de Castilla: el poder real, la fidelidad de los vasallos, los votos de los próceres son exclusivamente para Juana, á cuyo lado se sentará como una sombra; y sumiso á la nueva reina tendrá que sufrir las importunas quejas de sus celos y renunciar á sus

(1) Este artículo forma sencillamente un capítulo del apéndice á la obra *Historia de Felipe II* por H. Forneron, que vamos á publicar desde 1.° de año próximo en nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL. Su autor ha desplegado en ella un lujo de erudicion incontestable y tanto más de apreciar en cuanto ha empleado tanto talento y tantas vigilias en ilustrar un período histórico que interesa principalmente á España. Mr. Forneron ha hecho luz, muchísima luz, en su obra, y los hechos en ella revelados son tan graves y tan nuevos para la generalidad, que más de una duda cabria respecto de su exactitud, si no hubiera puesto singular empeño en designar las purísimas fuentes de su relato.

Cuando su aparicion, dió lugar esta obra á interesantes polémicas entre historiadores de primera nota; polémicas que es muy posible se reproduzcan en España tan pronto como sus literatos y eruditos se enteren de esta *Historia de Felipe II*, á nuestro modo de ver la más completa y fundamentada de cuantas hasta el presente han visto la luz pública. Prueba es de ello el artículo ó capítulo que insertamos y que, á no dudar, será leido con vivísimo interés. Al terminar la lectura, nuestros suscritores se trasladarán sin duda mentalmente desde Tordesillas á Yuste y comprenderán que los tormentos del padre apénas redimieran las faltas del hijo.

Autorizados por Mr. Forneron para editar exclusivamente su obra en España, aprovechamos esta ocasion para rendir al ilustre historiador la expresion de nuestra gratitud y anticipar á nuestros favorecedores la buena nueva de esta publicacion.

(2) Calendars of letters and state papers relating to the negociations between England and Spain, preserved in the archives de Simancas and elsewhere, edited by G. A. Bergenroth. Supplement to vol. I and II. Longman, 1868.

(3) Robertson, lib. I, pág. 301, version Suard.

(4) Lib. XXIX, cap. III y V.

(5) Fray Andrés á la reina Isabel, 1.° set. 1498, pág. 50.

(6) Nació en 1479, perdió á su madre el 26 de nov. de 1504, y á su marido el 25 de set. de 1506.

(7) Relacion del viaje de Felipe el Hermoso por un caballero de su séquito (sin duda el señor de Salaing). Extracto publicado *Bull. com. roy.* hist. de Belg. t VI, 2.ª serie, 1854, pág. 30, segun el MS. de Bibl. nac. Dupuy, n.° 503.

(8) Carta-patente de la Reina, 23 nov. 1504, Bergenroth, pág. 65. La reina muere tres dias despues.

(9) P. 73

alegres galanteos. ¿No seria mejor entenderse con el viejo suegro? Esto quiere precisamente Fernando, el cual viéndose abandonado de todos los castellanos, se presenta casi solo y con fingida humildad á la cita de Villafáfila, donde le espera Felipe. Es el 27 de junio de 1506. El astuto viejo arrastra á su *yerno* á la iglesia. «Era vigilante, cauto y sutil, y no hay historia donde se haga mencion de que le engañaran nunca (1).» Desde el pórtico se les ve discutir largamente bajo la bóveda de la iglesia: el aragonés gesticula con animacion; el austriaco parece que se decide á su pesar. Muy luégo parecen de acuerdo, salen y firman un tratado, mejor dijéramos tres: por el primero, cede Fernando la corona de Castilla á sus *amados hijos*; por el segundo se estipula que Felipe poseerá solo este reino, si Juana se niega á tomar parte en el gobierno, en razon de sus enfermedades ó de sus pasiones que no pueden respetuosamente consignarse (2). Con esto hace el padre comprender á su yerno la ventaja de excluir á su hija; trasforma en cómplice al protector; vende su renuncia para obtener la condenacion de Juana. Pero el tercer documento hace más clara aún la intriga; este mismo Fernando que acaba de demostrar á su yerno la cuenta que le trae hacer creer en la demencia de Juana, escoge esta misma ocasion para negarla, y redacta una protesta secreta ante notarios revocando cuanto se habia estipulado en los otros dos documentos de Villafáfila (3).

Este último acto acaba de dar á comprender el pensamiento de Fernando. A los tres meses escasos de la entrevista de Villafáfila, muere Felipe el Hermoso, cuyas entrañas se entierran precipitadamente, y se hace desaparecer al que se alaba de haberle dado el *brebaje* (4). Fernando de Aragon vuelve á apoderarse de Castilla, y mantiene á su *muy amada hija* en la prision en que hacia tres meses la habia encerrado su marido.

Así, proclamar la incapacidad de Juana para conservar la corona de Castilla; ofrecer esta corona á su yerno que defiende la capacidad de su mujer; obtener á este precio que sea encerrada Juana como tal loca, por su propio marido; estar apercibido por medio de una protesta secreta á prevalerse de la capacidad para excluir á su marido, si no puede lograrse su envenenamiento; apoderarse del mando en cuanto se logre la muerte de Felipe, y proclamar en alta voz que Juana, como loca rematada, debe permanecer en su prision: hé aquí los medios empleados por Fernando para retener la soberanía del reino de Castilla.

II

Felipe el Hermoso habia muerto en Burgos; Juana estaba encerrada en Tordesillas. Su padre la mantuvo allí bajo la vigilancia y guarda de un aventurero llamado Mosen Ferrer, quien hubo de incomunicarla de tal manera que no supo la reina la muerte de su padre (5) ni el advenimiento de Cárlos, su propio hijo.

Hallábase Cárlos en los Países Bajos: no habia visto á su madre desde su primera infancia, y habia crecido en la creencia de que la reina estaba loca. Cederle el poder hubiera sido hacer la infelicidad de sus pueblos: no podia tener ningun escrúpulo ni vacilacion en suceder á su padre. ¿Habia de remorderse de los sufrimientos de una mujer recluida por espacio de diez años, condenada por su abuelo y hasta peligrosa si se despertaban en su nombre los rigoristas instintos de la lealtad castellana? Rara vez debieron haberle hablado de su madre, y no pensó siquiera en ella durante la embriaguez de los primeros meses de poder. Su madre era para él una molestia, no un remordimiento; estaba en la ignorancia, no en el crímen.

Pero la ignorancia no se prolongó mucho tiempo. Gobernaba en su nombre España el cardenal Jimenez de Cisneros, y llegó á saber con horror el severo prelado que el alcaide Mosen Ferrer maltrataba á la madre de su soberano, ora por ser de suyo perverso, ora por domar las rebeldías de una mujer moza, amén de reina, exacerbada con un encerramiento de diez años. Estaba, en efecto, tan desesperada la reina en aquel silencio, en aquella soledad, en aquel universal olvido y abandono que hubo de resolverse á morir de hambre, y Mosen Ferrer.... confesó á Cisneros.... que le habia hecho dar *cuerda* (6).

De dos maneras puede apreciarse esta confesion: ó significa simplemente que se azotó á la jóven reina con una cuerda, ó bien expresa la forma de tortura llamada de cuerda, que se empleaba en la cuestion jurídica y consistia en la suspension por los brazos con peso en los piés. Sea de ello lo que quiera, horrorizado el cardenal, se dió buena prisa en participar á Cárlos el ultraje.

Al saber que á su madre le habian dado cuerda, acaso sintió el hijo vergüenza; pero no manifestó más que enojo contra el bueno del cardenal que iba con tales impertinencias en medio de tan alegres regocijos. «Sabed, le escribió rudamente, que á mí los que en esto quisieren meter la mano, no ternán buena intencion.» Ni siquiera pensó en reemplazar á Mosen Ferrer. Pero el buen Cisneros le relevó, aunque no sin temor de reincidir en el alto desagrado por este exceso de celo, pues su amigo Diego Lopez de Ayala le escribió desde Bruselas que sólo por mera forma se hablaba allí de la reina; que era gente peligrosa y convenia tener bien cerrada la boca.

La pobre madre tuvo, sin embargo, un momento de alegría, viendo presentarse en la prision en que estaba hacia ya doce años á su hijo Cárlos el dia 15 de marzo de 1518. Pero no logró despertar en aquel corazon un impulso de ternura: el hijo se limitó á instalar un nuevo carcelero, D. Bernardino de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, conde de Lerma, y á darle por instrucciones (7) que no saliera nunca, que ninguna de las mujeres que la asistian supiera lo que él le dijera, secreto absoluto para todo el mundo, y que á él solo debia dirigirse para todo lo que tuviera que escribir de ella.

Este cuidado de ocultar á las damas de servicio las conversaciones que el marqués de Denia habia de tener con la reina, prueba que Cárlos las habia prescrito de ante mano y que sabia que los proyectos fraguados no tenian probalidades de éxito, sino á condicion de ser ignorados. Tratábase de obtener de la reina un documento que hiciera constar su demencia de una manera pública é incontestable. Para ello quiso Cárlos valerse de la ignorancia en que Mosen Ferrer la habia tenido y ordenó á Denia que hiciera creer á la reina que vivia aún el rey Fernando su padre y la indujera á escribirle una carta. Ya cundian narraciones sobre aquella reina que rehusaba creer la muerte de su marido y esperaba que se despertara despues de muchos años; estas suposiciones hubieran recibido confirmacion preciosa, si se hubiera podido producir una carta destinada á otro muerto: hé ahí el lazo tendido por el hijo á la madre. Le he dicho, escribe el marqués de Denia á Cárlos, que la causa primera del viaje de Vuestra Alteza á estos reinos ha sido el deseo de suplicar al rey Fernando que le diera alguna más libertad.— Pero la reclusa tuvo el instinto del peligro y con esa obstinacion muda de las mujeres oprimidas, se negó á firmar la carta que la comprometia, sin desanimar por eso á sus opresores, que muy luégo improvisaron otro ardid.

El emperador Maximiliano habia muerto hacia algunos meses, y Cárlos fué elegido para sucederle: Cárlos escribió, pues, á su madre diciéndole que Maximiliano acababa de cederle desinteresadamente la corona imperial y que estaba ella, por tanto, en el deber de escribirle una carta dándole las gracias: hasta el borrador ó minuta de la carta le fué presentado á la reina por el marqués de Denia. Pero este escribia luégo con despecho, contestando al emperador: «Dixe á S. A. como á V. M. habian elegido emperador, y questo avya procurado el señor emperador como buen padre y que V. M. lo hazia saber por *aquella carta*, y mostregela, y que Su Alteza la devya de ver y responder á ella y aun al señor emperador besandole las manos por la merced á V. M. avya hecho. Dixome que por cyerto olgara mucho dello, y que la carta otro dia la verya.»

De esta manera se la hace vivir en un mundo imaginario; no se la habla más que de muertos y se la oculta la suerte de sus hijos vivos. La cuerda de Mosen Ferrer es acaso ménos criminal que esta serie de supercherías. Este esfuerzo del dueño de Europa contra su propia madre, atontada por los sufrimientos de tan largo cautiverio, para probar, caso necesario, ó determinar la demencia de la pobre reina; este cambio de confidencias con el cómplice, estas miserables maquinaciones, revelan una bajeza de que hay pocos ejemplos tan curiosos.

El primer resultado obtenido por el marqués de Denia fué abatir el orgullo de la reina, la cual despues de trece años de dura reclusion, fué á humillarse ante la marquesa de Denia. «Dyceme, escribe Denia á su amo, dyceme tantas buenas palabras para atraerme á esto que me espanta como las dice quien está como S. A. y aunque no es sin trabajo de la marquesa y mio remediar y escusar estas cosas.» Lo que pide la reina con tales y tantas súplicas no es sino aire que respirar. «Quiere salir fuera, añade el marqués; yo le he respondido todas las veces que en esto me ha hablado que el tiempo es con poca salud... Me ha dicho que yo escriba que no puede sofryr la vida que tiene, que ha tanto tiempo que la tiene aquí encerrada y como presa, que mire que es razon que sea mejor tratada.»

III

La libertad apareció de súbito despues de catorce años de prision, á fines de agosto de 1520. Los comuneros de Castilla, al mando de Juan de Padilla, se presentaron delante de las torres de Tordesillas para libertar á la reina, cuyos derechos habia usurpado Cárlos V. El marqués de Denia tuvo que franquearles las puertas. Acto contínuo se abrió una informacion sobre las causas de la prision de la reina, produciendo resultados precisos y concordantes. «Casi todos los criados y servidores de la reyna, escribe á Cárlos V el cardenal Adriano, á quien el emperador ha delegado sus poderes, mientras lo eleva al solio pontificio, dizen que S. A. ha sido agraviada y detenida por fuerza catorce años en aquel castillo, como que no estuviera en sí, habiendo estado siempre en buen seso y tan prudente como lo fué en el principio de su matrimonio.» El cardenal ha hecho que se le remitan las piezas de la informacion, está consagrado á Cárlos V, cuyo maestro ha sido, y en pugna con el partido que sostiene los derechos de doña Juana; necesita sobre todo estar en gracia del emperador para lograr sus aspiraciones al papado; pero á pesar de tan graves intereses tiene la buena fe de declarar *sin vaguedades* que la reina no está loca y de repetirlo así á Cárlos en una segunda carta. «Echaré fama por todo el Reyno que la Reyna está en cumplido seso y bien dispuesta para mandar como lo estaba la Reina doña Isabel su madre.»

Este periodo de libertad dura tan sólo tres meses y medio (8). Rodeada de rebeldes, no tiene la reina mas que poner una firma para dar con su adhesion fuerza legal al movimiento liberal de Castilla, para desposeer á su hijo, reivindicar el poder y asegurar el triunfo de los comuneros. El cardenal Adriano lo reconoce así: «Que la reina, dice, firme la proclama y es el único modo de hacer perder todo el reino. Lo perdereis sin resistencia posible, si firma.»

La madre, sin embargo, se negó con abnegacion conmovedora á poner la firma que habia de despojar al hijo desnaturalizado; la madre deshonrada, negada, recluida y atormentada hacia tantos años, no habia podido arrancar de su alma el amor á su hijo, y rehusó unirse á los enemigos de Cárlos. «La Reyna, anuncia Hurtado de Mendoza á Cárlos V, dixo muy buenas cosas á los que aquí estaban, quando le dixieron que V. M. se llamaba rey en perjuicio de S. A.: dixo que así se acostumbraba por autoridad del Reyno. Quando le dixieron que habia hecho muchos daños en él, dixo que no la rebolbiese nadie con su hijo, que todo lo que tenia era suyo, y que él miraria por ella.» En esta crisis, Cárlos V parece verdaderamente enternecido: no habla ya de la demencia de su madre, no formula agravios, está completamente entregado á su inquietud, «por el atrevimiento grande y desacato que se ha hecho á la reyna, mi señora, en quitar de su servicio al marqués y marquesa de Denia.» Son sus palabras textuales en la carta que dirige á su maestro, el cardenal.

La abnegacion de Juana, su serenidad y firmeza en medio de aquella gente armada, mantiene la legalidad y el derecho en manos de Cárlos V. Los próceres de Castilla combaten á los comuneros, los vencen y entran en Tordesillas. Todos admiran la generosa actitud de la reina: el conde de Haro la declara que está en libertad; Hurtado de Mendoza escribe al emperador que tiene á la reina por enteramente cuerda.

Sabe Cárlos V que se ha vencido la rebelion y no siente ya ninguna inquietud: ni siquiera escribe una palabra á su madre, limitándose á reponer á su lado al marqués de Denia y á su esposa, para volver á cerrar tras ellos las puertas del castillo de Tordesillas.

Sucede frecuentemente que el verdugo es quien odia á la víctima: miéntras ésta se resigna abatida, el carácter de aquél se agria por efecto de su propia perversidad, se irrita ante la sumision, ahoga en el rencor sus remordimientos. El marqués de Denia, privado, por algunos meses, de la princesa á quien tenia la obligacion de atormentar, disimuló tan poco su alegría al echarla mano otra vez, que el honrado Mendoza se creyó en el deber de prevenir al emperador. «*El marqués de Denia viene aquí con* más pasion de la que era menester. V. M. debe mandar que se temple mucho y la marquesa: segun la pasion que tiene y la mala voluntad con que le reciben, creo que no seria bueno lo que hiciesse.»

Sin embargo, acaso no sea simple ferocidad lo que inspira al de Denia los malos tratamientos de este segundo periodo de la reclusion. Es lícito creer que estaban prescritos en las instrucciones formales de Cárlos V, pues no sólo los hace conocer escrupulosamente el Denia en su correspondencia, sino que ninguna de las cartas que los denuncian, como la de Mendoza, atrae al marqués reprension de ninguna clase.

Uno de estos gritos, elevados á Cárlos V en favor de Juana, revela en toda su realidad un dolor que interesa observar.

Cuatro meses despues de la muerte de su marido, habia dado á luz la princesa en su prision una niña que habia crecido encerrada con ella. La niña no habia conocido otra existencia, no habia salido jamás de las torres de Tordesillas. No hubiera tampoco la infeliz niña formulado quejas, si la conducta de la marquesa de Denia no hubiese hecho intolerable su situacion. La pobre niña encontró al fin ocasion de hacer llegar á su hermano una ingenua carta, carta que se encontró tambien en el cofre de Simancas. La princesa, que tenia entónces quince años, se quejaba de la vigilancia de la marquesa que no le permite escribir á su hermano sino lo que ella la dicta; que la registra y la *saca casi los ojos* si lleva cartas encima; que la despoja de su ropa para dársela á sus hijas, sin dejarla nada en su poder. Luégo continúa: «Vuestra Majestad provea por amor de Dios que si la Reyna mi señora quisiesse pasearse al corredor del Rio ó salir á su sala á recrear, que no lo estorven; la marquesa y sus hijas mandan á las mujeres que no la dexen salir á la sala y corredores, y la encierran en su cámara, que no tiene luz ninguna sino con velas.»

Malhadada intervencion que fué causa de un nuevo tormento. Cárlos V dió órden de separar á la hija de la madre. «No, exclamó Juana, no quiero dexalla, porque he miedo que el Rey me la ha de tomar, como hizo al infante, y por buena fe que si tal fuese que me echasse por una ventana abaxo ó me matase con un cochyllo.» «Los hijos,

(1) *Historia de Bayardo*, por el Leal Servidor, pág. 388.

(2) Bergenroth, pág. 79. «Segund sus enfermedades y pasiones que aquí no se expresan por la onestidad.»

(3) «Por quanto á todos es notorio el grande agravio que la Serenísima reyna doña Juana, mi muy cara y muy amada fija, e Yo recebimos en la contratacion (protesta y se reserva sus derechos) para *fazer lo que devo y soy obligado por derecho natural* á la dicha Serenísima reyna, mi fija, para que cobre su libertad y derechos.»

(4) «El bocado.» Proceso de Lopez de Araoz, citado por Bergenroth, pág. 37.

(5) Sabido es que el rey Fernando de Aragon, como nuestro rey Luis XII, murió algunos meses despues de haberse casado con una princesa muy jóven.

(6) Mosen Ferrer á Cisneros, 6 marzo 1516. «Porque no muriese dexandose de comer, por no cumplir su voluntad, le hube de mandar dar la cuerda por conservarle la vida.»

(7) Cárlos al marqués de Denia, 19 de abril, 1518. «Fué bien no darle lugar á salir fuera, y cuando os hable, no consintais que ninguna de sus mujeres ni otra persona esté delante.»

(8) Del 24 de agosto al 5 de diciembre de 1520.



EN LA IGLESIA, cuadro por Skutezky



JUGANDO Á LOS NAIPES, cuadro por C. Barison

repuso Denia, no andan siempre con sus padres.—Dixome que no curasse dalle consejo, que no queria sino su niña.» Tuvo, sin embargo, que someterse al sacrificio: habiéndole dicho que la princesa iba á casarse con el rey de Portugal, la abrazó... y quedó sola.

IV

A veces se permitia á la reina salir de la cámara alumbrada con velas para pasearse en el corredor. «Habrá un mes, escribe Denia, que salió á un corredor y comenzó á dar voces, y porque no oyessen á S. A. yo mandé á las mujeres que le suplicassen que se entrasse en su cámara, y si no lo hiziesse, la metiessen; y viendo que lo querian hazer, entrose: ha quedado tan ordenada, que no hace sino lo que le suplicamos y así come cada dia. Yo siempre crey que estando S. A. en la indisposicion, no podia aprovechar ninguna cosa tanto como alguna premia (1); aunque es muy grave cosa pensar el vasallo en hazella á su señor.» Es la segunda vez que el marqués de Denia *habla* al emperador de este medio de domar á su madre. «Tenga V. M. por determinado, le habia dicho ya, que no se puede hazer con voluntad de Su Alteza, y en verdad que hazelle premia V. M. en muchas cosas serviria á Dios y á Su Alteza.» El marqués hubo de emplear la violencia, si lo juzgó conveniente, como quiera que Cárlos V no le contestó, ni supo autorizar ni prohibir el uso de *la tortura contra su madre.* Cuando el *sentido moral* desciende á este grado, suele el sentimiento religioso servir de freno; pero estaba la fe harto pervertida en Cárlos V para no mostrarle en sus adversarios enemigos de la Iglesia. El emperador hubo de imaginarse fácilmente que su madre estaba entregada á la impiedad, olvidando que ni fraile era Lutero todavía cuando fué encerrada Juana y que desde entónces no habia tenido comunicacion alguna con el exterior.

Sin embargo, el marqués de Denia refiere en todas sus cartas que la reina se niega á oir misa en su prision. Es difícil de suponer que no haya sido sincero el marqués en sus acusaciones, cuanto más que se declaraba dispuesto á emplear la violencia para vencer esta culpable resistencia. «Vacilo todavía, dice, porque seria más conveniente que viniere ella de su propia voluntad; pero con la ayuda de Dios, Su Alteza vendrá presto.» Puede creerse que la reina buscaba un pretexto para que la condujeran á otra iglesia fuera del castillo, obteniendo por este medio aire y luz durante algunos momentos al dia; ó bien que su corazon se sublevaba ante tanta miseria, abandono y desesperacion. Acaso tambien aquel longuísimo encierro, sin aire, sin luz, sin conversacion, comenzaba ya á obrar sobre su cerebro. En todo caso importa notar que su confesor, Fray Juan de Avila, escribia por entónces á Cárlos V diciéndole que estaba en sano juicio; que el servicio que prestaba á Su Alteza llevándole los consuelos de la religion los habia bien de menester, pero que el marqués queria apartarlo de ella.

El hijo vió con despecho esta intervencion del confesor y se hizo el sordo á sus quejas, como á las de su hermana, como á las del buen Hurtado de Mendoza, como á las de los Rdos. Cardenales Cisneros y Adriano. El honrado Fray Juan de Avila tuvo el valor de continuar por espacio de algunos meses, escribiendo á su señor, á pesar de su silencio. «A V. M. suplico por servicio de Dios envíe á *mandar al marqués y á la marquesa tambien* que me traten bien y no me molesten.» No podia creer el buen religioso que un hijo empujara á su madre á la impiedad para acusarla mejor de demencia. Juan de Avila fué despedido: desde el seno de su convento quiso continuar tan valerosa lucha; pero fué muy luégo reducido al silencio.

Esta tentativa fué la última muestra de interés que recibió la reina Juana: todos sus hijos la olvidaron, hasta la infanta que habia crecido en su prision. Si su nuera, la piadosa y altiva emperatriz Isabel, fué á hacerle una visita á Tordesillas, no fué por manifestarla cariño, no; fué por arrebatarla las pocas alhajas que la quedaban. «Necesito un descargo, escribe el marqués de Denia: el chambelan Rybera se ha llevado los objetos que le ha indicado la emperatriz, y como yo soy el responsable de ellos, pido un resguardo.»

No se puede negar con absoluta certeza que Juana hubiera tenido cierta propension á la manía ó un desequilibrio en sus facultades; pero no hay sistema nervioso por sano que se le suponga, que pueda resistir un régimen, sostenido cerca de cincuenta años, de encerramiento sin aire, sin luz, sin movimiento, de abandono universal, de vejaciones, de crueldad, de desesperacion. La locura vino al fin, con un cortejo de sufrimientos indecibles y de alucinaciones espantables. La reina, vieja ya, veia un gato negro que devoraba á su padre y á su marido; daba alaridos pavorosos y se negaba á todo aseo, sin proferir, empero, jamás una palabra de maldicion contra su ingrato hijo. Cuarenta y nueve años pasó en aquella cámara, en aquel mismo suplicio: fué encerrada á mediados de 1506 y murió en 1555 «dando gracias á Dios, que ponia fin á su vida,» escribe su nieta Juana.

El admirable descubrimiento de esta correspondencia clasificada y escondida por espacio de tres siglos, permite apreciar en esta carencia de todo sentimiento tierno *el valor moral de Cárlos V*, y las rudas impresiones en medio de las cuales fueron educados todos los miembros de su familia.— FORNERON.

(1) Esta palabra significa violencia, opresion, tiranía, segun el diccionario de Dominguez, y apremio, fuerza, coaccion, segun el de Salvá y el de la Academia española: es la idea de la tortura.

EL MEDIUM

—¡Si supieras, mujer!
—Tú dirás, Antonio.
—Vengo del espiritismo.
—¿Y qué es eso?
—Mira; figúrate tú que te sientas á una mesa.
—Bueno.
—Que pones las manos encima.
—Enterada.
—Pues, bien; al poco tiempo la mesa se mueve.
—¿Y quién la mueve?
—Ella sola.
—¡Quiá!
—¡Que sí, mujer!
—¡Que no, marido!
—Te digo que sí, y sí.
—La moverán con los piés.
—¡Porra! se mueve ella sola; yo lo he visto.
—¿Y qué más?
—Espera, que todo se andará. La mesa se mueve, ¿estás?
—Estoy.
—Pues, bien; entónces se dice, ¿hay espíritu presente?
—¡Qué barbaridad!
—No me interrumpas.
—Sigue, hombre, sigue.
—Si la mesa se vuelve á menear, es que hay espíritu presente; y, entónces, tú, pongo por caso, empiezas á hablar con el espíritu.
—¡Jesus, María y José! ¿Y qué voz tienen los espíritus?
—No tienen voz.
—Entónces, condenado, ¿cómo han de hablar?
—Hablan con las patas de la mesa.
—¡No tienes tú mala pata!
—Te digo que sí.
—¡Tonto! ¡todo te lo crees!
—¡No he de creer! Te digo que lo he visto yo; sí, yo he estado hablando con los espíritus.
—Pero, ¿cómo hablan?
—Por el abecedario.
—¿Como los chicos?
—Una cosa semejante. Mira; tú preguntas, es un decir, el nombre de tu madre, y el espíritu contesta dando golpes.
—¡Aprieta!
—El primer golpe es *a*, el segundo *b*, el tercero *c*, y al llegar á la *c* se para un buen rato; es decir que la *c* es la primera letra del nombre de tu madre. En seguida comienza á dar otros golpes; *a* un golpe; *b* otro golpe; *c* otro golpe; otro *d*; y otro *e*; y vuelve á pararse otro gran rato, porque la *e* es la segunda letra del nombre de tu madre; y así luégo la *l* hasta que dice una por una todas las letras que tiene el nombre de Celipa.
—¡Quiá! eso no es verdad.
—Tan cierto como la luz que nos alumbra.
—¿Crees tú que me chupo el dedo?
—¿Cuánto te apuestas á que sí?
—Lo que quieras.
—No seas testaruda, mujer. Ahora mismo acabo yo de preguntar á los espíritus cuántos cuartos tenia en el bolsillo y me dijeron que tres perros chicos. Míralos; ¡justos y cabales! Despues les pregunté qué edad tenia, y en esto se equivocaron un poco, pues dijeron que tenia 55 años.
—Pues 55 tienes.
—No, que tengo 47.
—Y los que anduviste á gatas.
—Te digo que tengo 47.
—Tienes 55, vejestorio. Ahora sí que voy creyendo que sea verdad eso de los espíritus.
—¿Quieres que hagamos la prueba?
—Vamos á verlo.
—Siéntate aquí, en medio de la sala; aquí la mesa, y aquí, enfrente, yo. Pon las manos abiertas y extendidas sobre el tablero, *así, como yo las pongo.* ¡Ea! quietecita hasta que la mesa se menee por sí sola. No hables y piensa en alguna persona que se haya muerto y á la cual tú hayas conocido.
—Ya pienso.
—Fíjate bien, y dí su nombre, sin hablar alto ni bajo.
—Ya lo digo.
—Llámala con el pensamiento.
—Ya la llamo.
—Muchas veces, muchas.
—¡Ay, que se me duerme el brazo!
—No te muevas porque se va á perder la virtud; ten paciencia y espera pensando en la persona que ha muerto y á quien tú has conocido.
—¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡que se mueve la mesa!... que se mueve!
—Calla, que voy á hacer la pregunta. ¿Hay espíritu presente?
—Se vuelve á mover.... ¡Parece brujería!
—Estate quieta, mujer. Espíritu, ¿cómo te llamas?
A, b, c,.. l. ¿Empieza con *l* el nombre de la persona á quien has llamado?
—Sí, con *l* empieza.
—¿Lo ves? Espíritu, ten la bondad de decir la letra que sigue. *A, b, c,... u.* ¿Es *u?*
—*U* es.
—Pues, ahora la otra. *A, b, c,... i.* ¿Es *i?*
—Sí.
—Entónces ¿será Luis?
—Eso es, eso es; el nombre de mi padre.
—Pregunta ahora tú lo que quieras.
—Que cuánto tiempo hace que se murió.

. . . .

—Ha dicho que siete años. ¿Lo ves como es verdad?
—Ahora quiero preguntarle una cosa en secreto, sin que tú te enteres.
—Pregunta.
—Ya está.

. . . .

—Dice que no.
—¡Ay! ¡me ha quitado un peso del alma! Espera, que voy á preguntar otra cosa en secreto. Ya lo he preguntado.

. . . .

—Ha dicho: Andrés.
—Sí, sí: ya lo habia yo entendido.
—Dí, ese Andrés ¿es el tabernero?
—Y á tí ¿qué se te importa?
—Ahora soy yo quien va á preguntar en secreto.
—Quiero saber ántes lo que vas á preguntar.
—No.
—Sí.
—No; ha de ser en secreto.
—No hay secreto que valga.
—Despues que conteste te diré lo que es.
—Con esa condicion, sea.

. . . .

—Ha dicho que sí.
—¡Demonio, demonio!...
—¿Qué preguntaste?
—Que si te dice chicoleos Andrés el tabernero.
—Mira, Antonio, mira, tengamos la fiesta en paz y no gastes más bromas. Ni á mí me dice chicoleos el tabernero, ni la mesa se mueve, ni aquí hay espíritu, ni mi padre se habia de meter en camisa de once varas.

VICENTE COLORADO

EL CURA DE RIOTINTO

POR DON V. BARRANTES

Si ven Vds. por ahí á Pedro Antonio de Alarcon ántes que yo, díganle que ya conozco al P. Muley. Desde que leí *El niño de la bola*, convencido plenamente de la existencia corporal del párroco de Santa María de la Cabeza, porque tipos tan reales no los inventa nadie, aunque tenga la fecunda vena y el espíritu de observacion de mi amigo el novelista académico, ardia yo en deseos de tropezar con el P. Muley por esos mundos, y en cuanto atisbaba un cura de misa y olla, capaz de responder á un nombre árabe y de pegar un pechugon al Niño de la Bola como argumento definitivo en una escena dramática, hecho atalaya de su persona, me ponia á deletrearlo menudamente.

¡Cuántos chascos me he llevado por esos pueblos y aldeas! No ciertamente por encontrar sacerdotes antipáticos, ú opuestos por lo ménos á mi ideal, que yo, en buen hora lo diga, tengo la fortuna de pasar de largo donde barrunto cosas desagradables; pero tipos de bondad y mansedumbre, de jovialidad y franqueza, de sencillo saber y uncion religiosa, como el P. Muley, fuerza es buscarlos muy despacio en una clase, hoy sometida por desgracia á duras pruebas, por la pobreza abatida, por la indiferencia general humillada, y objeto de constante *observacion malévola por parte de casi toda la sociedad*, que así la obliga á disimular sus virtudes, y tal vez, triste es decirlo, á prescindir de ellas en apariencia ó en realidad para aligerar las cargas que la abruman.

Hé aquí el ticianesco retrato hecho por mi amigo el novelista, que yo tenia como clavado entre ceja y ceja:

«Don Trinidad Muley era uno de aquellos curas á la antigua española, á quienes aman y respetan todos sus feligreses y cuantos los conocen, sin distincion de partidos políticos ni áun de creencias religiosas: curas que sin ser liberales ni dejar de serlo, ó mejor dicho por no tener opinion alguna sobre las *cosas del César*, pero sí una altísima idea de las *cosas de Dios*, no perdieron nunca ese amor y ese respeto... curas indígenas por decirlo así, que aman á su patria como cualquiera hijo de vecino, sin tener nada de cosmopolitas, de europeos, ni áun de ultramontanos... por lo que rara vez legan su nombre á la Historia;

curas en fin de la clase de católicos rancios, sin ribetes de política, ni de filosofía.... un verdadero hombre de bien, lleno de caridad ingénita, iluminada por la palabra de Cristo.... pobrísimo de humanidades, pero no de ciencia del mundo, ni de conocimiento del corazon humano... genio llano, francote y hasta bromista cuando no habia motivo para estar serio.»

Hallándome este verano en las minas de Riotinto, visitéla pobre iglesia del pueblo, en ocasion que acababa la misa diaria con poca concurrencia y ménos aparato. Aunque no católicos, algunos de mis galantes *cicerones* ingleses habian entrado conmigo. Era el momento en que el sacerdote daba la bendicion á los fieles, de espaldas al altar, y no olvidaré nunca la bondadosa curiosidad con que nos miró. Sin distraerse, ni perder un punto su grave continencia, nos habia *calado* á todos, como dice el vulgo en su gráfico lenguaje.

No habíamos dado una docena de pasos fuera de la iglesia, cuando se incorporaba con nosotros un desconocido en quien yo no reparé.

—¡El señor cura! ¡ya está aquí el señor cura! —exclamaron á la par y con extremada alegría todos mis acompañantes, así ingleses como españoles.

Aquella unánime acogida me chocó, y no ménos el tono de expansiva jovialidad que desde el primer momento empezó á reinar entre nosotros. Miéntras el señor cura repartia apretones de manos, sonrisas y palabras afectuosas, cada inglés le dirigia una pregunta, un saludo, ó una frase cariñosa.

Es hombre alto, de buena edad, fornido aunque no de muchas carnes, trigueño, de facciones pronunciadas, algo cejijunto, boca y labios grandes, no muy cuidadoso de su persona, pero tampoco desaseado, de modales abiertos sin demasía, de hablar sencillo y vulgar que nunca raya en lo rústico, vivo é inquieto como si le retozara en las venas sangre árabe, y sobre todo, con unos ojos y un mirar cuya expresion no se olvidan nunca al que una vez los ha observado.

Vestia un leviton negro de paño que por lo lustroso contará su par de lustros, y chaleco y pantalon negro en análogo estado de conservacion. Un gorro de terciopelo, tambien negro, con deshilada borla resguardaba su cabeza de aquel sol de Riotinto, que aunque de mañana se acercaria á los 30 grados. Nada en él era indigno de un sacerdote, porque hasta su jovialidad y sus perpetuos movimientos parecian imponerse cierto límite difícil de explicar.

Cuando llegamos á la plaza, nos rodeaba una turba de chiquillos que se nos metian entre las piernas y no nos dejaban andar por agarrarse á la levita del señor cura. Todavía quedaban vendedoras en el mercado, y todas tenian algo que decirle, ó él algo que decir á todas. El tono respetuoso de ellas corria parejas con la amable franqueza de él.

Pero cuando mis recuerdos de *El niño de la bola* y del Padre Muley llegaron á ser vivísimos fué al entrar en los vastos almacenes que la compañía minera tiene establecidos en la plaza para sus trabajadores, almacenes cuya organizacion es uno de los estudios más curiosos que en Riotinto pueden hacerse. Ni M. Le Play ni Meliton Martin dejarian de aprender algo en aquella colmena humana. Invádela á toda hora una multitud de compradores, principalmente mujeres, y la algarabía de los muchachos al ver al señor cura fué cosa de ensordecernos.

Pues ¡y sus madres! Todas tenian algo que consultarle, ya de sus compras, ya de sus asuntos caseros. El pobre D. Antonio estaria marcado, si no estuviera en su elemento.

—¿Qué le parecen á V. estas mantillas para lo que nazca?—decia una mujer con la barriga á la boca, metiéndole materialmente piezas de bayeta por los ojos.

—Elíjame V. tela para un vestido, señor cura, gritaba más allá una zagalona sonrosada como una flor.

—¿Qué le sentará mejor á mi enfermo, jamon ó gallina?—venia á consultarle una compradora de comestibles.

—¿Cuándo me dice V. la misa por mi difunto?—le preguntaba una vieja muy quedito.

Y más bajo aún otra decia:

—Tengo que contarle á V. una cosa que me pasa con mi suegra.

Miéntras una matronaza, que ponia de pié sobre el mostrador á un jayan de cuatro años:

—¿Vestiré ya á mi niño de pantalones?—gritaba á cuello tendido.

Y aquel santo varon, en vez de aburrirse y mandarlas á paseo, á todas contestaba pertinentemente con la sonrisa en los labios, repartiendo á la par á los chiquitines besos y palmaditas en los mofletes. Era cuadro digno de buen pincel, un hombre membrudo y corpulento como el P. Antonio, destacándose al lado del mostrador, sonriente y rebosando santa complacencia en medio de aquella jauría que lo acosaba. Yo no pude ménos de preguntarle si estaba aburrido, que era en mí un verdadero tema.

—No señor,—me contestó sencillamente;—como he bautizado á estos muchachos y casado á estas picaronas, los quiero á todos, y me gusta que me quieran á mí.

En nuestra visita á las minas, se repitió la escena corregida y aumentada. Bajábamos en batea, que es un wagon entoldado con banquetas centrales. Nuestras anteriores excursiones habian sido rapidísimas, como quien dice á tiro hecho. La máquina con agudos y atronadores silbidos, iba constantemente pidiendo *via libre*, y sólo nos deteníamos en el punto designado al maquinista préviamente. Esta vez fué el señor cura un tirano para nosotros. A cada momento sin pedir permiso al Director ni á inglés alguno de los que nos acompañaban, decia al maquinista—«pára aquí»—y áun ántes de parar, saltaba de la batea y desaparecia por aquellos barrancos ligero como un corzo.

Yo iba aprovechando estas ausencias para adquirir noticias de mi P. Muley.

—Tendrá algun enfermo por esas barracas,—me decian;—alguna parida, algun herido, algun vacunado....

—¡Vacunado!—exclamé lleno de asombro.— ¿Cuida él de eso?

—Cuida porque quiere, pues ya sabe V. que tenemos un servicio médico bien montado; pero gracias á él va perdiendo importancia la viruela, que era el cólera morbo de Riotinto. Desde el mes de noviembre en adelante la epidemia reina casi en absoluto sobre estos campos volcánicos. No hace muchos años todavía la mortalidad alcanzaba hasta el 36 por 100; pero establecida la revacunacion y tomada espontáneamente á pechos por el señor cura, hoy no llegan las víctimas á la mitad. ¡Y qué afanes le cuestan y qué sudores! Portugueses y gallegos, que son la mayoría de los mineros, se resisten á la lanceta como si les fueran á dar barreno en el brazo, parte por temor natural al sufrimiento físico, parte por el de inutilizarse para el trabajo más de los dos ó tres dias que los ingleses abonan de parada al que se revacuna. Allí es de ver á nuestro D. Antonio enredado con ellos en discusion,—«¡bruto!» por acá —«¡animal!» por allá, y algunas veces á sopapos, que todo eso y mucho más se necesita para convencerlos.

—¡Qué! ¿les pega?—exclamé con asombro.

—Cuando ménos se lo catan. ¡Si tiene unos puños!.... Pero como ven que lo hace con buen fin, como ellos dicen, y que esos mismos puños le sirven para cogerlos en brazos cuando les da una calentura ó les sale un barreno malo, y andar cargado tres ó cuatro kilómetros por estos andurriales, é ir él mismo por las medicinas que receta el médico, y velarlos por la noche, y consolar y distraer á sus mujeres y áun darles un duro si les hace falta, con otras muchas cosas por el estilo, tengo para mí que no hay minero que le duela cuando les sacude el polvo y que de buena gana guardarian como reliquias los cardenales que les suele hacer. D. Antonio Muñoz Arteaga es un hombre sin par, que sólo observado de cerca puede ser comprendido. Bajo esa corteza ruda, todo lo que hay son flores. Desde Riotinto á Huelva y desde Huelva á Sevilla su popularidad es legendaria, como dicen Vds. los escritores, porque está el terreno sembrado de hechos suyos que él olvida; pero el pueblo, no. ¿Cuesta trabajo en alguna parte encontrar enterrador para los que perecen de viruela? Como él ande por allí no se quedarán sin enterrar, que los mete en el hoyo al mismo tiempo que les reza el *De profundis*. En una ocasion teníamos estos hospitales atestados, y la enfermedad reinaba en todo el distrito de la Real Zalamea, de suerte que ningun pueblo podia favorecernos. ¿Qué hace mi D. Antonio? Mete en un carro á los que ya no cabian aquí; el carrero se le escapa; dirige él mismo las mulas, que lo sabe hacer como andaluz castizo; va á Huelva; no le reciben por temor al contagio; tampoco se apura; va á Sevilla; lucha tres ó cuatro dias con las autoridades, consigue al fin camas en el hospital para sus enfermos, y se vuelve al punto en su carro á ver si hay en Riotinto otros nuevos que llevar. Hasta ahora que yo se lo cuento á V., nadie le ha celebrado aquella hazaña de Hércules; pero nadie por aquí la olvida.

(Continuará.)

CRONICA CIENTIFICA

LA EXTENSION Y LA IMPENETRABILIDAD

¿Entre los personajes y las cosas que nos atormentan ó nos encantan en los ensueños, y los personajes y las cosas que percibimos en el estado de vigilia, no hay positivamente más diferencia sino la de que los sucesos imaginados en los ensueños ocurren sin sujecion á órden ninguno, y los sucesos que pasan ante nosotros durante la vigilia se presentan constantemente en un cierto órden invariable, siempre el mismo para la misma clase de fenómenos?

¿Lo real (como quieren cuantos niegan la realidad de la materia) es efectivamente producto de lo ideal, pura objetivizacion del yo? ¿No hay nada fundamental que oponer á las aseveraciones del idealismo? ¿Es efectivamente un sueño nuestra vida?

«Indudablemente las cosas, si existen, no son lo que nos parecen», confiesan cabizbajos hasta los que imaginan teorías sobre la constitucion real de la materia. Al cuerpo que me causa mal nada le duele: el que me produce placer no siente regocijo. El olor, el sabor, el sonido, el color, son, fuera de mí, MOVIMIENTOS; y no hay medio de negar lo que predican las ciencias físicas, que han escrito tratados portentosos, tanto sobre las vibraciones sonoras del aire, como sobre las vibraciones luminosas del éter.

Del estado del organismo humano depende, sin duda alguna, en gran manera, el resultado sensible de las impresiones de los cuerpos; de modo que estas aparecen diferentes en el mismo hombre, segun las condiciones normales ó anormales de su idiosincrasia; y muchas, conocidamente, difieren de hombre á hombre.

A mí, agitado, me parece fria una atmósfera que, despues de descansar, se me antoja sofocante.

Al tísico le incomodan sonidos que, en salud, toleraba, y que los demás escuchan indiferentemente. Con jaqueca, oyen bien sujetos tardos de oído. Resfriados, perdemos temporalmente el olfato. Muchas personas no distinguen de colores; quizá el cinco por ciento de los hombres, y el dos por ciento de las mujeres. Esta incapacidad de percepcion cromática, llamada Daltonismo, porque la padecia el famoso Dalton, ha sido causa de horrendas colisiones de buques, y de terribles naufragios en noches serenas, por no poder diferenciar los oficiales de guardia las luces roja y verde de los buques que, conforme al código marítimo internacional, indican el rumbo. Los daltonianos deben ver las cosas como nosotros las imágenes fotográficas, puesto que ellos, por lo comun, solo diferencian lo claro de lo oscuro. Algunos, en verdad, diferencian algun que otro color, pero confunden lastimosamente todos los demás; y es cosa de pasmo, y á veces de risa y compasion, verlos clasificar en el mismo grupo colores tan distintos, por ejemplo, como el rojo y el azul, cuando se les dan sedas ó telas de los colores más rabiosos y distintos, encargándoles que pongan juntos los que les parezcan iguales. Personas hay que no pueden comer fresas sin experimentar fiebre urticosa. A otras, estremece el contacto de la cáscara de un melocoton, áun comiendo gustosísimos la fruta, si otro se la monda. Ha habido quien no podia oir cantar á un gallo sin horripilarse. Las telas rayadas de dos colores causan náuseas en algunos. El olor y el sabor de los ajos es para muchos enteramente insoportable. Los persas llaman «manjar de los dioses» á la asafétida. Las cloróticas comen con pasion pedazos de búcaro, creta, cal, carbon y hasta ceniza. Así como no hay dos relojes iguales, cada organismo tiene su CARACTERISTICA especial, que lo diferencia de todos los demás sus similares. Y esto es general, y no cualidad propia solamente del sér humano. El rojo irrita al toro bravo, al búfalo, al elefante....

Muchos animales anuncian, por un marcadísimo desasosiego, la aproximacion de las tormentas. Personas hay que sienten agitacion indefinible en una atmósfera electrizada: otras excitacion insólita, análoga á un exceso agradable de la actividad....

¿Es todo, pues, pura apariencia? ¿Todo afectivo? ¿Todo puramente sensible?

¿No hay nada en el mundo material idéntico siempre para el mismo hombre, é independiente por completo del estado idiosincrático de su sensibilidad? ¿No existe nada en el mundo exterior siempre y constantemente igual de hombre á hombre?

Sí. Existe. LA EXTENSION; claman los que no quieren ver triunfante al idealismo.

Y, efectivamente, si un arquitecto traza los planos de un edificio, siempre para el mismo arquitecto tienen los planos idéntica representacion; y, no sólo para él son en todo tiempo símbolo permanente de construccion determinada, sino que para todos los arquitectos del mundo simbolizan las propias relaciones; tanto que, con ellos, todos y cada uno levantarian idéntico edificio. El ingeniero construye los modelos de sus máquinas, y el artífice las realiza puntualmente á la escala que se le pide. El geómetra demuestra propiedades de los cuerpos, y la verdad de las demostraciones jamás cambia en su entendimiento, ni tampoco en el entendimiento de los que las estudian y comprenden.

La EXTENSION salva, pues, el abismo. Hay algo fundamental que no depende nunca de nuestra sensibilidad ni de sus idiosincrasias, y que siempre se nos manifiesta con caracteres constantes: idénticos en el mismo hombre, é iguales de hombre á hombre.

Y los que proclaman esta clase de hechos dicen seguidamente:

«Luego existe el mundo exterior.»

¡Atrevido es el salto!

Por de pronto, en geometría consideramos el espacio sin cuidarnos de si el espacio está ó no vacío de materia. Solo en mecánica nos vemos precisados á admitir la materia como *substratum* de las fuerzas. Las ciencias matemáticas se fundan, pues, en las IDEAS de espacio y de tiempo. Las formas geométricas son la CONCEPCION de la manera cómo una parte del espacio está separada del resto. Pero, nótese bien: las IDEAS y las CONCEPCIONES son fenómenos de la razon humana; y no suponen la REALIDAD OBJETIVA. Podemos imaginar la aniquilacion del

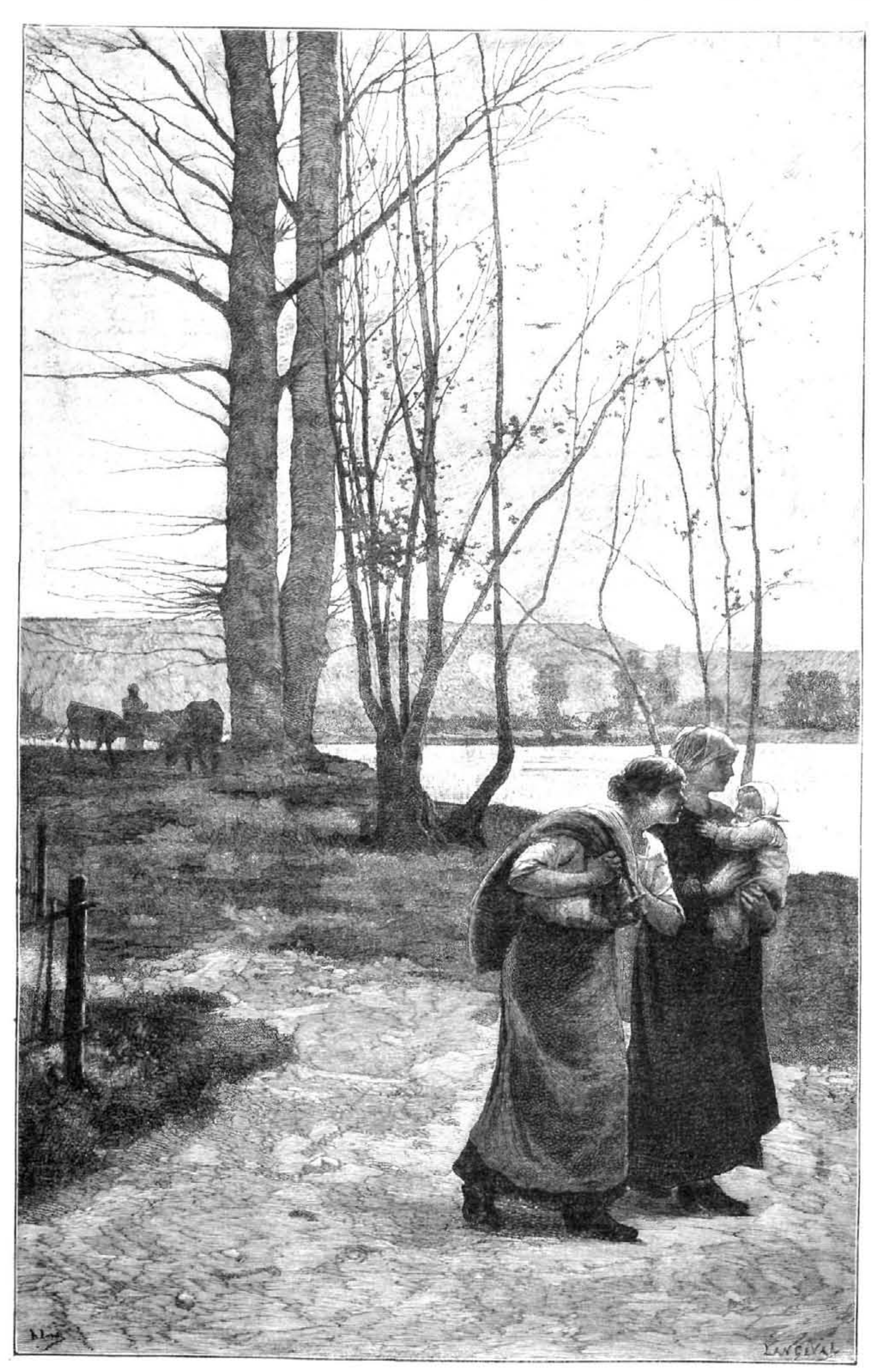
universo: todas las religiones la han imaginado; pero de ninguna manera nos es posible concebir la del espacio y la del tiempo, conceptos esenciales del pensamiento; ley de la razon humana, necesaria como toda ley, y sobre la cual es inútil discutir. Y, así, áun supuesta la aniquilacion del universo entero, siempre concebiremos necesariamente un espacio infinito, vacío durante tiempo infinito. Pero de la necesidad de una idea no nos es lícito deducir su realidad objetiva. Si hay dos montes de oro en alguna parte, y cinco en otra parte, NECESARIAMENTE, su conjunto sumará siete. Pero de la NECESIDAD DIALÉCTICA de la suma, no se deduce la necesidad real de tales montes áureos. La NECESIDAD LÓGICA de las verdades geométricas no es, por tanto, prueba concluyente é indiscutible de la objetividad de la EXTENSION.

Por otra parte, la extension es una IDEA en nuestro entendimiento, descomponible en otras dos:

multiplicidad
contigüidad

En primer lugar, pudiera no haber materia, y existir, sin embargo, la idea de multiplicidad de afecciones en nuestro entendimiento. Los berkelianos admitian la multiplicidad, y negaban, sin embargo, la realidad objetiva. La idea de multiplicidad, pues, sólo exige la de percepcion de cambios.

En segundo lugar, admítase la idea de multiplicidad: admítase tambien la de contigüidad: pudiera entónces suceder que lo que nos parece contigüidad fuese, fuera de nosotros, el ÓRDEN INVARIABLE con que muchas fuerzas externas modifican á la vez, SIMULTANEAMENTE, nuestra inteligencia; y que LO FATAL Y NECESARIO de esa ordenacion de resultantes fuese en nosotros, correlativamente, PERCEPCION de la contigüidad. Fuera de nuestro sér, ÓRDEN FATAL en fuerzas con poder para modificarnos: dentro de nuestro sér, PERCEPCION CORRELATIVA, con los atributos de PLURALIDAD y CONTIGUIDAD, caracteres de los cuerpos extensos.



EL SUEÑO DE LA NATURALEZA, cuadro por Langeval

En tercer lugar, la idea de extension no es la de cuerpo extenso. Y esta es la gran objecion. Las verdades de la química moderna inducen á creer que hay últimas partículas, indescomponibles por medios químicos, y mucho ménos por acciones mecánicas. Estas partes diminutísimas están unas junto á otras y nos modifican simultáneamente. Pero la idea de EXTENSION no necesita de la de CUERPO; y, en tal caso, la idea de extension queda reducida á la de CONTINUIDAD: á la de algo extenso y sin límites, en que ciertamente podemos concebir formas, es decir, extensiones trazadas científicamente *ó ad libitum*; pero no separaciones del resto de la continuidad infinita. Sin duda se nos resiste concebir la infinita divisibilidad de la materia; pero se nos impone, como necesaria, la inacabable é infinita divisibilidad de la continuidad. Así, pues, siempre que concebimos EXTENSION MATERIAL, concebimos pluralidad; pero la pluralidad no es carácter suficiente, porque no siempre que hay pluralidad imaginamos necesariamente extension. A la par de la pluralidad de partes, tenemos que concebirlas CONTIGUAS unas á otras, formando un todo material. Pero lo que en ese todo nos parece contigüidad, pudiera ser ordenada simultaneidad de efectos múltiples. De una parte, lo que EN REALIDAD esté compuesto de muchas moléculas con existencia individual y propia, no puede constituir un todo sin discontinuidad; pero, de otra parte, la transmision de la fuerza á distancia es un concepto ininteligible sin la CONTINUIDAD REAL Y OBJETIVA; porque, si no existe un INTER-MEDIO CONTINUO entre el punto que se mueve y el punto que es movido, hay que devorar el absurdo de que en la NADA puede haber ALGO: MOVIMIENTO, TRASLACION, TRANSMISIONES. Es preciso admitir ese ALGO REALMENTE CONTINUO, substratum de las afecciones y movimientos materiales; y ese algo continuo (sin discontinuidad en parte alguna, porque cesaría de ser continuo) NECESARIA Y FATALMENTE CONTINUO, podria ser lo que en la realidad correspondiera esencialmente á nuestras percepciones de la extension. ¿Porqué no habia de ser ese enigma que llamamos contigüidad (y que nadie ha logrado explicar todavía) la modificacion que nos causen multiplicidades de fuerzas que en la continuidad obren sobre nosotros, simultánea y fatalmente, ligadas entre sí de un modo necesario, y no con independencia unas de otras, ni en tiempos sucesivos? Un sabor, un olor, un sonido... no producen siempre el mismo efecto en el mismo hombre; y de cierto lo producen diferente en cada individuo de la especie humana; pero la idea de extension no varía jamás en el mismo hombre, ni tampoco de un hombre á otro, porque la idea de extension es una PERCEPCION, no de un fenómeno fisiológico de nuestro organismo, siempre variable, sino la percepcion de un órden invariable en las fuerzas del exterior, fatales y necesarias en su manera de obrar, y, por necesidad, no discontinuas.

Pero si la extension, pues, pudiera ser la percepcion del modo de obrar de sistemas especiales de fuerzas; ¿no quedaría triunfante el idealismo?

Ciertamente.

Y hé aquí porqué recurren los físicos á la idea de IMPENETRABILIDAD. Lo que me resiste no soy yo. Yo ejecuto actos conforme á mi naturaleza; pero á cada instante me encuentro detenido; y es contradictorio que yo me resista á mí propio.

La prueba, pues, de que existe la materia, dicen naturalistas de nota, es que la voluntad encuentra resistencias.

Pero tambien hay aquí otro salto.

Las resistencias no prueban la existencia de un mundo material, sino la existencia de fuerzas solamente, antagónicas á mi voluntad.

Además, si la impenetrabilidad se define como la resistencia que ofrece la materia á que un cuerpo ocupe el lugar ocupado por otro, desde luégo nos presenta la física casos en que la mezcla de dos cuerpos ocupa menor volúmen que la suma de los espacios ocupados por ellos individualmente. Así, y por ejemplo, dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno forman dos volúmenes de vapor de agua: un volúmen de ázoe y tres de hidrógeno suman sólo dos de gas amoniaco. Los cuerpos, pues, son porosos, esto es, dejan entre sus partículas grandes intersticios donde cabe que se alojen otros cuerpos; al modo que (y pase lo vulgar del ejemplo) en una caja llena enteramente de huevos, cabe enorme cantidad de serrin en los espacios de uno á otro. Además, es de alta probabilidad que el contacto de dos cuerpos sea sólo aparente. Fuerzas repulsivas (de que verdaderamente nada sabemos) se excitan entre las partículas de los cuerpos, ántes de que ocurra el contacto, que sin ellas se verificaría; de manera que la idea de impenetrabilidad está hasta cierto punto desmentida por la de porosidad; y la de porosidad depende de la de fuerzas que impiden el contacto. Pero esto no contraría lo esencial de la idea: sólo hace que no se tome en absoluto.

La idea, pues, del mundo exterior se funda principalmente en la IMPENETRABILIDAD, ó sea en la de fuerzas resistentes al YO; y en la necesidad de admitir como real y objetiva la continuidad, por ser inconcebible la transmision de fuerza á distancia sin un inter medio continuo y real, substratum de las fuerzas que se nos revelan en los fenómenos de la impenetrabilidad.

¿Qué es ese substratum? No se sabe.

Pero creemos que existe, y en eso se apoya nuestra fe en la existencia del mundo exterior.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR, CUADRO POR SOFÍA LOWE



AÑO II — BARCELONA 19 DE NOVIEMBRE DE 1883 — NÚM. 99

FUENTE DE LECHE, dibujo por A. Zick

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Fluctuacion numérica.—Manifestacion en memoria de Figueras.—La pasion como factor importante.—El don de Baranda.—Investigaciones del porvenir.—La obligacion del revistero.—Los muertos ilustres.—El trabajo es la mejor *mina*.—Los toros y el capitan Castanet.—El descanso nocturno.—Triunfo del Gobernador.—*La noche triste* de Hernan Cortés.

Unos decian:

—¡Tres mil!

Otros:

—De cuatro á cinco mil....

Quiénes hacian subir el número á seis ú ocho mil.

Algunos afirmaron que eran diez mil.

Y últimamente la comision organizadora que dió cuenta por telégrafo de la manifestacion del domingo, trasmitió por los alambres esta cifra:

¡Diez y seis mil!

Verdaderamente, no sabe uno á qué atenerse.

Parece que las manifestaciones á favor de un muerto, si no resucitan al difunto, gozan por lo ménos del privilegio de reproducir el milagro de la multiplicacion de los panes y los peces.

***

Yo ví formarse en el Prado los primeros grupos de personas que habian de dirigirse al cementerio civil, para tributar un cariñoso recuerdo á D. Estanislao Figueras con motivo del aniversario de su muerte.

La reunion fué aumentando; la carretela con la gran corona dedicada al difunto se puso en actitud de marcha; los manifestantes se alinearon más ó ménos correctamente, y por fin aquella masa negra empezó á andar en direccion al Jardin Botánico y á la Ronda de Embajadores.

Pero no tuve ocasion ni posibilidad de contar el número de personas que rodeaban la carretela y la seguian formando el fúnebre cortejo.

Estas operaciones son harto difíciles; y se puede asegurar que siempre que ocurren casos semejantes no son las matemáticas las que entran en juego para contar las personas, sino que en vez de valerse de la aritmética, se acude al recurso de las afecciones favorables ú hostiles.

La simpatía ó la antipatía son factores importantísimos para tales ceremonias.

No hay manera de saber el número de concurrentes con imparcialidad y exactitud.

Los enemigos del suceso ven ménos gente de la que en realidad se halla congregada.

Y en cambio los fervientes miran la agrupacion con cristales de aumento.

Como hay que juzgar al simple golpe de vista, prodúcense en la retina de ambas clases de observadores erróneas ilusiones ópticas.

La verdad consistiria tal vez en un justo medio; pero lo que se halla de por medio es la pasion, y no hay manera posible de que la justicia se sobreponga á ella.

Hace muchos años que residia á temporadas en Madrid un sujeto aragonés llamado Baranda que era una gran notabilidad en esto de contar series de objetos al primer golpe de vista.

Baranda llegó á ser popular en todos los cafés y tertulias de esta corte.

Le escribiais en un papel gran cantidad de números, y en seguida fijando una rápida y penetrante mirada en los guarismos decia la cifra total acertándola casi siempre y equivocándose tan sólo alguna que otra vez en tres ó cuatro unidades.

Contabais un puñado de garbanzos ú otros objetos claramente visibles y los arrojabais al aire.

Baranda los sorprendia al vuelo y os daba cuenta del número de objetos que se habian desprendido de vuestra mano.

Igual operacion ejecutaba con las fichas de un dominó: las extendiais todas desordenadamente; despues quitabais dos ó tres, á hurtadillas, y en cuanto él volvia la cabeza y fijaba sus ojos en las fichas os decia con toda seguridad el número de puntos que faltaban.

No sé qué se ha hecho de ese individuo. Tal vez haya muerto y se halle espiritualmente en las regiones de lo infinito contando las innumerables estrellas del cielo;..... pero instintivamente me acordé de Baranda el domingo último, y lo eché de ménos pensando en el buen servicio que habria podido prestar sumando el número de personas que á última hora de la tarde se hallaban reunidas junto á la tapia del cementerio civil y escuchaban á los distintos oradores que desde una tribuna improvisada arengaban á la muchedumbre.

A falta de este requisito, el público imparcial no sabe con certeza el número de personas que allí hubo.

Ni hace gran falta tampoco este pormenor estadístico.

No es un dato que importe para el porvenir; y si en los tiempos venideros hay algun sabio que pretenda esclarecer la exactitud de semejante suceso, la misma vaguedad é incertidumbre de la noticia prestará cierto encanto al rebuscador de datos históricos.

Por lo demás, la manifestacion en memoria de D. Estanislao Figueras se celebró muy ordenadamente.

Es un hecho de la semana del cual he tenido que dar cuenta.

El cronista imparcial y severo no ve nunca en estos casos el interés político: no se alegra ni se turba; no prorumpe en ditirambos ni jeremiadas. Expone y narra á grandes rasgos los sucesos del dia....

Y el acontecimiento á que me he referido ocupó, favorable ó adversamente, la atencion de todo Madrid en la tarde del domingo último, dia 11 de noviembre.

***

Cuando espiraron en la boca del último orador las postreras palabras, el sol se hundia en el ocaso.

El luminoso astro llevaba consigo á otras regiones multitud de impresiones del dia.

¡Qué tarde aquella! La atmósfera se habia ofrecido al pueblo de Madrid límpida y suave, convidando á todo el mundo á dejar las estrecheces del hogar doméstico y esparcirse por calles y plazas, por jardines y paseos.

Preciso es convenir en que el invierno economiza por ahora sus rigores.

Las noches son húmedas y frescas; pero las horas de sol son esplendorosas, radiantes, apacibles.

Con esa benignidad del domingo coincidieron multitud de sucesos, de fiestas y regocijos.

El espectador curioso no sabia dónde acudir.

Primero se efectuó el entierro del general Izquierdo acompañándole gran número de amigos á su última morada.

La Parca se entretiene estos dias en segar cabezas respetables que han tomado una parte importante en el desenvolvimiento de la nacion española.

Hace poco que bajó á la tumba el general Córdova; despues le tocó su turno al ilustre hombre de Estado D. Fernando Alvarez que en medio de los embates de la política habia sabido conservar esa integridad de carácter que aprecian siempre juntamente amigos y adversarios. Pasaron unos dias y circularon estas frases:

—¿Sabes quién ha muerto?

—¿Quién?

—El Teniente general D. Rafael Izquierdo.

Y hoy mismo, en tanto que escribo estos renglones, tengo á la vista otra esquela mortuoria que dice así:

«Don Pedro Nolasco Aurioles ha fallecido.»

Este último nombre que figura en la lista necrológica de estos dias pertenece á un varon ilustradísimo que desde el año 1852, con motivo del atentado del cura Merino contra doña Isabel II, recorrió una brillante carrera ocupando elevadísimos puestos y distinguiéndose por sus acendradas cualidades....

Digo pues, que los sucesos del domingo empezaron por el entierro del general Izquierdo. Entre tanto se celebraba en la exposicion de minería la gran fiesta organizada por la Sociedad Económica Matritense.

Las inclemencias del tiempo habian desbaratado la ceremonia durante dos semanas.

Por fin la virtud del trabajo tuvo su recompensa y en la tarde de ese domingo, despues de la misa de campaña, concedióse á varios trabajadores el premio correspondiente.

La exposicion fué visitada por multitud de personas.

Un honrado matrimonio conversaba de este modo al salir de la fiesta de la exposicion, ya entre las primeras sombras de la noche:

La mujer:—Hemos pasado el dia agradablemente. Pero, dime, que relacion hay entre los trabajadores y los objetos de mineralogía.

El esposo:—Sí, mujer; ambas cosas están relacionadas. El trabajo es para el hombre la mejor mina.

***

Sigamos el programa del domingo.

A la una, ya lo he dicho, se empezó á formar en el Prado la manifestacion en memoria de Figueras.

Y poco despues pululaba por la Puerta del Sol y por la calle de Alcalá un gentío inmenso, con la alegría en el alma y la viveza en el cuerpo.

Oíanse á cada paso estos diálogos:

—¿Á dónde vas?

—¡A los toros! ¿Quieres venir?

—No, voy á otra parte.

—Me extraña.... Tú tan aficionado á la tauromaquia.

—Por lo mismo no voy. El corazon me dice que la corrida será mala.

—¿Lo crees así?

—¡Vaya! El instinto no me engaña á mí nunca.

—Y ¿dónde vas á pasar la tarde?

—En los *Jardines del Buen Retiro*. Es funcion variada. Ya ves, hay *fantoches* en el escenario del teatro; luégo carrera de obstáculos al rededor del kiosco. Además, quiero ver la ascension en globo del capitan Castanet, que dicen que es muy intrépido.

—Sí; el juéves último subió á gran altura.

—Pues hoy se va á perder de vista. Estas cosas van siempre de menor á mayor.

—¿Te dice el corazon que se va á matar como el pobre Mayet?

—No; es pronto todavía. Ya le tocará su turno. Ahora tiene que acreditarse; subir muy alto unos cuantos dias; aproximarse á la region de las estrellas. Luégo se estrellará tal vez.... ¡Es el término de la carrera!

—Pues entónces esperaré ese dia para ir á verle. A mí me gustan las emociones fuertes. Por eso voy á los toros, y cuantas más cogidas presencio más satisfecho salgo de la plaza.

—Ea, pues, ¡ahur!

—Adios.... ¡hasta la noche!

***

Y en efecto, la corrida, segun los inteligentes, ofreció poco atractivo.

El capitan Castanet hizo proezas en el aire, yendo á descender á distancia de algunas leguas.

Los concurrentes á la manifestacion llegaron por la noche rendidos á su casa.

Los que habian presenciado la fiesta de la exposicion minera cayeron en la cama con la pesadez de los minerales.

Los serenos decian á las once de la noche.

—¿Qué ocurre? ¡Madrid está desierto!

Madrid roncaba descansando de la agitacion del dia.

Y parece que el Gobernador á última hora se frotaba las manos de contento.

—Está visto, decia, que la poblacion de Madrid tan trasnochadora en otros tiempos, va moralizando su vida. Yo mando desocupar á las dos en punto de la madrugada todos los cafés y establecimientos de comida. Pues bien, ya mi vigilancia es inútil. Esta noche no se ve un alma por ninguna parte.

***

La Correspondencia dijo en la noche del domingo:

«Con tantos aniversarios como hoy se han celebrado se ha echado en olvido uno muy importante; el del nacimiento de Hernan Cortés.»

La Correspondencia no estaba en lo justo. Aquel dia habian celebrado sesion las comisiones del congreso de geografía colonial y mercantil donde se han discutido importantes cuestiones referentes á los países conquistados por el audaz capitan extremeño.

Además, la noche entera del domingo estuvo dedicada á Hernan Cortés.

Fué un recuerdo de *La noche triste*.

PEDRO BOFILL

Madrid 17 noviembre 1883.

NUESTROS GRABADOS

FUENTE DE LECHE, dibujo por A. Zick

Esta preciosa composicion está inspirada en una de esas baladas alemanas, poéticas, tristes, fantásticas, como la mayor parte de las tradiciones y consejas con que los pueblos del Norte alimentan la cándida imaginacion popular. Dice así:

«Léjos, muy léjos, al pié de las montañas azules, en el centro solitario de un bosque de abetos frondosos, viejos y gigantescos, se halla un admirable prado cuya primavera es eterna.

»A nadie le es dado encontrar ese sitio: su emplazamiento es desconocido, la senda que á él conduce se ha olvidado.

»Por maravillosa obra, cruza el verde prado un solo arroyuelo: su cauce está completamente lleno de dulce leche, en vez de límpida agua. El más brillante arco íris ilumina sus preciosas flores, cuyo cáliz rebosa dulce miel del cielo.

»Allí, en las calladas noches de luna, el Dios de las madres conduce á los niños huérfanos; les alimenta con dorada miel y en la plateada corriente les deja beber, alegres, la dicha que no tienen; les abraza con dulzura y sus ojos de cielo irradian amor materno sobre los niños prematuramente abandonados.

»¿Quién sabe, quién puede decir dónde tiene lugar esta agradable escena? Pero ello es lo cierto que el tierno infante sonrie en su cuna; y hasta los que han perdido á su madre, muestran, en su rosada faz, algo como el bendito reflejo de la lejana patria celestial.»

El autor de este cuadro ha vencido con admirable talento las dificultades que ofrece el materializar, el dar forma prosaicamente humana á una idea fantástica, á un imposible que, sin embargo, hay que poner al alcance de las gentes. Ese genio fecundo, esa fuente de leche, ha encontrado quien la sintetizara sin que la grosera realidad perjudicase en lo más mínimo la delicadeza de la balada en que se inspira.

HÚNGARO LADRON DE CABALLOS, cuadro por E. Greguss

El pueblo húngaro ha sido maltratado por sus opresores. Durante muchos años el látigo del austriaco ha

cruzado sus espaldas, y mantenido en una supina ignorancia, apénas ha discurrido de lo propio y de lo ajeno con el limitado criterio del que siente necesidades que no puede satisfacer.

De un pueblo que vive en semejantes condiciones, no es de extrañar que produzca gran número de bandoleros y hasta que se forme una idea equivocada del bandolerismo. Así se explica que la mayor parte, ó la más *escogida*, de los bandidos húngaros, haya alcanzado los honores de la leyenda, como Fra Diávolo en Italia ó José María en España. En realidad, el ladron húngaro tiene sus ribetes de *caballero sensible* y no es difícil que cuando en vez de dar en el clavo da en la herradura, haga una limosna á su necesitada víctima.

Como su sistema de vida le obliga á tener buenas armas y buen caballo, cuando éste falta á algun miembro de la partida, el bandolero húngaro se provee de un lazo á propósito, y con la destreza de un mejicano ó de un argentino hace presa en el animal que más llama su atencion en el solitario potrero.

Nuestro grabado representa al ladron de caballos en el acto de ir á utilizar su peligrosa habilidad.

LLEGADA DE LUTERO AL CASTILLO DE WARTBURGO,
cuadro por C. Hellqvist

Martin Lutero, religioso agustino, nacido en 1483 y fallecido en 1546, es la personalidad más trascendental de aquel siglo XVI, que produjo papas como Julio II, emperadores como Cárlos V y reyes como Francisco I. En lucha abierta con la Iglesia romana, fué en 1521 citado ante la Dieta de Worms y por ella desterrado del imperio de Alemania, donde, sin embargo, tenia muchos partidarios la nueva doctrina y el heresiarca poderosos amigos. Uno de estos, Federico *el Sabio* de Sajonia, comprendiendo el peligro que corria su amigo á su regreso de Worms, le hizo arrebatar por sus hombres de armas de entre los soldados que le conducian, dándole seguro hospedaje en el castillo de Wartburgo, á donde llegó el 4 de mayo de 1521. La llegada de Lutero al sombrío castillo sajon es lo que representa nuestro grabado. En este refugio empezó la traduccion de la Biblia á la lengua vulgar y redactó muchos de los escritos que tanta resonancia tuvieron en Europa, dando por resultado la disidencia más grande y continuada de cuantas han suscitado los hombres á la religion del Crucificado.

GITANA GRANADINA, dibujo por J. Marqués

Este bonito croquis copiado del natural por el Sr. Marqués, no necesita descripcion. Pertenece á la serie de dibujos cuya publicacion anunciamos en uno de los anteriores números, y es una prueba más del acierto y facilidad con que nuestro compatriota sorprende, por decirlo así, al modelo que se propone copiar, para reproducirlo fielmente en el lienzo ó el papel.

LOS VOLUNTARIOS DE 1813 EN ALEMANIA

Napoleon I era todavía el favorito de la fortuna; pero sus mismos triunfos iban labrando su ruina. Embriagado por el éxito, como Alejandro, como Cárlos V, soñó en la monarquía universal, y atentó á la independencia de los pueblos. Estos no vieron, no pudieron ver en él, sino al destructor de las nacionalidades; el emperador se olvidó de que el general Bonaparte debia su grandeza al esfuerzo supremo de aquella Francia que, amenazada por la coalicion de Europa, vió alistarse á todos sus hijos en los ejércitos de la república.

Lo que habia hecho Francia, lo hicieron otros pueblos: España dió el ejemplo. Si los esforzados hijos de Zaragoza no se rindieron hasta que los cañones franceses destruyeron el último de sus baluartes, los rudos habitantes de Moscou incendiaron voluntariamente sus hogares á trueque de que en ellos no se hospedasen los soldados del insaciable conquistador.

El cuadro que reproducimos es animado ejemplo del entusiasmo que produjo en Alemania, como en todos los pueblos de Europa, la idea del peligro en que se hallaba la patria. Al llamamiento del soberano, síntesis entónces de la nacionalidad, acuden todos sin excepcion alguna, ancianos y mancebos, soldados y paisanos, varones y mujeres; una sola es la idea, una sola la voluntad, uno solo el entusiasmo.

Dos años despues, el gran Napoleon era conducido á Santa Elena, prisionero de los ingleses, ni más ni ménos que el domador conduce, en una estrecha jaula, al humillado rey de las selvas.

Es que Napoleon podia vencer á todos los ejércitos mercenarios del mundo; pero ni Napoleon ni conquistador alguno, pudo destruir el sentimiento de la patria cuando engendra ejércitos de voluntarios.

EL CURA DE RIOTINTO

(Conclusion)

—Es una Odisea de la caridad cristiana,—dije yo.—Confieso que me pareceria inverosímil, si no fuese tan verdadera.

—En otra ocasion,—tampoco habia ferro-carril aún,—quedaron huérfanos varios niños de pecho, y estaban enfermas ó convalecientes casi todas las mujeres que teníamos paridas. El apuro era grande. Mamando de limosna poca y mala leche los pobres huerfanitos se nos morian por momentos. D. Antonio, que estaba desesperado, coge una noche su caballo, se va á Huelva, y á las veinticuatro horas nos traia multitud de paquetes de harina láctea, que en Riotinto nadie conocia. Acababa de leer el anuncio en *la Correspondencia.*

—¿Y de dónde ha venido este cura ejemplar?—dije yo.

—De abolengo,—me contestó mi interlocutor muy gravemente.

—¡De abolengo! no comprendo á V.

—Lo que se hereda no se hurta. Es sobrino de un famoso P. Domingo, de historia muy dramática y no poco misteriosa, que murió en Herrera en opinion de santo por los años de 45 ó 46. Todavía le encomiendan allí los niños y le rezan las beatas. Este su sobrino era arriero, y se hizo sacerdote, Dios sabe cómo y por qué.

—Por abolengo divino,—dije yo.

En esto llegó la hora de nuestro regreso á Huelva, y el P. Muñoz seguia reunido con nosotros sin perjuicio de meterse en todas partes y hablar con todo el mundo más que con nosotros. En vano agoté la cortesía para que se retirara á descansar. Ni lo necesitaba ciertamente, ni me hacia gran caso. Hablando con los ingleses en un idioma que al mismo cardenal Mezzofanti volveria loco, parecióme que los acosaba con demandas que ellos oian de buen grado. Así llegamos al tren, que no puede decirse á la estacion en un punto como Riotinto donde es estacion cuanto terreno abarca la vista, pues excepto por los tejados, por todas partes circulan trenes. El primero que ocupó su asiento fué mi buen cura.

—Voy con Vds.,—me dijo.

—¿Hasta Huelva?

—No, señor. Me volveré en cualquiera de los trenes que suben á las minas.

Quise disuadirle, achacando á cortesía aquel viaje; pero él me replicó en tono sencillo, aunque algo serio:

—Voy á ver á mis feligreses de las estaciones. Tengo algunos enfermos, y mañana boda en Candon, de una muchacha á quien quiero mucho. Voy á ver si está bien preparada.

Me vino de perlas aquel viaje, para tratar á solas con él un punto que me tenia intrigado, como dicen los galicistas. En cuanto nos despedimos de nuestros galantes anfitriones y la locomotora en marcha nos separó del simpático y ya medio andaluz Alfredo Gough, abordé resueltamente á mi D. Antonio, preguntándole:

—Y con estos ¿cómo le va á V.?

—¿Con quién, con los ingleses? Mejor que con los españoles.

Yo me quedé de una pieza, como suele decirse. Todas mis ideas sobre incompatibilidad religiosa, todo lo que habia oido contar, que no era poco, sobre propaganda protestante en las minas de Riotinto, se alzó en mi imaginacion como una catapulta contra la simpatía ya rayana con la veneracion que me inspiraba el buen cura católico, é iba á caer en un silencio de mal agüero, cuando uno de mis amigos de Huelva que me habia acompañado á las minas, se apresuró á decir, adivinando la situacion de mi espíritu:

—¿Pues no ha de irle bien con los ingleses al P. Antonio, si les saca cuanto quiere para su iglesia?

—¿Para la Iglesia católica?—dije yo.

—¿Para cuál ha de ser, hombre?—repuso el señor cura en tono dulce, que á mí me pareció algo sombreado de reconvencion á mis pensamientos.

—¿Derriban al fin la parroquia,—prosiguió mi amigo,—para ensanchar la calle? Estoy seguro de que entónces le harán á V. una catedral.

—No tanto, no tanto,—dijo el señor Muñoz;—pero siempre harán una buena iglesia. Lo que es á mí,—añadió enérgica y gallardamente arrojándose del tren,—no me derriban la vieja, miéntras no pueda decir misa en la iglesia nueva. Ni lo pensarán siquiera; yo respondo de que no lo pensarán.

Tan absorto iba yo en mis pensamientos que me asusté de aquella salida del señor cura, que materialmente se tiró del tren, parado ya en la primera estacion, sin que nosotros lo advirtiéramos. Con aquel hombre no se puede hablar cinco minutos seguidos, porque parece sentenciado al movimiento continuo. Despues le ví con terror varias veces coger el tren ya marchando, correr por los estribos con la agilidad de un guarda-freno, y pasarse de unos carruajes á otros, como aquel que en su casa propia se va de la sala al gabinete.

En la primera estacion le recibieron con gritos de júbilo; sin duda no le esperaban aquel dia. Entróse á ver á un enfermo, hizo varias preguntas y encargos, se sentó, se levantó, se paseó por el anden y me dió tiempo afortunadamente para completar su biografía.

—No lo dude V.,—me dijo mi amigo haciendo resúmen de sus noticias.—Los ingleses le quieren tanto como le respetan, no sólo por su carácter evangélico, sino por su popularidad, que le hace dueño de las minas, de los mineros y de todo el mundo. No hay voz que suene más en toda la provincia de Huelva que la del P. Antonio, y eso que como V. ve tiene siempre la sonrisa en los labios, nunca pronuncia una palabra más alta que otra, y solamente se enfada con los portugueses y gallegos, cuando no quieren vacunarse. Aquí entra él,—añadió mi amigo en voz baja.—Pregúntele V. por la ermita de San Roque.

Yo lo hice al pié de la letra.

—Eso se lo habrá dicho á V. este pícaro,—contestó el señor cura, encarándose con mi amigo el de Huelva.—Pues, nada, que me derribaron á S. Roque.

—Pero despues de hacerle otra ermita mejor;—añadió mi amigo.

—Por supuesto.

—Acudiria V. al señor Arzobispo,—dije yo.—Se formaría un largo expediente....

—Ni un papel de cigarro. Me dijeron los ingleses:—«Hay que derribar la ermita, señor cura.—Perfectamente, señores mios; háganme Vds. otra.—Se hará.—Se derribará.—Pues empecemos á derribar.—¿No es mejor que empecemos á construir?» —Y como ellos obraban de buena fe y yo tambien, no se derribó la ermita hasta que yo tenia la nueva hermosa y reluciente como un oro..¡Si no podía suceder otra cosa! ¿les pedia yo algo para mí? Ellos además son buena gente, que nadie sabe, sino el que los trata á fondo como yo, qué aldabonazos les está dando Dios ahora en la conciencia á casi todos los ingleses. Dicen que en lo antiguo llamábase su tierra la isla de los Santos, y yo no extrañaria que le volviera el nombre á aquella tierra. En resúmen y en plata, que nada les pido para mi iglesia católica, ni para el culto católico, ni para el hospital, ni para mis pobres, que me nieguen. Hasta una parroquia nueva me harán andando el tiempo, que ya hemos hablado de ello muchas veces. Pues la capilla de Santa Bárbara va á seguir el camino de la de San Roque. Quieren hacer allí un depósito de aguas. No me opongo, con tal que me hagan otra capilla que siempre será mejor.

—¿Producirá mucho la parroquia?—dije yo.

—Seria mejor que un obispado,—contestó mi amigo,—en manos de otro hombre.

—¿Para qué quiero yo el dinero?—repuso el P. Antonio sencillamente.—Yo sólo necesito tener siempre un duro sobrante para cuando me lo piden prestado.

De asombro en asombro, llegamos á un sitio donde me dijo de repente el P. Antonio:

—¿Tiene V. sed?

—Sí, señor.

—Verá V. qué agua tan rica hay aquí, cosa muy rara en todas las orillas del Tinto.

—¿Vamos á llegar á alguna estacion?

—No señor; á la fuente Utrera, que está en el campo.

—¡En el campo!

Y aumentando mi asombro hasta lo indefinible, sacó la cabeza por la portezuela gritando al maquinista:

—Muchacho, para en la fuente Utrera, que vamos á beber..

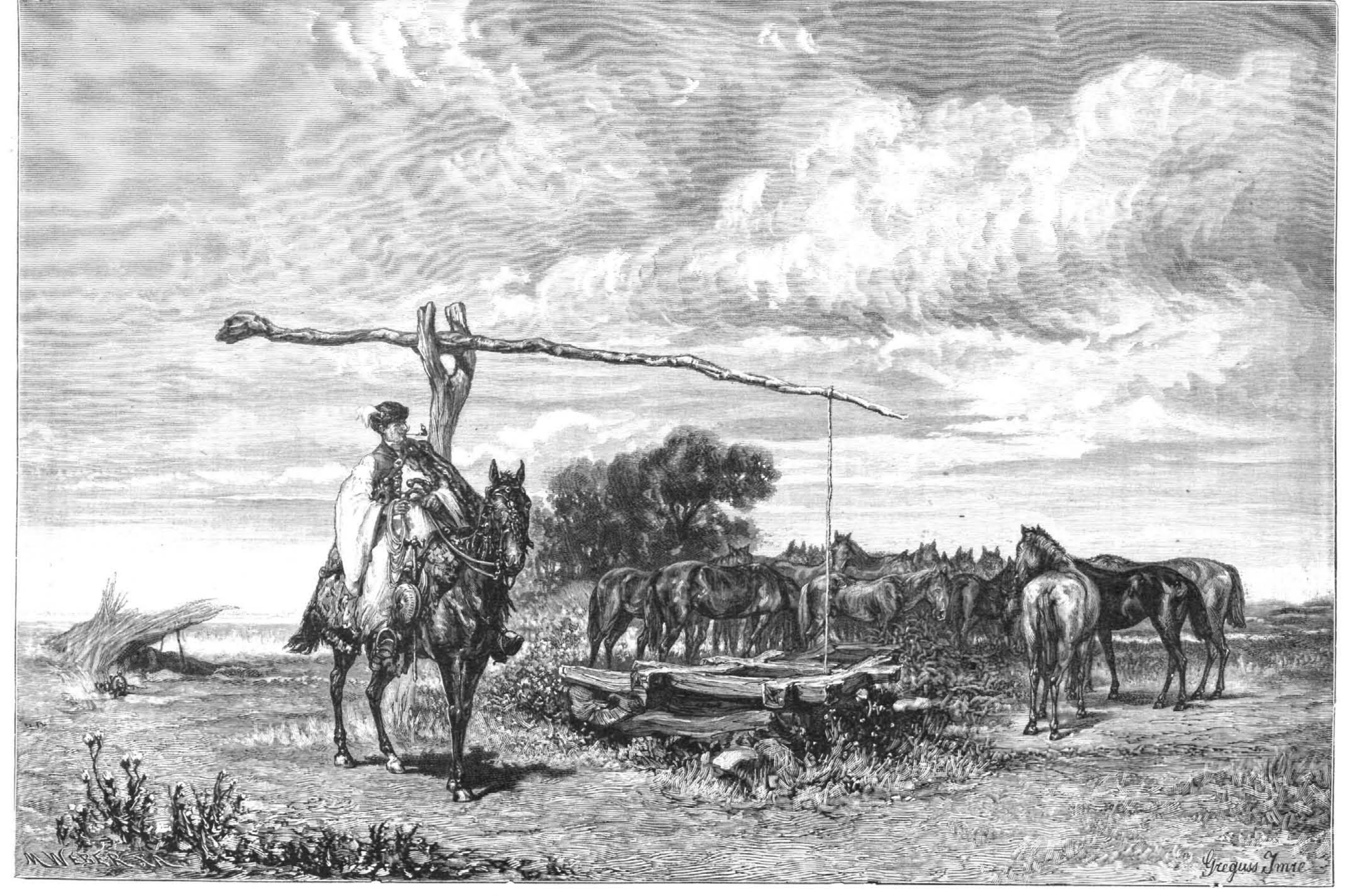
Y en efecto el tren se paró.

Hasta en el ferro-carril manda aquel hombre.

V. BARRANTES

LA NOCHE DE SAN JUAN

Dejad que gire, en la cerradura de oro, la llave de los sueños; que rompa los velos flotantes sobre la atmósfera de la realidad. No todo ha de ser relato de hechos espeluznantes, verdades acibaradas, disecciones nauseabundas, zambullidas exploradoras en el fango de la existencia. La campana del buzo se sumerge muchas veces, resistente y sufrida, en el fondo impenetrable del océano. Corre por él asombrando á los monstruos de las olas, choca contra los filos cortantes de los escollos, y rueda á las cavernas que sirven de tumba á los náufragos. El héroe nadador sube siempre, glorioso y enrojecido por el ahogo de su triunfo, á la azul superficie de las aguas. Es saludado por las aclamaciones de los marinos, por los hurras de la multitud; el vasto elemento no puede entónces servir de ceñidor á su orgullo. Pero un dia se marcha á sus excursiones misteriosas, y no vuelve. Aquel sitio llega á ser lugar trágico, hasta que una vela pasa por all



HÚNGARO LADRON DE CABALLOS, cuadro por E. Greguss



LLEGADA DE LUTERO AL CASTILLO DE WARTBURGO, cuadro por C. Hellqvist

sonriendo á los jugueteos de la brisa, y entre la espuma de su estela renace otra vez la confianza, la calma, la alegría espantada con la lúgubre catástrofe. Hoy mi pluma impelida por blandos cefirillos va á recorrer las floridas riberas del pasado. ¿Quereis refrescar los piés en el rocío de las yerbas, y colocar vuestras plantas de adulto en las huellas que dejaron vuestras plantas de niño? Pues venid; allá voy yo. Emprendamos juntos el camino.... ¡Ah! se me olvidaba: dejad atrás todo el bagaje molesto que hayais ido adquiriendo en los mercados del mundo, así como la ciencia, la duda, la ambicion, las pasiones, el remordimiento, la incredulidad, el hastío, el desencanto, la razon escaladora con que echamos abajo las ilusiones. Creedme: para el trayecto que á recorrer vamos no hay necesidad de nada de eso. ¿Estamos convenidos? Entónces, adelante.

***

El dia habia sido hermoso. El sol derramó sobre las pequeñas pero bien blanqueadas casas de la aldea toda la luz que guarda el astro divino en sus mundos de hornos. A lo léjos, y destacándose vivamente sobre lo verde del paisaje, aquel grupo cariñoso de paredes nevadas ofrecia un aspecto moralizador al espíritu, grato para los sentidos; parecia un rebaño pastando en calma sobre un prado. Ligeras espirales de humo ceniciento vagaban por cima como hálitos visibles del redil, rayaban el horizonte, se doraban al sol, y perdiéndose, recortadas en jirones blanquecinos, como plumas de cisne, por el infinito espacio. Llegó la tarde, y los rumores de la naturaleza formaron su himno que era como la sinfonía que anunciaba la serena magnificencia de la noche.

Abríase en medio de la aldea una plaza, la cual, horas ántes, habia sido alfombrada de finísima arena y humedecida suavemente por el riego. Era aquel el sitio donde se habia convocado al pueblo para festejar la noche más alegre del verano. No bien la lámpara roja del astro del dia ocultó su luz detrás de los montes lejanos, cuando empezaron á salir de todas las casas las gentes y á tomar puesto en el escenario al aire libre del lugarejo. Muchachas robustas, frescas y empurpuradas, como flores de madroños silvestres, andaban aquí y allá, cantando, riendo, jugando con los piés el trenzado de las danzas que se habian de bailar durante la noche. Los ancianos, sintiendo en la sangre helada el picor del fuego juvenil, dejaban tambien el rincon ahumado de las cocinas, ese nido de la vejez, y alisados sus cabellos blancos, afeitado el rostro, y embutido el cuerpo en el vestido de paño burdo reluciente, que estrenaron gallardamente cuando mozos, se preparaban á presidir la fiesta, desembuchando, en caso preciso, el gran repuesto de relaciones conservadas en su memoria codiciosa. Pandillas de zagalones, enjaezados de ropas nuevas guarnecidas de caireles, su sombrero redondo, su faja fina al talle, y sus borceguíes de cuero dorado, cruzaban igualmente las calles, estremeciendo las rejas con sus sonatas de regocijo y sus vibraciones melancólicas de guitarras. Por último, las madres abandonando, una vez al año, los trastos del hogar (pobres trastos que miraban con tristeza la fuga de sus amas), se mostraban en público, orondas y risueñas, dando la mano á su enjambre de polluelos, espigados y aris cos como rosas de alcaparra.

Vino la noche, y con ella la fiesta deseada. En cortos momentos vióse la plazoleta inundada de personas, todas ahogadas en las perspectivas halagüeñas de un placer inmediato. Frondosas acacias mosqueteadas de las blancas estrellas de sus flores, daban sombra y perfumes á aquel recinto destinado al goce de una noche serena. Sonó, acompasado y monótono, el tamboril, preludió la flauta no sé qué canciones ocultas en sus agujeros, y el baile empezó á moverse aéreo y cadencioso, con sacudimientos de enaguas y tecleo de piés vertiginosos. En el centro chisporroteaba una hoguera, cuyas llamas rojizas y convulsas se reflejaban con fugaces misterios sobre la paredes, donde á su vez corrian las sombras de los bailarines como fantásticas apariciones.

Era la velada de San Juan. El amor, desprendiéndose de sus arreos de caza, paseaba jugueton y travieso por entre las parejas, insinuándose dulcemente en sus más íntimos coloquios. No se contentaba con representar el papel de espía sino que, acordándose de que era niño, trepaba por las ramas de los árboles, se columpiaba en las cintas de los cabellos de las muchachas, cabalgaba sobre el rayo lumínico de una mirada, ó se asia á la cola del eco de una voz argentina. Volaba de un lado á otro estrechando aquí una mano, más allá una cintura, murmurando al oído de éste frases mágicas, posando en los labios de aquél un dulce soplo, algo más que un soplo, quizás un beso. Y entre tanto suspiraba la música, se mecian las hojas, cruzaban fugitivos, como acoplados pájaros viajeros, los novios, y la brasa embermellonada del candelorio seguia devorando los verdes troncos de retama, que como sierpes endiabladas se retorcian, saltaban, se enroscaban, crujian sus extremidades, y sacaban por las bocas de sus resquebrajaduras millares de sangrientas lenguas de fuego.

***

¿Cómo mi prima y yo nos encontramos allí aquella noche? La rústica aldea no se hallaba sola en medio de aquellos campos, dorados de mieses, ó tapizados de huertas de un verdor aterciopelado. En efecto, no léjos del lugarejo se alzaban los muros ruinosos de uno que fué, en tiempos añejos, castillo, y que, en época más inmediata, era una confortable casa de recreo, pertenencia de una tia mia, arcaico recuerdo en piedra de nuestros antepasados. La torre de enmedio se habia caido al suelo, no pudiendo estar más de pié, haciendo la centinela á los siglos. Como una cara vieja, mostrábase calva y desdentada, eternamente abiertas sus hendiduras de pedruscos, cual mandíbulas desquijaradas. Con el desplome de los cuerpos altos habíanse grieteado, cuando no aplastado los pisos inferiores, y como consecuencia de esta arquitectura de la destruccion, aquel torreon feudal, tan lleno de resquicios, habia venido á ser el palacio del aire. Sin embargo, algunos emplastos, aplicados si no sábiamente, por lo ménos con no escaso conocimiento de las dolencias de los edificios, pudieron restablecer al enfermo, afirmando sus nervios, ó si quereis más claro, enderezando sus vigas, con lo cual quedó, ya que no radicalmente curado, en un estado de soportable convalecencia.

Para mí no tenia pero. Mis ojos, que al sol de la fantasía adquirian poder de sorprender por doquiera horizontes desconocidos para el vulgo, misteriosos espejismos, auroras boreales maravillosas, miraban como fascinados aquellos vetustos paredones, curtidos y tostados por el cañoneo perpetuo de los elementos. Sepulcro de hadas parecíame, mayormente cuando ya pasada la media noche, al canto del gallo, entre el silbido del viento, se oian (aún se me ponen los pelos de punta) se oian voces, gemidos, lamentos de séres condenados sin duda á tormentos monstruosos, á interminables desgarramientos de entrañas. ¡Oh! ¡Cómo entónces gozaba yo (no os admireis del contraste) imaginando cárceles subterráneas, donde los espíritus de los muertos en pecado sufrian incalculables suplicios! ¡Es tan bonito pintar sobre el cristal de la inocencia las sombrosas fealdades del crímen! Venian luégo, para completar mi fantástico cuadro, las volanderas brujas, montadas en palitroques de escobas que barrian las nubes; y por último, á la claridad de la madrugada que aparecia entre el marco de mi ventana como una cortina azul, espantando con mi pañuelo todas aquellas visiones fastidiosas, me dormia, creedlo, me dormia soñando con los ángeles y con mi prima que era otro ángel.

Fué aquel un verano verdaderamente caluroso; su ardor era de fiebre; el sol parecia tener calentura. Mi tia (Dios la tenga en su gloria), que por no sé qué ambicioncillas frustradas de mi tio (el Señor le haya perdonado), tenia un humor no muy celestial y á quien se le subia con cualquier trastorno atmosférico el mercurio de la bilis á la cabeza, no bien contó sobre el almanaque el veinte y dos de junio, determinó de pasar el estío entero en su granja, nombre que daba á aquel esqueleto de piedra, pero nombre que nosotros nos guardábamos muy bien de cambiar por otro, y nombre que espero respetareis tambien vosotros. Así, consecuentes con este atractivo que ejercia el torreon sobre los miembros todos de la familia, una mañanita fresca y sonriente como la frente de una muchacha, nos pusimos en marcha á nuestra tierra de promision, abandonando precipitadamente nuestros cuarteles de invierno.

El viaje era largo, el camino polvoriento, cuando no pedregoso, y geografiado de zanjas. No era tampoco nuestro equipaje de un transporte fácil y cómodo. El ajuar de mi tia, compuesto casi todo de instrumentos higiénicos ó terapéuticos, tales como un baño de hojalata, un fumigatorio, un sillon cama, otro con agujero en el fondo para no sé qué uso misterioso, y un ejército de barreños, tazones, jofainas, vendajes, tubos, etc., todo este repertorio, digo, de cosas de mi tia llenaba por sí solo el carro. Felizmente mi prima y yo éramos soberbios andarines, y gran parte del viaje fué resuelto á pié. Contar las picantes peripecias á que dió lugar aquella peregrinacion á través de barbechos es tarea que requiere otro lugar y más espacio que de los que se dispone cuando se viaja aprisa. Ocurrieron, sin embargo, tales sucesos, que mi prima, al recordarlos despues, se ponia como una amapola.

Tenia mi prima diez y seis años. Llamábase Sola, y era la Sola más linda, más graciosa y más irresistible de todas las Solas, desesperaciones de hombres. Tan bonita era, tan guapa que no sé describirla. Imaginaos que tomais un pincel, que embrazais la paleta pictórica y que echais mucho negro para pelo, ojos y cejas, mucho blanco para manos, cuello y frente, mucho rosa para mejillas, rojo para labios, perlino para dientes, aconchado para uñas, azul para venas y algo de tornasol para los cambiantes acerados del cabello y para las líneas sombrosas de las redondeces de la garganta y del rostro, y con todo eso..... no teneis aún más que los materiales, á lo más cuatro tiznones, á lo sumo un boceto desperjeñado visto á través de una fria y borrosa niebla. La luz material, la expresion del alma, la fugaz conformacion de los contornos corporales moldeados bajo la impresion instantánea de un sentimiento, toda esa inmensa red de los atractivos con que se envuelve la simpatía suprema, escapa de los dedos, deslumbra la vista como un rayo, y deja sólo en el espíritu la vaga y dudosa incertidumbre de un sueño.

Decir que yo estaba enamorado de mi prima, seria como decir que el sol quema, que el mar tiene olas y las alas se hicieron para el aire; seria, pues, decir una cosa que el más ignorante presume ó adivina por lo ménos. Sí; yo estaba furiosamente apasionado de aquella muchacha de ojos negros y rasgados, de nariz fina y correcta, de labios frescos y risueños como pétalos de rosa recien abiertos, de trenzas gruesas y enroscadas como un cestillo de ébano sobre su frente de nieve sin mancha. Dejadme que repita de nuevo que estaba loco por ella. Era la primera vez que amaba; es decir ¡fué la única vez que amé! Mis sentidos y facultades sufrian entónces esa trasformacion misteriosa y llena de hervores á que se someten las savias vitales, dentro de la redoma de la naturaleza, cuando la película del niño se alarga para formar el cuerpo del jóven. Afan de explayarse fuera y ocupar con su sér todo el espacio apodérase del alma nueva; á la par, el seno vírgen tiene un cristal de pureza y de luz donde el mundo se refleja rodeado siempre de nimbos de auroras; de un lado y otro brota la armonía, saltan las corrientes magnéticas de la fuerza creadora, enciéndese la chispa de la confianza impulsora de las acciones; y hé aquí á un rapazuelo convertido en héroe con la sola potencia que le presta el genio tumultuoso de sus años imberbes.

Yo no veia á mi alrededor á nadie más que á mi prima. Parecíame que estaba compendiado en ella el universo entero. Todas las ideas de mi mente eran de ella, todos los latidos de mi corazon por ella eran. Quedábame largas horas contemplándola mudo y extático, y como absorbido por un prestigio sobrenatural que me imposibilitaba de todo movimiento, de toda energía que no correspondiera al arrobamiento maravilloso. No habia tenido aquel amor esos preludios de pasion con que se anuncia la edad de las tempestades. Yo no habia vagado por los campos, solitario y meditabundo; tampoco habia llorado por súbitas é ignoradas tristezas; y ni áun siquiera me habia deleitado contando esos diamantes de fuego que se ven fosforesciendo sobre la bóveda azulada en una noche serena. De pronto engolféme en los mares eróticos, y por ellos caminaba sin borrascas, á favor del viento, y llevando por brújula el iman de las miradas de mi prima.

Juzgad, pues, mi dicha, viéndome al lado de la que amaba y gozando de la libertad y grato aislamiento que ofrece el campo á quien sabe apreciar su trato íntimo, escuchando sus voces de paz y de reposo.

Sin saber cómo, veia florecer en mi mano los sueños más dulces de la vida. Desde el amanecer hasta la hora en que nos separábamos, que era cuando ya la noche iba más que mediada, pasábamos el tiempo en pláticas de amor, en confesiones de interioridades, en planteamientos de planes para un porvenir risueño. Yo no me saciaba de verla jamás; y estábame á veces las horas muertas mirando su rostro, las pintas rojas de su piel rosácea, las chispas de luz que brillaban en sus ojos, ó el suave, sedoso y finísimo vello negro que sombreaba ligeramente las comisuras de sus labios de grana. Sus miradas me seguian por doquiera, su voz me despertaba miéntras dormia. Os lo repito: estaba ferozmente apasionado de mi prima.

***

Fuera de esto, los dias siempre iguales trascurridos bajo un mismo techo, adolecian de cierta monótona regularidad. La verbena de San Juan vino á romper el nudo de la madeja enfadosa. Nuestra juventud, amante del bullicio, unida á la vejez fastuosa de mi tia, que gustaba como una reina de recibir ho-



GITANA GRANADINA, dibujo por J. Marqués

menajes aunque fueran de rústicos labriegos, fué causa de que se rompiera la cuerda tirante de la ordenanza doméstica á que parecíamos estar sujetos en la granja solariega. Así, pues, hiciéronse presto los preparativos de viaje, como temerosos de que, por lo inusitado del decreto liberaticio, hubiera una contra órden inmediata y de un sentido opuesto y reaccionario. Dispúsose iria asnalmente montada, acompañada por un guarda de la finca, que llevara del ronzal á la noble aunque retozona bestia, para que en caso de encuentro borricuno, no hubiera el correspondiente escarceo amoroso, á que son tan propensos los orejudos animales. Mi prima y yo seguiríamos andando á mi tia. Hízose así y hénos en marcha á todos.

Empezaba á declinar la tarde. El sol, rodeado de algunas nubes, enrojecia las cumbres de las montañas distantes, miéntras que los valles se envolvian en mantos de azuladas sombras, tranquilos y silenciosos como preparándose al sueño. El cielo estaba claro, iluminado de una luz gris, sólo interrumpida á trechos por los reflejos del ocaso que trazaba en la atmósfera largas franjas doradas, como pliegues acuchillados de una capa gigantesca. Fijando atentamente la vista, se descubrian, al cabo de un rato, algunas estrellas, que, ahogadas en los océanos de claridad lechosa del firmamento, parpadeaban como ojos de fuego sumergidos entre infinitas neblinas. Al mismo tiempo los últimos rumores del dia se balanceaban temblorosos en el aire como alas cansadas que no pueden sostenerse y caen al suelo. Los pájaros buscaban sus nidos, las flores la sombra fresca, el viento los filos de las hojas más tiernas donde tocaba las tenues canciones con que arrulla á la tierra. Todo permanecia callado, dormido. Sólo el ruiseñor, de cuando en cuando, soltaba sus notas de cristal, que, como una cascada de perlas, se perdian por el bosque silencioso.

Anduvimos casi sin hablar largo espacio; cruzamos atajos, salvamos zanjas, saltamos pedruscos que como tortugas yacian pegados al fango cubiertos del verdor aterciopelado del musgo; enzarzamos los piés entre espinos y chapoteamos en los marjales; tronchamos arbustos; desparramamos entretejidas enredaderas; caminamos, en fin, á través de los obstáculos y escabrosidades que hacian el viaje más dificultoso, pero más entretenido. Ibamos mi prima y yo como dos cervatillos, á quienes se les da suelta despues de largo encarcelamiento. Mi tia, entre tanto, marchaba por la angosta senda que, como blanca cinta, serpeaba al borde de las heredades. Muchas veces, en las sinuosidades y recodos de la vereda, ó tras los telones espesos de árboles de algun grupo de árboles que se interponia entre nosotros, mi tia nos perdia de vista y entónces nos llamaba; nosotros le respondíamos riendo, ella nos decia que nos acercáramos, nosotros fingíamos acceder momentáneamente á sus deseos, pero, en realidad, cada vez nos íbamos alejando más y más unos de otros, hasta que al fin concluimos por perdernos.

La primera impresion que experimentamos en nuestro descarrío fué un sentimiento de confusion que nos lanzó á un aturdimiento extraño y temeroso. Sin embargo, bajo aquel velo oscuro de sensaciones flotantes habia algo de real y estable que pugnaba por darse á luz; este algo era la certeza de nuestra soledad, estado que tenia mucho de diabólico y que hacia asomar involuntariamente á nuestros labios el vago diseño de una sonrisa de triunfo. A pesar de todo, mi prima no pudo ménos de mostrar sorpresa; su rostro se encendia y palidecia á un tiempo mismo; su respiracion entrecortada, sus palabras incoherentes y sus ademanes cohibidos denotaron la actitud de embarazosa indecision en que se hallaba. Quise yo tranquilizarla, volver la confianza á su espíritu, calmar aquel pecho que, como asustado pajarillo, aleteaba inconsideradamente. Corrí á un lado y otro en busca de mi tia, trepé á las copas de los árboles más encumbrados y con mirada exploradora investigué el espacio vacío. En el ardor de mi tarea, acrecentado por la afliccion que iba apoderándose del alma de mi amada, llegué á posesionarme tan bien del papel de indagador que mis ojos tomaron esa expresion devoradora del leon que escudriña con sus pupilas inflamadas una presa por el vasto desierto.

Pero fué estéril todo trabajo; despues de media hora, larga como lo son todos los momentos trascurridos en el campo, mis caminatas no dieron otro resultado que el extraviarnos más en aquel enredo de árboles, sendas, picachos y atolladeros. Híceselo ver así á mi prima y hablando en verdad, la medrosa señorita no se sobrecogió mucho con esta revelacion mia; sin duda se habia familiarizado ya con la situacion extremada á que el azar nos habia conducido. Noté, por el contrario, un cierto abandono en ella que me la volvió más adorable. El peligro grande ó pequeño compartido por dos séres identifica dos distintas naturalezas y acerca los opuestos electróforos de los caracteres. En aquella ocasion, por lo ménos, ocurrió de este modo. Tuvo entónces conmigo mi prima tales intimidades que me pasmaron. Pasó su brazo por el mio, estrechóse á mí como pudiera hacerlo un niño en el regazo de su madre. El menor ruido de las hojas la estremecia de miedo y su mano se apretaba entre la mia con opresiones convulsivas y apasionadas.

La noche entre tanto habia tendido sus gasas negras por el aire; todo aparecia oscuro, y como envuelto en un velo gigantesco.

Borráronse los lineamientos de las cosas y las sombras produjeron formas espectrales. Los árboles se ordenaban en larga procesion cortada sólo por algun espacio más tenebroso, que un macizo de follaje destacaba á la vista. Bajo las masas de sombría verdura, algunas menudas llamas de fuego azul vacilaban á cada soplo del viento, alargándose ó encogiéndose en el húmedo suelo; la errática tribu de luciérnagas establecia su campamento entre los terrones fangosos, y encendia sus faroles de fósforo para alumbrarse en las tinieblas. El horizonte á su vez resplandecia con su enjambre de abejas de oro, que durante la noche no cesan de mover sus alas de rayos. Todo parecia dispuesto á pasar tranquilamente las horas del sueño; todo estaba en calma excepto nuestros dos corazones. En medio de la laberíntica oscuridad era imposible hallar salida segura á nuestros pasos extraviados. Caminamos, sin embargo, por algun tiempo. Mi prima empezaba á sentir la fatiga, cuando arribamos al borde de un arroyo. La idea de descanso brotó á un tiempo mismo, como la luz de dos disparos hechos á la par, en nuestros cerebros. Reposo, sí, paz fortalecedora era lo más urgente. ¿Pero cómo obtenerlo sin riesgo alguno? La orilla inmediata á nosotros estaba cubierta de lodo; ¿y la de más allá? ¡oh! la de la otra márgen se mostraba vestida de una yerba fina y flexible como alfombra de sedosos plumones. Era aquello verdaderamente un oasis, una isla robinsoniana, una Arcadia que surgia de entre la selva para refugio de dos amantes náufragos.

¿Cómo contaros mi ventura, mi enajenacion, mi delicioso delirio, cuando, para vadear las honduras de las aguas fugitivas, tomé en mis brazos la dulce carga del cuerpo de mi prima? ¿Cómo referiros las palpitaciones de su seno, que como dos ondas gemelas se movian contra mi pecho agitado? ¡Ni cómo relatar tampoco la suave y dulcísima impresion de su aliento apresurado sobre mi boca abrasadora! ¿Cómo, de igual modo, narraros el sublime dejo y abandonamiento suyo, sus brazos en torno de mi cuello, sus piés tocando mis rodillas, su talle descansando en mis manos cruzadas, todo su sér apoyado en mí, como una flor delicada sobre un tallo lozano y robusto? Corria bullicioso el arroyo bajo nosotros, y desplegaba, al rodar, sus mil escamas azules, y murmuraba, en cada hueco que lamian sus lenguas de acero, conversaciones mágicas y halagadoras, sin que pudiera atraer nuestra atencion, embebida con el placer egoista que nos brindaba aquella aventura. Cuando llegamos á la otra orilla y dejé caer á mi prima, sentí que no podia mantenerse de pié. La creí acometida de accidente. Mas ella, anticipándose á toda pregunta, me cerró los labios con su mano. No sé qué me dijo, que era feliz, muy feliz, que á nadie amaria en el mundo más que á su primo. ¡Oh! era yo tambien muy feliz; y yo no queria á otra mujer más que á ella sobre la tierra. Así permanecimos gran parte de la noche, solos, bajo el cielo estrellado, unidas nuestras almas y nuestras manos por un mismo afecto, sin pensar en lo porvenir, ajenos de todo cuidado, concentrando en un minuto de placer la amargura infinita de la vida.

***

La luna asomó su faz arrebolada entre las crestas de un monte. Pensamos entónces en buscar á mi tia. Una esquila sonando precipitadamente, y cada vez más distinta, nos advirtió que una caballería se acercaba. Llegó en efecto á donde estábamos: ¡era mi tia! Nada nos dijo, mas á la mañana siguiente, por disposicion suya, abandonaba la quinta-torreon. Mi prima se casó. Yo corrí muchos lugares. Dolores, caidas, reveses, caprichos de fortuna han bamboleado, como huracan tempestuoso, el árbol de mis recuerdos marchitos. Pero ¡ay! no puedo olvidar nunca aquella noche de San Juan pasada al lado de mi prima. Pureza, entusiasmo, bondad, hermosura, nobleza, celestiales encantos eran las flores que nos rodeaban. ¡Ya pasó! Muchas veces pienso que lo he olvidado; pero, no; la memoria de aquella noche vibra constantemente en mi mente, como música lejana y vagarosa, cuyos principales ecos bastan para que el espíritu, que la conoce, la recomponga en su oído, enamorándole como la primera vez que la oyó trémula de embeleso.

CÁRLOS ARIAS Y MOLLEJO

GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE

de los señores

ALBERTO Y GASTON TISSANDIER DE PARIS

(Conclusion)

(Véase la página 359)

Descrito el conjunto de nuestro aparato, daremos ahora algunos detalles acerca de sus diferentes órganos, en especial el motor dinamo eléctrico y las pilas de bicromato de potasa que hemos construido teniendo en cuenta nuestros experimentos.

El motor es una máquina Siemens de nuevo modelo construida exprofeso en los talleres de París, compuesta de una bobina bastante larga con relacion á su diámetro, montada sobre un bastidor de madera. Esta máquina, que pesa solamente 54 kilógramos, produce un trabajo de 100 kilográmetros.

El hélice está formado por dos paletas helicoidales forradas de seda barnizada, cuya deformacion está contenida por la accion de dos tensores de alambre de acero. Este hélice tiene 2 metros 85 de diámetro y se halla unido á la máquina por la intermediacion de una transmision de engranaje en la proporcion de $^1/_{10}$, que produce, por consecuencia, 180 vueltas por minuto, cuando la bobina da 1,800 en igualdad de tiempo.

La batería eléctrica, que podria llamarse el generador del globo de hélice, tiene la misma superficie de zinc y carbones que nuestra batería de ensayo, el mismo número de pilas y el mismo volúmen de líquido. Para reducir considerablemente este volúmen hemos empleado cuatro artesas de ebonita de 6 compartimientos en lugar de los 24 recipientes aislados los unos de los otros. Además, hemos dado alguna mayor elevacion á los vasos, lo cual nos ha permitido disminuir un poco su ancho: la figura 1 representa una de las cuatro baterías empleadas en el globo eléctrico, tal como ha sido ensayada en el laboratorio. Se compone, como es de ver, de una grande artesa con seis divisiones, cada una de las cuales forma un elemento de pila y contiene, montados sobre tiras de cobre plomizadas, 11 carbones delgados y 10 zincs, colocados alternativamente uno al lado de otro.—Los zincs se hallan sujetos á la parte superior por medio de pinzas ó uñas flexibles que permiten renovarlos fácilmente á cada experimento: estos zincs tienen de espesor $0^{m}0015$, para que funcione la pila durante 3 horas y deben estar fuertemente amalgamados. Cada compartimiento se halla provisto en su parte inferior de un tubo delgado de ebonita que comunica con un conducto lateral, unido por medio de un tubo de cautchuc á un gran cubo de ebonita muy ligero que contiene solucion ácida de bicromato de potasa. Al levantar el cubo por medio de una cuerdecita que pasa por entre unas poleas colocadas encima del nivel de la batería, ésta se llena en virtud del principio de los vasos comunicantes, el líquido obra sobre los zincs y pasa la corriente; al paso que cuando se baja el cubo de tal suerte que ocupa la posicion de la fig. 1, el líquido penetra por el tubo de cautchuc, la pila se vacía y cesa de funcionar. Compréndese que por este sistema las pilas comunican entre sí, pero únicamente por medio de conductos estrechos: la resistencia del líquido es bastante para que esta comunicacion no influya en la marcha áun cuando los elementos estén montados en tension.

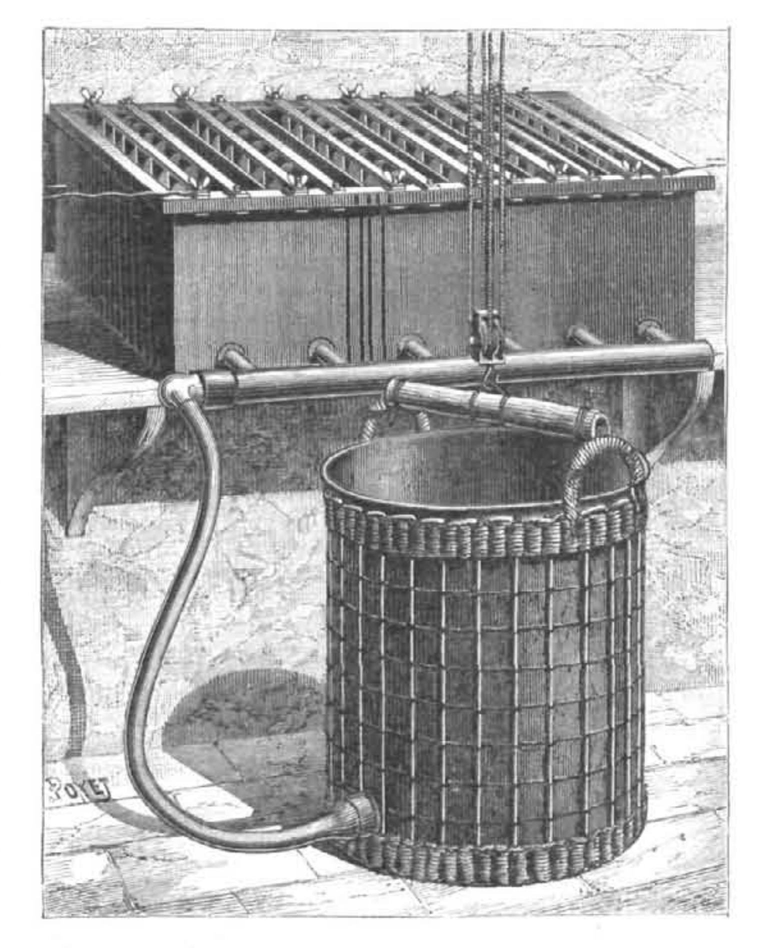


Fig. 1—BATERÍA DE SEIS ELEMENTOS DE PILA DE BICROMATO DE POTASA

En la barquilla del globo eléctrico habia cuatro baterías parecidas á las de la fig. 1 ó sean 24 elementos montados en tension, alimentados por cuatro cubos de ebonita conteniendo cada uno 30 litros de la disolucion de bicromato de potasa. La batería se halla situada en la navecilla, que tiene $1^{m}90$ de longitud y $1^{m}45$ de latitud, de manera que ocupe el menor sitio posible. Dos artesas de ebonita formando doce elementos se hallan colocadas trasversalmente á $0^{m}35$ del fondo de la navecilla, y las dos restantes se hallan fijadas á $0^{m}15$ por encima: estas artesas están puestas sobre travesaños de madera y aseguradas por medio de hilos tensores; los depósitos de ebonita de los dos ángulos posteriores de la navecilla alimentan las pilas altas, y los otros dos depósitos, situados más cerca de la batería, alimentan las pilas inferiores. Entre los cuatro cubos hay un espacio libre reservado para el operador, que puede hacerlo funcionar todo por sí mismo, tiene al alcance de sus manos las cuerdecitas para elevar los cubos, los ganchos para fijar esas cuerdecitas á la altura que se quiera, el conmutador de vasito de mercurio para dar paso á la corriente y las cuerdas del timon del globo.

La disolucion de bicromato de potasa empleada para hacer funcionar la pila es muy concentrada y fuertemente ácida: se echa en los cubos á la temperatura de unos 40°, lo cual permite aumentar considerablemente la cantidad de sal disuelta é influye de una manera sensible en su accion. Cuando los 24 elementos montados en tension obran sobre el motor, el trabajo efectivo producido es de 100 kilográmetros.

El conmutador de vaso de mercurio empleado se halla dispuesto de tal suerte que permite hacer pasar como se quiera la corriente de 6, 12, 18 y 24 elementos, obteniéndose de este modo cuatro velocidades de hélice.

Los cuatro cubos de ebonita que constituyen los depósitos se hallan forrados de una sólida hoja de cautchuc, con un pequeño agujero destinado á dar paso al aire cuando el líquido sale y atado al rededor del cubo por medio de un hilo de cobre forrado de guta-percha. El cierre por este sistema es sumamente seguro y áun en caso de choque no puede desparramarse la menor cantidad de líquido. Los cubos de ebonita vacíos pesan solamente tres kilógramos cada uno y están reforzados con un tejido de mimbres que les sirve de soporte: unas delgadas cuerdas que pasan por poleas, sirven para levantar los cubos por encima de las pilas cuando hay que llenarlos y, por al contrario, para bajarlos cuando se quiere vaciarlos. En el fondo de la navecilla hay una cubeta de cautchuc, destinada á recibir el líquido en caso de avería. La pila completamente cargada, incluso el líquido, pesa cerca de 180 kilógramos.

Debajo del motor hay un pequeño cesto de mimbre, perfectamente visible en nuestro grabado, en el cual se colocan la alcuza del aceite para el motor, un pequeño frasco con mercurio para llenar los vasos del conmutador colocados en un bloque de boj y los útiles necesarios para desmontar la pila en caso de avería. Esta parte de la navecilla es la posterior. En la delantera se colocan los sacos de lastre, los aparatos de detencion y la persona que ha de maniobrar durante el descenso.

Nuestro dibujo se ha ejecutado con rigurosa sujecion á la verdad y reproduce fielmente todos los detalles de la carga de la navecilla y la manera cómo va sujeto el motor. La máquina Siemens y el hélice que impulsa se hallan colocados sobre una traviesa de nogal, consolidada, además, por medio de hilos muy rígidos, cuya tension puede darse á voluntad y que unen los cuatro extremos de su bastidor á las traviesas superiores é inferiores de la barquilla.

El manejo de esa máquina es sumamente fácil desde la navecilla de un globo. Todo bien preparado ántes de dejar tierra, basta meter un pequeño tenedor de cobre en los vasos de mercurio del conmutador para que den vueltas las paletas del hélice.

No hay peligro de incendio, ni el cambio de peso puede hacer variar la altitud del buque aéreo equilibrado en el aire, ni el operador tiene que ocuparse manualmente de cosa alguna. Unicamente la electricidad podia llenar tan cumplidamente las condiciones fundamentales del motor aerostático.

Pasado el próximo invierno, al regreso del buen tiempo, el primer globo eléctrico de hélice volverá á tender su vuelo.

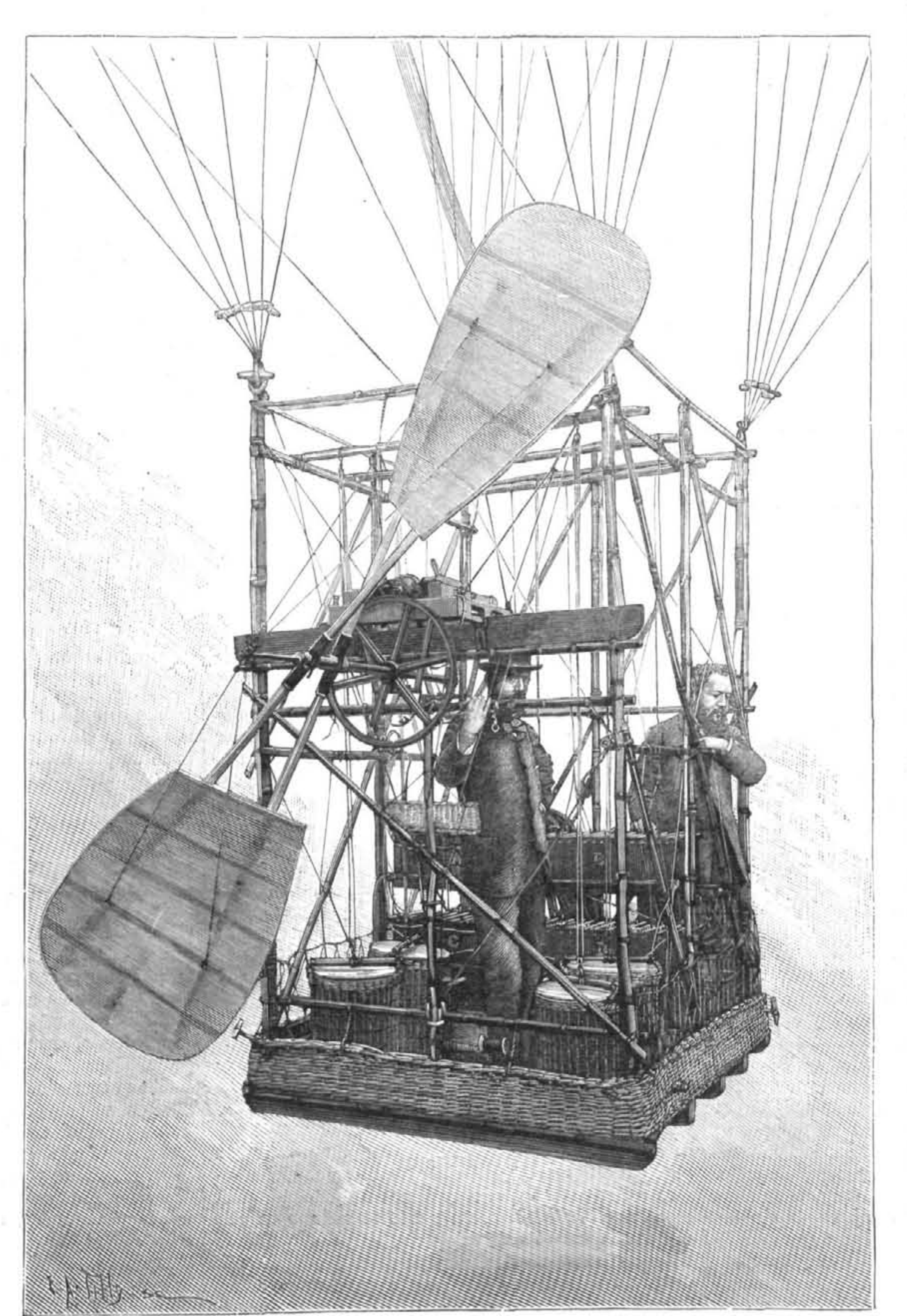
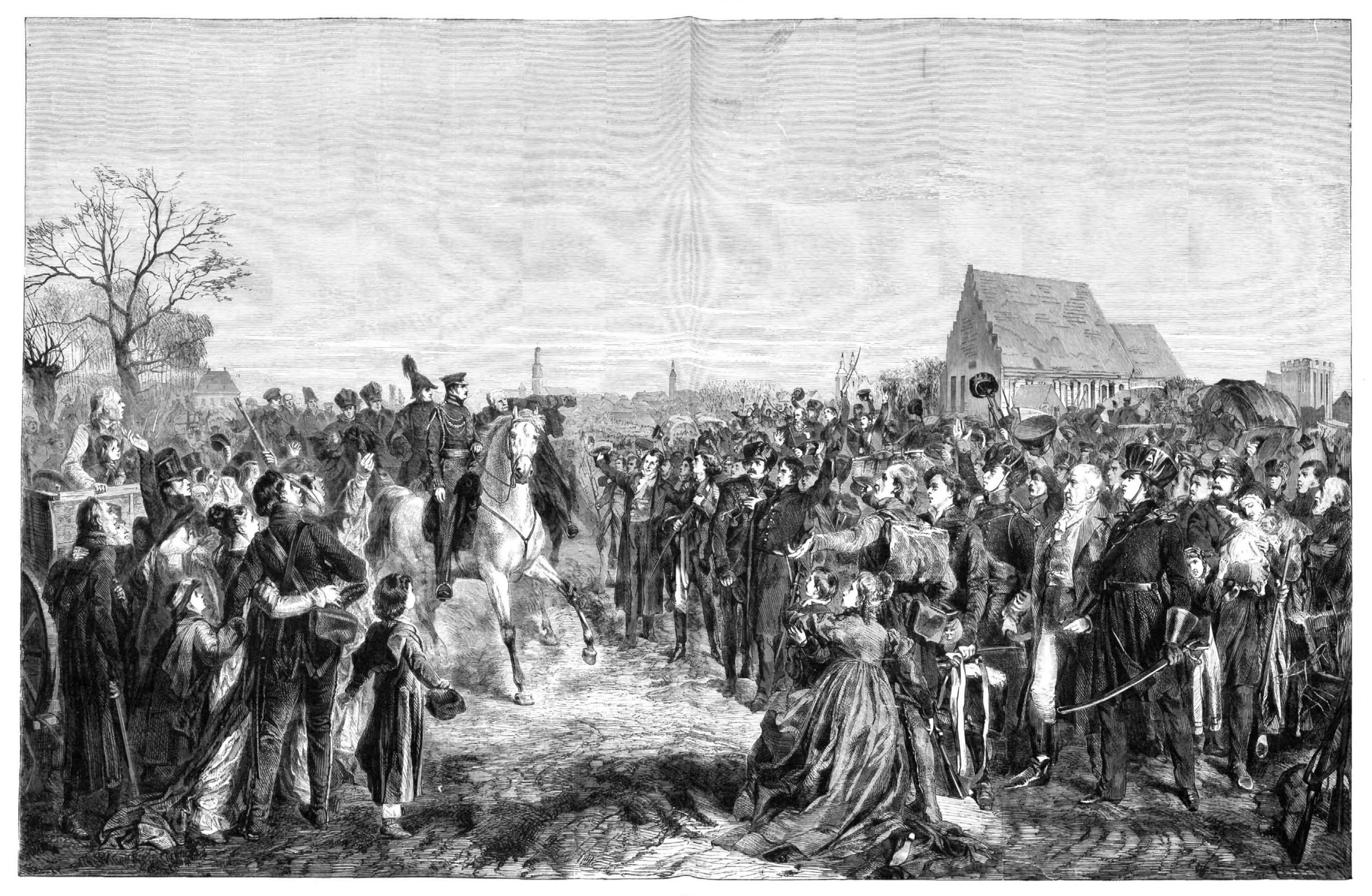


Fig. 2.—BARQUILLA DEL GLOBO ELÉCTRICO VISTA POR LA PARTE DEL PROPULSOR

GASTON TISSANDIER

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LOS VOLUNTARIOS DE 1813 EN ALEMANIA

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II ↔ BARCELONA 26 DE NOVIEMBRE DE 1883 ↔ NÚM. 100



EL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

El teatro Real.—La fiereza del público.—Tempestad desencadenada.—Eficacia del frac y de la corbata blanca.—Cambio de ópera en concierto.—Buen éxito de *Mefistófeles*.—No ocurre nada.—Descenso de la Bolsa.—El *Anuario taurino*.

Me parece que debo una explicacion al teatro Real.

En el curso de mis revistas he procurado siempre dedicar algunas frases á los distintos teatros de esta corte á medida que la importancia de las obras ó algun detalle de ejecucion lo reclamaban.

Pero no me he ocupado del teatro Real.... Es verdad que si yo debo esa explicacion referente al gran coliseo musical, él nos debia por su parte excelentes voces, interpretacion esmerada, prodigios de arte, en fin, que hubiesen promovido en nosotros instintivas corrientes de entusiasmo....

Y nada de esto nos ha dado.

Mi silencio tiene, pues, justificacion. Hasta ahora el teatro Real no ha estado á la altura de su importancia.

El público de Madrid favorece con notable ahinco aquel teatro. En las buenas temporadas prodúcese allí el fervor artístico en grado eminente. El público forma un conjunto especial, unánime; y merced á sus inapelables decisiones ora eleva á los artistas al quinto cielo de la ovacion y de la fama, ora los somete á pruebas terribles, y ahoga su voz entre protestas formuladas por murmullos, voces de reprobacion y silbidos.

El público es un monstruo colosal, avasallador, imponente, que unas veces se muestra plácido y tranquilo, y otras ruge y se agita con fiereza incontrastable.

Pues bien, este año, el monstruo ha tenido pocas ocasiones de manifestar su agrado.

Hace algunas noches que llegó al colmo de su furia.

Trasformar de repente la ópera *Lucía* en *Dinorah*, era para el público, que ya otra noche habia acogido esta última ópera de mala manera, como si á un animal enjaulado y hambriento le dieran á comer un manjar que le repugnase.

La explosion se hizo esperar muy poco. Fué tolerada la sinfonía de *Dinorah* que es una maravilla de instrumentacion.

¡Pero nada más!

Se levantó el telon, y la gritería más estrepitosa resonó por los ámbitos del espacioso teatro.

La tempestad se desencadenó con ímpetu violento.

No hubo apelacion. Al contrario: un dependiente de la empresa que salió á las tablas para calmar con algunas frases las iras del público fué rechazado unánimemente.

Aturdido con semejante suceso el pobre hombre se habia olvidado de ponerse el frac y anudar á su cuello la corbata blanca.

¡Enorme delito! ¡Cantar mal por un lado y olvidar las reglas de la etiqueta por otro!... ¡Habráse visto cosa semejante!

Este error tuvo sin embargo fácil enmienda.

El dependiente se retiró abrumado bajo el peso de la rechifla pública y volvió á presentarse poco despues hecho todo un caballero.

¡Enhorabuena! Entónces se le escuchó. No hay nada que contribuya tanto á la agudeza del oido como un frac y una corbata blanca vistos sobre un hombre que quiere hablar en el proscenio de un teatro. Los médicos que curan las enfermedades del oido debieran siempre ir vestidos con las prendas susodichas.

Hubo armisticio.

El dependiente manifestó la imposibilidad de cantar otra ópera. Aduló grandemente los intereses del público, y amansó la fiera anunciando la funcion del dia siguiente, y prometiendo una serie de sinfonías para concluir *concertadamente* aquella noche tormentosa.

En efecto, la funcion de ópera quedó trocada en funcion de concierto.

Y la orquesta hizo verdaderos primores.

Porque..... es preciso decirlo, los profesores de la orquesta del teatro Real no pueden ser responsables de las malas facultades de algunos artistas.

Felizmente, ha lucido el sol despues de la tormenta.

Se ha cantado el *Mefistófeles* de Boito con gran éxito. Las señoritas Theodorini y Borghi estuvieron admirables. Masini hizo un papel de Fausto magistral. Sus extraordinarias facultades granjeáronle como siempre unánimes y frenéticos aplausos.

* * *

La actividad de los acontecimientos se halla suspendida. La semana de Madrid ofrece una aridez semejante á los campos que rodean á la capital de España.

¿Quereis saber qué ocurre? Pues.... no ocurre nada.

Es decir, la *procesion anda por dentro*, como vulgarmente se dice.

Atravesamos una situacion verdaderamente psicológica. Todas las miradas se hallan fijas en la *Bolsa*.... ¿Y qué es la Bolsa? Una entidad que sube y baja á impulsos de aspiraciones secretas, de recónditos temores, de noticias vagas.

Yo he recorrido los teatros en busca de impresiones nuevas.

En todas partes he preguntado:

—¿Qué hay de nuevo por aquí?

—Nada;— me han contestado.—¡La Bolsa está bajando!

Despues he pasado revista á las librerías, y en todas ellas he oido pedir el *Anuario*.

—¿Qué *Anuario* es ese?—pregunté.

Y me contestaron:

—El *Anuario taurino*, recopilado por el revistero de toros que en *El Imparcial* firma sus ingeniosas revistas con el seudónimo de *Sentimientos*.

Quizá no sea de este lugar la mencion de semejante libro. Aunque el toreo se engalana con el sobrenombre de arte, yo tengo para mí que está á gran distancia de las artes calificadas de *bellas*.

Pero hay tanta gracia en ese libro escrito por Eduardo del Palacio; tiene ese fecundísimo autor un caudal de alegría, de donaire, de agudeza tan inagotable, que bien me puedo permitir en breves frases recomendarlo á los numerosos aficionados.

Además el libro en cuestion está lindamente ilustrado por el artista Lizcano.

Hállanse las páginas del *Anuario* llenas de hermosas viñetas que armonizan perfectamente con la viveza del texto.

La venta realizada en las librerías es ya considerable.

Dice Fernando Fe:

—Yo tengo mi apellido puesto en este libro.

PEDRO BOFILL

Madrid 23 noviembre de 1883.

NUESTROS GRABADOS

EL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA

El príncipe Federico Guillermo Nicolás Cárlos de Alemania es huésped de la hidalga nacion española. LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, que por suerte se encuentra alejada de la candente arena política, no necesita saber la causa de la venida del príncipe; le basta con que éste haya pisado, en són de amistad, tierra de España, para desearle toda suerte de dichas bajo el hermoso cielo de nuestra patria.

El heredero de la corona imperial ha cumplido cincuenta y dos años el 18 de octubre último: á los veintinueve era ya oficial general. Al frente del segundo cuerpo de ejército batióse en Sadowa contra los austriacos, y al frente del tercero peleó contra los franceses en Woerth, en Estrasburgo, en Nancy, y sobre todo, en la para siempre memorable batalla de Sedan, en cuyos campos se enterró á un imperio moderno y resucitó un imperio caducado históricamente. Su biografía militar termina en el sitio de Paris: su talento, su valor y su buena suerte le han valido el grado de feld-mariscal, suprema jerarquía en la milicia alemana. Hay que hacerle justicia: tiene ganados bravamente sus entorchados. A su cuna podrá deber muchas condecoraciones que adornan su pecho, el Toison de oro, la Legion de honor, la Jarretiera, los collares de la Anunziata y de San Andrés; pero sus ascensos en el ejército á nadie los debe; son premio de su indisputable mérito.

En 25 de enero de 1858 casó en Lóndres con la princesa Victoria Adelaida, hija mayor de la reina Victoria, que á la sazon contaba poco más de diez y siete años. Ha celebrado últimamente sus bodas de plata: su padre hace ya más de dos años que celebró las de oro. Seis hijos tiene, dos varones y cuatro hembras: el primogénito, Federico Guillermo, cumplirá pronto veinticinco años.

Dícese del príncipe que es persona de vasta instruccion y que conoce bastante á fondo la literatura española. Añádese que siente vivas simpatías por nuestro pueblo, el cual se las agradecerá tanto más en cuanto ménos se acuerde de nosotros al discutirse los grandes problemas de la política europea; y se le supone partidario de la paz, en cual caso Dios se lo premie.

En Madrid se han dispuesto grandes fiestas en su obsequio, como es muy natural en semejantes casos. Figura entre aquellas una corrida de toros, y lo sentimos vivamente. Los toros podrán ser un espectáculo muy nacional; pero dudamos que en Lóndres, por ejemplo, se obsequiara oficialmente á un príncipe extranjero con una representacion de *boxe*, por más que semejante barbaridad sea muy nacional y muy del gusto de los ingleses.

Es de esperar que el príncipe no juzgará de la cultura española por las escenas que tengan lugar en la plaza de toros. A nosotros se nos figura que con más gusto asistiría S. A. á la representacion del *Alcalde de Zalamea*, ejecutado por Valero y Vico, lo cual fuera más digno de la patria de Calderon.

UN ACTOR RETIRADO, cuadro por F. Smallfield

Este actor pertenece á tiempos pasados. En los nuestros, cuando un actor se retira, que nunca ocurre miéntras no le retira el público con sus desaires, muy al contrario de criar opíparamente á un enjambre de gatos, le ocurre algunas veces envidiar la suerte de los felinos que disfrutan de la vida tendidos indolentemente sobre adamascado sofá ó acurrucados encima de la caja del brasero de alguna vieja solterona.

El actor de nuestro cuadro se ha retirado con todos los honores y por lo visto con todo el sueldo. Esto le permite recibir á esa jóven, probablemente una actriz en embrion, con el aire protector de una majestad, que si ha dejado de gobernar, no por esto se siente ménos poseida de su importancia. La jóven, por al contrario, penetra en la estancia con cierta timidez, con esa timidez propia del soldado que se dirige á un general famoso. Sin duda ha oido referir los triunfos escénicos del personaje cuya proteccion solicita, y al encontrarse con un simple mortal allí donde creyó habérselas con un semi dios vestido de brocado y talco, el mismo desencanto es causa de su turbacion. ¿Quién sabe si iba prevenida para introducirse con un centenar de alejandrinos de Racine, y no acierta con un prosaico:—Dios guarde á V., caballero?

Los dos personajes del cuadro están en situacion y el conjunto tiene notable sabor de época.

EL LEON Y EL BÚFALO, dibujo por Beckmann

Con dificultad puede darse una imágen más completa de la fuerza bruta. La lucha está empeñada entre los dos irracionales más poderosos del desierto: el búfalo es el contendiente más digno del leon.

Algo mayor que un toro regular, dotado por la naturaleza de un armamento que hace poco ménos que irresistible su acometida, robusto, ágil, diestro en el manejo de sus terribles cuernos, el búfalo es el solo animal que puede medir sus fuerzas con las fuerzas y las armas del rey de los bosques.

A su poder hay que juntar su valor, y con valor y con poder se permite disputar al leon la presa que éste cree segura, ya no traidoramente como la pantera, ya no por medio de la resistencia pasiva como el elefante; sino frente á frente, rugiendo con la misma fiereza de su rival, como un coloso reta á otro coloso, como un rey disputa á otro rey una corona.

La escena es espantosa y cuando, al par de la sangre, se mezclan los rugidos de entrambas fieras, ningun habitante del bosque, incluso el tigre real, es osado á salir de su caverna por temor de saciar la sed de matanza de que los combatientes se hallan poseidos.

Y cuando uno piensa que el hombre, tan débil en el órden físico, doma al leon y al búfalo y hace pesar sobre uno y otro el despotismo de su inteligencia, es fuerza acoger con una sonrisa de compasion á esos filósofos que todo lo reducen á materia y para los cuales el rey de la creacion no pasa de ser un animal de órden bastante secundario, que puede terminar en el mono ó quizás proceder de él.

UNA BODA EN BRETAÑA
Preparativos para el banquete.—El baile.

Bretaña es el país de Francia que ménos vive en Francia, al ménos en la Francia moderna. Allí las personas y las cosas, las fisonomías, los trajes y las costumbres, parecen haberse estacionado hace mucho tiempo.

Así, por ejemplo, una boda, que, por lo regular, no pasa de ser una fiesta de familia, constituye un verdadero acontecimiento, en que toma parte toda la poblacion de la localidad en que se celebra, y áun todos cuantos quieren agregarse voluntariamente. Los bretones tienen costumbres patriarcales y sabido es que la hospitalidad es el más generalizado deber en los pueblos primitivos. De esta suerte, no es de extrañar que cuando llega la hora del banquete, se coma en todos los aposentos de la casa paterna, sin perjuicio de sus afueras; espectáculo que recuerda las opíparas bodas de Camacho tan apetitosamente descritas por el gran Cervantes.

No es ménos típico el baile que tiene lugar despues del banquete, baile tan tranquilo y honesto que casi casi deja de ser baile.

Al dia siguiente, con las sobras abundantes del anterior festin se adereza nuevo banquete, en que se sientan todos los pobres de la comarca, servidos, con amabilidad suma, por las familias de los novios.

Muchos son los *touristes* que encuentran soporíferas las costumbres bretonas; y sin embargo no carecen de poesía y de encanto para aquellos que respetan cual se merece á los pueblos unidos en el comun sentimiento de Dios y Patria.

MONUMENTO Á ALEJANDRO DUMAS
proyectado por Gustavo Doré

Paris acaba de satisfacer una deuda de honor, pues empeñado se halla el honor de los pueblos en perpetuar la memoria de sus grandes hombres. Alejandro Dumas (padre) el popular novelista, el inagotable proveedor de los principales folletines franceses, el célebre autor de *Los tres mosqueteros* y del *Conde de Montecristo*, tiene un bello monumento en la plaza Malesherbes de la capital de Francia.

Ese monumento fué proyectado por Gustavo Doré, que para honrar á tan insigne escritor se necesitaba el concurso de tan insigne artista. La idea es tan sencilla como apropiada: en el pedestal un grupo de tres personas figuran deleitarse en la lectura de una de las obras del fecundo ingenio: estos lectores pertenecen á distintas clases sociales, pues el mayor mérito de Alejandro Dumas consistió en hacerse interesante para todos. Jamás su talento sirvió á una causa dada; de aquí su verdadera popularidad. Remata el monumento la hermosa estatua del gran novelista, tranquilamente sentado, reflejándose en su semblante, á la par de su poderosa inteligencia, aquel festivo humor que fué su mejor amigo en la opulencia y en la desgracia, que de todo hubo en su accidentada vida.

El general aplauso con que ha sido acogida esta obra, demuestra que á la gloria póstuma se camina por la bello senda que recorrió Alejandro Dumas, y no por el fangosa torrente que en mal hora cruzan Emilio Zola y sus adeptos.

VIAJE DEL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO á España

La llegada á nuestra patria del príncipe imperial de Alemania, nos ha sugerido la idea, que creemos aprobarán nuestros lectores, de publicar algunos grabados que tengan relacion con su viaje. A este fin damos hoy en lugar de la acostumbrada lámina suelta, y aparte del retrato de S. A. I. que incluimos en la plana primera, cuatro páginas que contienen una vista del *Prinz Adalbert*, buque de la armada alemana en que el príncipe ha efectuado la travesía de Génova á Valencia; otra, de grandes dimensiones, de dicho puerto italiano; otra de un punto de la pintoresca costa valenciana, y por fin otras tres que representan la *Plaza Mayor* y la *Puerta del Sol* de Madrid, y el régio alcázar de los monarcas españoles.

En los siguientes números insertaremos asimismo otras vistas de las poblaciones que recorra el príncipe Federico Guillermo durante su excursion por España.

EL PREMIO GRANDE

POR DON JUAN TOMÁS SALVANY

I

Durante una velada primaveral, Tony Grice, el famoso *clown*, vulgo payaso, lucia como de costumbre sus habilidades; ejecutaba con limpieza y garbo extraordinarios sus saltos y cabriolas, sus equilibrios y caidas, sus tumbos y contorsiones, en la redonda arena del Circo de Price.

¿Y el público? ¡Oh, el público!... Baste deciros que se trataba de una noche, no, de un *dia de moda*, para comprender vosotros que aquél era numeroso y ofrecia un conjunto abigarrado que, partiendo del buen tono, remataba en cursi. Y esto se explica fácilmente: apénas un círculo cualquiera cobra fama de distinguido, concurren á él muchas personas vulgares, gran número de elementos extraños, anhelosos de distinguirse, cual si al respirar la atmósfera del salon, del teatro ó lo que sea, por la garganta y por las ventanas de la nariz hasta la médula de los huesos se les entrara la distincion; ésta, á pesar de ello, no se improvisa ni se finge á los ojos del buen entendedor; la distincion es innata en las personas á quienes con frecuencia se la otorga la naturaleza sin más ley que su capricho; por esta razon sin duda, yo recuerdo haber visto, y vosotros tambien, duquesas muy vulgares y costureras muy distinguidas.

El buen tono, ó sea la flor de la sociedad, lo compone, pues, una exigua minoría; todo lo demás es hojarasca. Aquella noche, en el Circo, veíanse aquí y allá, en los palcos y en las sillas, algunas damas aristocráticas destacándose entre la multitud, como encendidas rosas entre las oscuras hojas de un rosal.

Todo ello no obsta para que una gran parte del público, sobre todo el de las gradas, se hallara pendiente, crispado, mejor dicho, ante las gracias y desgracias de su payaso favorito. Eran de ver y de admirar lo fijo de las miradas, lo abierto de las bocas, lo estirado de los cuellos, lo violento, en fin, de las posturas, en aquellos cuerpos, dentro de los cuales parecia el alma saltar y contorcerse como el *clown* sobre la arena. A cada gracia de éste, á cada gesticulacion inesperada, á cada equilibrio difícil ó á cada salto peligroso, aquella estupefacta muchedumbre oscilaba y agitábase de un modo semejante al de las copas de un robledal, sacudidas por un viento huracanado, fingiendo con sus aplausos, murmullos y risotadas, el crujido de las ramas al desgajarse y chocar unas con otras.

En una silla de las de tercera fila, confundido entre los espectadores, veíase á un jóven de rostro simpático y porte distinguido, en quien lo muy cepillado y no flamante de su traje revelaban á los ojos del sagaz observador más aseo que fortuna. Este jóven, con ojos y manos puestos en un periódico, parecia no cuidarse poco ni mucho de las habilidades y chocarrerías del payaso que á los demás regocijaba.

De pronto, los aplausos se hicieron más fragorosos y más expansivas las risotadas; en el mismo momento el jóven, habiendo sin duda terminado su lectura, dobló el periódico y lo guardó maquinalmente en el bolsillo posterior de su *chaquet*.

—¡Que se repita! ¡Otro! ¡Otro!—gritaban como energúmenos muchos admiradores del *clown*.

—¡El tren! ¡El tren!—añadian los restantes.

Nuestro jóven sacó un flamante reloj de níkel, miró en él la hora, hizo una mueca imperceptible y paseó por el Circo una mirada distraida, una de esas miradas que se fijan en todos sin ver á ninguno. No obstante, entónces vió.... á su derecha, dos sillas más allá, en la misma fila, vió á una jóven, casi una niña, cuyas prendas y circunstancias visibles despertaron su instinto observador. La niña, llamémosla así á pesar de la longitud de su falda, sin ser lo que se llama una real moza, atraia á medida que se la miraba: tenia una cabeza artísticamente colocada sobre los hombros; la caida de éstos, el cuello, la espalda y el seno dibujaban suaves, graciosas y undulantes curvas; su cabello, fino, ensortijado y lustroso, no cabia en un sencillo sombrero de paja, tan parco en adornos como rico de elegancia; la frente de la niña era espaciosa y no la velaba esa especie de flequillo de rizos con que las mujeres se empeñan en inventar gracias ramplonas, destruyendo las naturales; tenia muy pobladas las cejas y muy largas las pestañas, muy negros los ojos, muy blancos los dientes, muy rojos los labios, muy correcta la nariz, redonda y carnosa la barba; su aterciopelado cútis era de un color moreno claro y casi diáfano; lo inteligente de la mirada y lo modesto al par que distinguido de su porte, absorbieron del todo la atencion de nuestro jóven, cuyos ojos se posaron en la niña, como en la copa de una acacia dos pardillos cansados de volar.

Tony Grice y otros dos *clowns*, singularmente unidos de piés y manos, rodaban en aquel momento sobre la arena del Circo, simulando los vagones de un tren disparado á gran velocidad, miéntras el público aplaudia á más y mejor la habilidad de los payasos; éstos deshicieron de improviso el tren, pusiéronse en pié de un salto y comenzaron á darse unos á otros de cachetes, entre brincos y carreras desordenadas, chistes groseros, ademanes innobles, que provocaron entre la multitud estrepitosas risotadas.

La niña no pudo contener un leve gesto de impaciencia, y un ligero bostezo contrajo la rosada boca, haciendo resaltar la blancura de sus dientes. Este bostezo y este impaciente gesto acabaron de atraer al jóven.

—No la divierten las chocarrerías; alma delicada y culta,—dijo para sí.

—¿Te aburres, hija mia?

—No, papá, jamás me aburro á tu lado,—respondió sencillamente la interpelada.

El designado con tan respetable título era un caballero flaco y canoso, de aspecto simpático, y vecino de silla de nuestro jóven.

—Si te parece, nos iremos,—repuso.

—De ningun modo; quiero ver los leones.

—¿Pues no decias que te asustaban?

—Así es la verdad; pero el susto supone una emocion, la emocion oculta un sentimiento, y quien no siente no vive.

Estas palabras, proferidas con adorable sencillez, sacaron, si vale la frase, sacaron de quicio el alma de nuestro jóven. Miró á la niña con expresion tan singular, que ésta, al advertirlo, se ruborizó.

—¿Falta mucho para la exhibicion de esos animalitos?—preguntó el caballero.

La niña tentó sus bolsillos y dirigió una mirada en torno de su persona, buscando inútilmente el programa de la funcion.

—Si me permite V....—se aventuró á decir el jóven, alargando el suyo al caballero.

Este aceptó, dándole las gracias con exquisita cortesía.

—*Caballo montado á la alta escuela por Mlle. Marietta.... La percha maravillosa.... Intermedio de....* Faltan tres números,—dijo devolviendo al jóven su programa, despues de recorrerlo rápidamente con la vista.

Los *clowns*, en tanto, continuaban haciendo de las suyas. En aquel momento, Tony Grice se detuvo en el punto de la arena más inmediato al que ocupaban nuestros personajes, y dirigiendo la vista y el ademán hácia la niña, profirió estas palabras:

—Mi estarrr enamorrado de esa señorrrita.

—¿Osté?—le preguntó un segundo *clown*.

—Mi.

—*Allora vi darò un schiaffo.*

¡Paf!... ¡Puf!... Oyéronse dos sopapos y ambos payasos rodaron por la arena. El público soltó una ruidosa carcajada.

La niña, cubierta de rubor, no sabia qué postura adoptar ni adónde volver los ojos. El caballero la miraba con inquietud y dirigia al propio tiempo furiosas miradas á los *clowns*.

Como éstos se dispusieran á proseguir la broma, nuestro jóven les arrojó un puñado de cigarros que distrajeron la atencion de los payasos, llevándolos al lado opuesto del redondel, hasta que saltando y riñendo, desaparecieron entre los aplausos de la multitud.

—¡Gracias á Dios!—profirió involuntariamente el jóven.

—¡Cómo! ¿No le gustan á V. los payasos?—preguntó el caballero.

—Ni chispa.

—Creí....

—¡Oh!.... ¡no!—interrumpió el jóven, como quien se apresura á rechazar una grave acusacion.—Si les arrojé mis tabacos, fué para librar de sus impertinencias á esa señorita.

La niña, ruborizada como nunca, se inclinó ligeramente.

—Por lo demás, estos espectáculos me parecen de lo más amanerado, y no suelo concurrir al Circo sino una vez por temporada, cuando se anuncia en él algo extraordinario. Esta noche, pongo por caso, he venido á ver al capitan Cardono y sus cinco leones.

—Tambien nosotros,—afirmó el caballero.

—En cuanto á los *clowns*,—repuso el jóven,—los aborrezco con toda mi alma, en el buen sentido de la palabra, por supuesto; quiero decir que aborrezco al *clown*, no al hombre. Esos trajes abigarrados y anti-estéticos, esas pelucas terminadas en punta, esos rostros embadurnados, esas frases estúpidas, esos modales grotescos y esos golpes simulados, me parecen una monstruosa abdicacion de la dignidad humana. Al verlos, en lugar de echarme á reir, si no temiera el ridículo, me echaria á llorar... A llorar, sí,—prosiguió con cierta exaltacion;—á llorar por la dignidad humana, víctima de esos bufones innobles, por la estética disfrazada de payaso en ese traje ignominioso, por la inteligente expresion que, á semejanza suya, puso Dios en nuestro rostro, enterrada bajo esa nutrida capa de albayalde; por el buen gusto y la delicadeza, en fin, muertos en ese público mayor de edad, que los aplaude y con ellos se divierte.

La calurosa peroracion del jóven, quizás por lo imprevista, iba cautivando al caballero hasta el punto de hacerle olvidar, á pesar de sus aficiones ecuestres, que Mlle. Marietta montaba en aquel momento á la alta escuela un magnífico caballo. En cuanto á la niña, lo fijo de su mirada, lo inmóvil de su actitud, descompuesta sólo por algunas ligeras cabezadas de asentimiento, revelaban claramente el interés, no me atrevo á decir el entusiasmo, con que oia al jóven.

—Con todo,—prosiguió éste,—enfrascado en tales y tan tristes consideraciones, pienso á lo mejor que los *clowns* son hombres obligados á luchar por la existencia, á defenderse así del hambre que devora á quien no come, y entónces no puedo ménos de compadecerlos y de sentirme profundamente conmovido. ¡Ah! juzgamos con ligereza de las cosas y no solemos ver sino la superficie de ellas. Ese mismo *clown*, que acaba de entregarse á una verdadera orgía de saltos y cabriolas, de ordinarieces bufas, de risas sardónicas y de chistes trasnochados, ¡quién sabe! Acaso, obligado por la necesidad, haya venido al Circo despues de ver morir á su madre, á su hermano ó á su hijo, y todas esas gracias que tanto han divertido á los espectadores no sean otra cosa que accidentes del llanto ó convulsiones del dolor; acaso, al volver á su domicilio, despues de la funcion, le aguarde en él su padre moribundo ó la miseria con su implacable séquito de horrores; acaso sienta su corazon destrozado por las torturas de un amor sin esperanza; acaso él mismo sea un hombre culto, sensible, ilustrado, y el primero en reprobar su bajo oficio, y el único en reirse de ese público vil al cual divierte. ¡Horrible, muy horrible el llanto, sangre del alma herida por el dolor; pero más horribles aún el chiste forzado, la carcajada sardónica, la mueca con honores de risa bajo la cual se esconde el llanto!....

El caballero, absorto en escuchar al jóven, ni siquiera miró al redondel cuando Mlle. Marietta, haciendo saltar la valla del mismo á su caballo, desapareció entre un trueno de palmadas. La niña, en tanto, sin replicar palabra, apresuróse á enjugar una lágrima indiscreta que, á pesar de ello, no pasó inadvertida al orador.

—Sin embargo,—concluyó este último,—no considero necesario el oficio de *clown*, ni que ese público grosero venga á divertirse con tales chocarrerías: existen profesiones, oficios más nobles con que atender al preciso sustento, espectáculos más cultos é instructivos con que proporcionarse unas horas de solaz y esparcimiento.

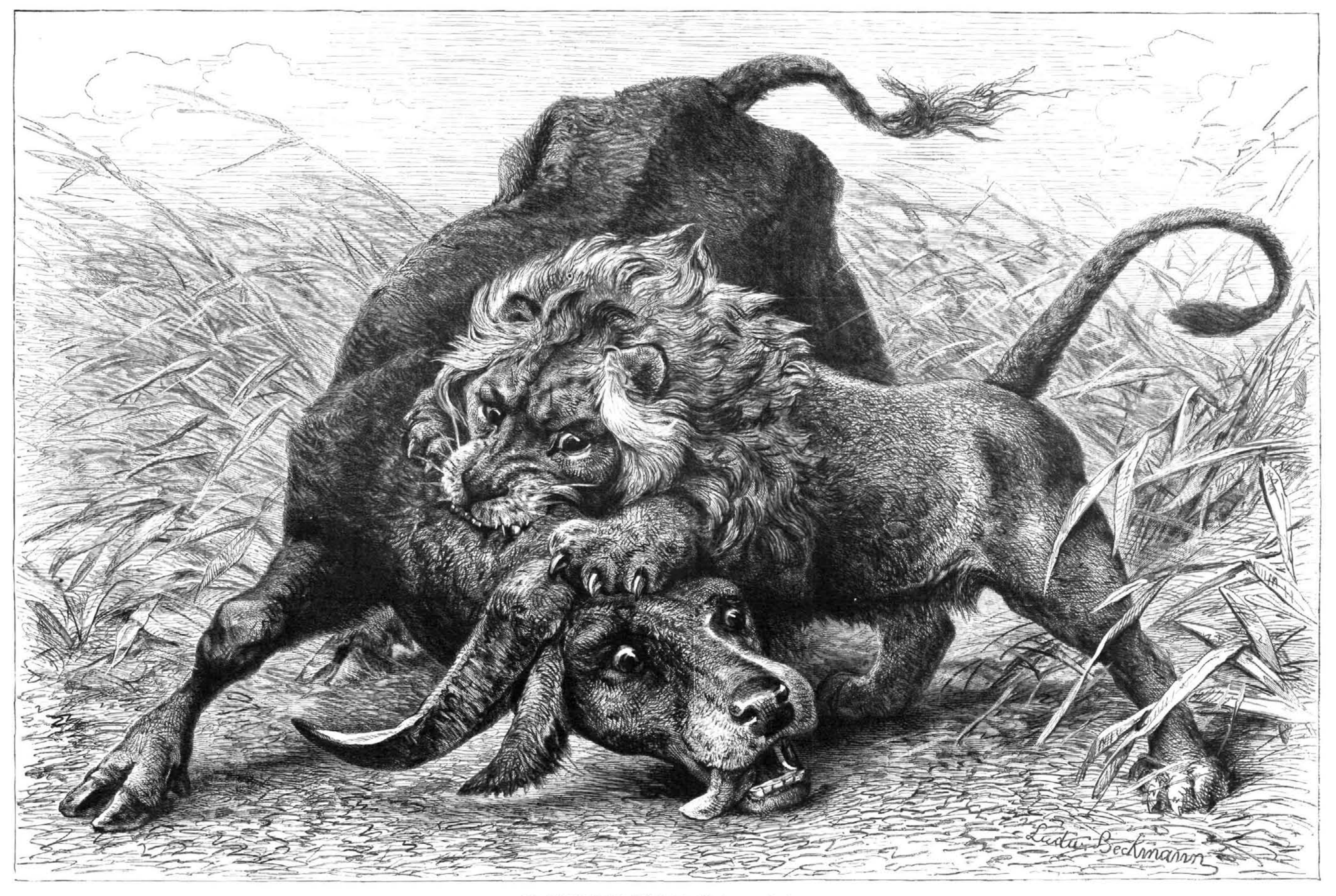
Proferidas estas palabras, todos callaron, entregado cada cual á las reflexiones que el caso le sugiriera.

—¡Papá, papá, los leones!—dijo al fin la niña, alborozada.

En efecto, una enorme jaula, cuyo interior ocultaban grandes planchas de metal, rodó al impulso de forzudos brazos hasta el centro de la arena. Un rugido imponente como una voz de mando, terrible como una amenaza de muerte, estremeció á la con-



UN ACTOR RETIRADO, cuadro por F. Smallfield



EL LEON Y EL BÚFALO, dibujo por Beckmann

currencia, hizo latir aceleradamente los corazones, concentrarse las miradas y la atencion en el lugar donde se ocultaban aún los reyes del desierto.

—¿Ve V.?—repuso el jóven dirigiéndose nuevamente al caballero,—ese espectáculo será peligroso, inmoral, todo lo que V. quiera; pero no degrada y, por mi parte, confieso que me seduce. Encuentro algo terriblemente grande en esa lucha y en esa victoria del hombre sobre el bruto, de la inteligencia sobre la fuerza, del rey de la creacion sobre el rey de los bosques. Luégo, ese palpitante interés, esa emocion suprema que experimenta todo un público hasta ver quién vence á quién, en lugar de degradarlo, desarrolla en su corazon el sentimiento y le presta nuevo brio.

El caballero hizo con la cabeza una señal afirmativa que secundó la niña.

Cayeron las planchas que ocultaban el interior de la jaula, y el público pudo admirar, con toda su rugiente fiereza, á cinco leones, cuyos ojos inyectados en sangre, cuyas flotantes melenas y garras amenazadoras parecian desafiar á los espectadores. Observóse en el compacto público cierta ondulante agitacion que recordaba un campo de rubias mieses sacudidas por el viento.

El capitan Cardono saltó en medio de la arena, siendo saludado con un aplauso general. Era un hombre en toda la fuerza de la edad, moreno, nervudo, de gentil presencia, de mirada audaz, robusto cuello y abundosa melena, cual si en ella quisiera competir con los leones. Llevaba la cabeza descubierta; vestia botas de montar, ajustado y recio pantalon de ante, largo casacon de paño con bordados, ceñido por un cinto de cuero, en el cual brillaban las cinceladas culatas de dos pistolas, y empuñaba un látigo en la diestra.

Dirigióse resueltamente á la jaula de los leones que, al verle, rugieron de coraje; abrió con cautela la puerta y entró cerrándola tras sí. Las cinco fieras comenzaron á saltar desordenadamente en todas direcciones, amenazando con garras y fauces al capitan, sin que por ello se atrevieran á tocarle. Era de ver y de admirar cómo el intrépido domador les daba de latigazos, irritándolos con el gesto y con la voz; ya con saltos redoblados los veia sobre su cabeza, cual banda de hambrientas águilas, ya revolverse rugientes á sus piés, alta la garra y la fauce amenazante; ya avanzaban furiosos contra él, ya retrocedian acorralados hasta un rincon de la ferrada jaula. El capitan echó mano á sus pistolas, cada una de dos cañones, y uno tras otro descerrajó los cuatro tiros á las feroces fieras. Y las voces imperiosas del domador, y los rugidos imponentes de los leones, y el estruendo de una y otra detonacion, y el resplandor de los fogonazos, y el rápido saltar y revolverse de aquellos cinco brutos en torno de una figura humana, formaban un conjunto salvaje, informe, aterrador, que helaba la sangre en las venas y suspendia la respiracion en los pulmones. Era aquello algo parecido á una lucha de titanes, á las embestidas del mar alborotado, á los ímpetus del huracan tronchando un bosque de encinas seculares; era, en fin, un espectáculo aterrador, indescriptible.

Nuestro jóven, no obstante, intentó describirlo, diciendo:

—¡Soberbio! Así, en la jaula del cerebro humano, luchan y se revuelven las pasiones, más rugientes aún que las fieras del desierto, contra la razon, su domadora. Miéntras la razon triunfa, como aquí el domador de los leones, el latente espectáculo cerebral no deja de ser una diversion, un nuevo encanto de la vida; pero si las pasiones, es decir, las fieras, devoran á la razon, que debió domarlas, el hombre es devorado á su vez por las pasiones, la conciencia sucumbe y el espíritu rueda hasta el fondo del abismo.

—¡Bien comparado, jóven!—no pudo ménos de exclamar el caballero.

La niña, aunque nada dijo, posó en el semblante del filósofo una mirada investigadora, larga y profunda, cual si quisiera penetrar hasta el doblez más recóndito de su alma.

En el mismo instante, el capitan, saliendo de la jaula, cerraba rápidamente la puerta, hasta la cual con sus amenazas y rugidos le acompañaron los leones, entre una tempestad de bravos y palmadas que el público, entusiasmado, tributaba al domador.

Por tercera vez salia éste al redondel á saludar y ser saludado por los espectadores, cuando la niña, de pié y con el abrigo puesto, se dispuso á abandonar el Circo, seguida de su padre. Ni uno ni otra lo verificaron sin dirigir un ligero saludo al jóven, que contestó respectivamente:

—A los piés de V... Beso á V. la mano.

Luégo, su primer impulso fué levantarse y seguirles, con objeto de averiguar el domicilio de la hermosa niña. Considerando empero un vil espionaje semejante accion, inmóvil en su sitio, se contentó con no perderlos de vista hasta que hubieron desaparecido.

II

En Madrid, nada más fácil que averiguar la vida y milagros del prójimo: la rodante murmuracion os los cuentan cien veces sin que querais saberlos. A los ocho dias, Miguel (así se llamaba nuestro jóven) supo que el caballero, llamado á su vez D. Justo del Cigarral, último vástago de una noble familia toledana venida muy á ménos, habia renunciado á ostentar el título de conde, por avenirse el condado muy mal con su mermada fortuna; que el dicho D. Justo veíase en la precision de desempeñar un destino en el ministerio de Estado, con el haber de siete mil quinientas pesetas anuales; supo, además, que este funcionario público era viudo y que con Lucía, su única hija, habitaba un tercer piso en la calle de Bailén; supo, en fin, para feliz coronamiento de sus informes, que al dejar atrás los quince abriles, ya la discreta hija de D. Justo hacíase digna de su nombre bautismal, pues por su belleza de alma y cuerpo *Lucía lucia* donde quiera que se presentase.

Miguel recibió con singular satisfaccion tales noticias y alegróse por todo extremo de que la niña no fuese rica, considerando muy discretamente que las riquezas suelen ser foco de corrupcion, ó verdugos del sentimiento, ó valladar infranqueable para un jóven pobre, aspirante á la mano de una doncella opulenta, honrada y no mal parecida.

En Madrid, nada más fácil que disminuir la distancia entre dos ó más personas, gracias al frecuente y expansivo trato social de los madrileños. En su consecuencia, á los dos meses de la referida exhibicion de los leones en el Circo de Price, fuese casualidad, fuese obra del primero, Miguel, Lucía y el padre de ésta se encontraron de nuevo en una tertulia, y fueron mutuamente presentados por la señora de la casa. Padre é hija supieron entónces por boca del mismo jóven, que éste era natural de Madrid; que formaba parte de una modesta y poco numerosa familia; que habia terminado la carrera de leyes, bien que sin pleitos todavía, y que era, como la hija de D. Justo, huérfano de madre. Supieron poco despues, y eso no lo dijo Miguel, pero lo notaron ellos, que poseia una educacion esmerada, unos conocimientos nada vulgares, un espíritu recto, un *sentido* para él mal llamado *comun*, puesto que era muy superior al de la inmensa mayoría de los mortales, y una delicadeza de gustos y sentimientos todavía ménos comun entre los individuos del sexo no siempre con razon apellidado fuerte.

Una de las conversaciones entre nuestros personajes versó sobre la funcion del Circo de Price, durante la cual se conocieran, sobre los espectáculos gimnásticos y los *clowns*, vertiendo Miguel tantas y tan luminosas ideas, formando tan atinados conceptos, descubriendo tan exactas apreciaciones, que acabó de granjearse en breve las ya nacientes simpatías de D. Justo y de su hija.

Miguel tenia un verdadero interés en concurrir á la tertulia, que se verificaba todos los juéves, y sus nuevos amigos, por otro lado, tampoco faltaban á ella.

Lucía se iba acostumbrando insensiblemente al trato de Miguel, y si tal vez fuera aventurado decir que amaba al jóven, no lo será el asegurar que amaba su conversacion, lo cual venia á ser lo mismo, profesando á su interlocutor una reconcentrada simpatía y una franca admiracion hácia el saber y entendimiento que aquél, sin vanidad y sin querer, á cada paso revelaba. Y no eran por cierto injustificados estos afectos de Lucía: el trato de Miguel, además de su exquisita finura, era encantador por lo original; en cuanto á su conversacion, amena, pintoresca, salpicada de imágenes ingeniosas, de pensamientos profundos ó sublimes, expresados siempre en un lenguaje llano y culto, no se parecia á la de los demás hombres. No solia abusar de la galantería, pero al usarla alguna vez, eclipsaba con ella á todos los galanteadores de oficio; y como quiera que no las prodigaba, sus frases galantes tenian más valor que las de ningun otro. Sin duda por aquello de que adonde quiera que fueres haz lo que vieres, bailaba como un simple y frívolo mortal, sin dar importancia al baile y burlándose ántes bien de los bailadores, á cuyo propósito solia decir que el salon, atestado de parejas saltarinas, se le antojaba enorme olla donde hirviesen judías.

Por lo demás, Miguel admiraba constantemente la discrecion y belleza de Lucía, y bien podia decirse de él que estaba enamorado, aunque en modo alguno declarase á su amiga semejante sentimiento.

Ambos habian bailado juntos muchos valses y ejercido repetidas veces el noble comercio de sus ideas, cuando una velada, en la tertulia, la amiga dijo al amigo:

—Miguel, ¿quiere V. que juguemos un décimo á la lotería?

—¡Cómo! ¡Es V. jugadora!

—He tenido una corazonada.

—¡Tambien supersticiosa!

—¿Quién se libra, siquiera un momento, de supersticiones?

—No he jugado nunca.

—Mejor; dicen que el que juega por vez primera, gana.

—Preocupaciones.

—Creo que con V. me va á tocar.

—Siendo así, no quiero incurrir en la crueldad de negar á V. la suerte. Estoy á sus órdenes, Lucía.

Sin fe en las corazonadas, ni en el azar, Miguel aceptó, por complacer á su amiga, y tambien por otra razon ménos generosa: le halagaba aquella comunidad de intereses con Lucía.

Jugaron, pues, á medias un décimo de seis pesetas, y como era de esperar, no les tocó.

—No hay justicia en la tierra,—dijo Lucía,—V. merece ser rico.

—No me asuste V.; si lo merezco, jamás llegaré á serlo.

—Renuncio á probar fortuna por ese lado,—repuso la jóven.

Y se burló discretamente de su corazonada, y no volvió á mentar á Miguel la lotería.

En esto se fué acercando la canícula y, segun costumbre de todos los años, comenzó en Madrid la dispersion general. Miguel, á pesar de ello, no abandonó la corte, porque no le era fácil permitirse viajes de recreo, ni podia resolverse á imitar con este objeto á los que toman dinero prestado ó se arruinan tras fútiles caprichos. D. Justo y su hija tampoco la abandonaron, ya por análogas razones que Miguel, ya por atender el primero, escrupuloso en grado sumo, á las exigencias de su destino. De acuerdo con otros tertulianos, que igualmente permanecian en Madrid, trasladaron la reunion á los jardines del Buen Retiro, durante las noches de concierto.

(Continuará.)

FANTASIA SOBRE MOTIVOS DE CAZA

EN LA CIUDAD

Aquel dia experimentóse un extraño fenómeno que no dejó de alarmar á los sabios. Absurdos rumores corrieron por la tierra, y hallando eco en los corazones timoratos, hicieron creer á algunos que una nueva irrupcion de hunnos y suevos amenazaba el antiguo mundo, á esta Europa desdentada y achacosa, como vieja harta de goces y alifafes.

Las escopetas saltaron dentro del armero, y disparándose voluntariamente, aguzaron el oido para escuchar las armonías alegres de vida, primavera y juventud, que el campo enviaba á la ciudad en brazos del aire.

Un zurron de caza abrió su boca, mostrando aquellas sus honduras de tela de lienzo manchado con sangre de conejos. Las perdices urbanas que dentro del jaulon de alambre languidecian como *Eugenia Grandet* esperando al amor de su alma, esponjaron el plumoso ropaje, alargaron el cuello, entornaron dulcemente los ojos, y abriendo el rojo pico parlero, exclaman, poco más ó ménos, el siguiente estupendo discurso: «¡Llegó, llegó la fecha! Ah ingratas hermanas nuestras, que nos tachais de falsas y traidoras, porque, con nuestro cantar alharacoso y alegre, os atraemos ante la escopeta de los hombres; no es culpa nuestra el que vosotras vengais...

»Nosotras cantamos porque nos sale del alma el cantar; porque, enfermas de *saudade*, si no cantáramos nos ahogaríamos; porque así como la caldera de vapor habria de reventar si no arrojase el blanco vaho, nosotras reventaríamos si no echásemos al mundo los gorjeos de nuestra pena negra y sin fin. ¡Dia feliz! Mañana saldremos al campo; mañana nos oireis cantar... pero no acudais. ¡Contestadnos desde léjos!...

Los sombreros de paja de inconmensurables alas quisieron tomar vuelo como enorme mariposa, hasta colocarse en las cabezas de los cazadores, que agrupados á la sombra de aquel emparrado, habian sentido hervir en su cerebro la burbuja que determina la idea segun los materialistas, y trazaban sobre el mantel de la mesa el plan de la próxima expedicion venatoria.

Son un ejército por lo numerosos; una tribu salvaje por lo desigual de sus armas y vestidos; una comunidad de frailes por lo cuidadosamente que rellenan las alforjas de apetitosos bocados, y el ventrudo botillo pezoso y rezumon de corroborante zumo divino y excitante. Unos llevan correcto vestido de exquisita elegancia, sombrero de fieltro con pluma de pavo real, que coqueta se balancea como el pompon de un cabo de gastadores. Otros van en mangas de camisa, como el *Don Frutos* de Breton. No falta quien se cubra el velloso pecho con gruesa tela de crudo lienzo, ni quien lleve los rudos brazos al aire ennegrecidos de ludir con soles y tramontanas.

Todos llevan el mismo pensamiento: cazar. Sus escopetas serán más ó ménos costosas y certeras, pero todos desempeñan el mismo oficio: cazan. Unos se encaminan al castillo elegante, donde les aguardan todas las comodida-

des de la ciudad y todos los placeres campestres, miéntras otros dormirán, á cielo descubierto, sobre la dura tierra, con la cabeza apoyada en el zurron; pero éstos y aquéllos, al reposar sus cuerpos sudorosos despues de la faena del dia, cuando el dios del dormir les toca con su dedo índice en las cansadas pupilas y caen en un sopor dulce y deleitoso, sueñan con un amanecer sonrosado, fresco; con una ladera erizada de zarzales, gallombas y lentiscos de la cual, como que brotan los conejos en cuadrillas, las perdices en falanges, las codornices en bandadas, los gamos en inmensidades numéricas; y en que, sobre toda esta animacion de la floresta, mil bocas de fuego sacan sus lenguas de pólvora inflamada, pronunciando palabras que matan, diezman y asolan á los míseros habitantes de la selva.

En el pueblo, la botica es el cuartel general de los cazadores. Allí se espera el dia de la apertura de la caza y suelen oirse estas palabras:

—«Mañana es.»

—«De hoy en ocho dias.... al campo.»

—«Pasado mañana.... sobre las armas.»

—«Hoy he llevado al herrero la escopeta para que le gobierne el gatillo. ¡Hay que estar preparados!»

Estas son las voces que, corriendo por el mundo hicieron temblar á los más tímidos, dándoles ocasion á pensar en que algun desaguisado bélico meditaban los «eternos enemigos del órden....» ¡Ved qué temor más infundado! Si hubiesen oido á los cazadores de la botica cuando decian á seguida:

—«La perra *Sola* está sublime.... ¡Ha de menear bien á la gente de pelo corto!»

—«*Sultan y Canelo* están deseando salir al campo.... ¡Qué inquietud la suya!.. Hoy han roto dos veces la cadena.»

—«Mi *Gerundio* y mi *Alambre* tienen alborotado el pueblo con sus ladridos.»

Si esto hubieran escuchado los espíritus tímidos temblones, habrian comprendido que no se trataba de una revolucion ó guerra, sino de una gran partida de caza, en solemnidad de haberse abierto las imaginarias puertas del campo, girando sin chirriar sobre los goznes mohosos de la ley.

Hay quien, sin embargo, no goza de esta dichosa felicidad agreste: es un hombre que se esconde de los cazadores de órden, un demagogo de los campos, un *nihilista* práctico: el cazador ilegal, para el cual no hay meses de veda.

¿Cómo ha de alegrarse de un suceso que á él le quita el dominio exclusivo del monte? Al decirle «Se te permite cazar,» si él está ya cansado de recorrer todos los rincones del mundo donde puede haber caza, es como si á un amante le dicen: «Esa mujer es tuya en cuerpo y alma» cuando está ya hastiado de sus gracias y cuando sus caricias han marchitado el lirio de su pureza virginal.

Estos cazadores, que adelantan á la época de la caza, me parecen unos monstruosos avaros que quieren que el árbol les entregue su fruto ántes de echar las hojas. ¿Sabeis quién es su digno acompañante? No el perro, que es bicho legal y honrado como pocos, sino esa alimaña hirsuta, larguirucha, mal oliente y escurridiza que se mete por los agujeros de las casas subterráneas donde los conejos moran, y dispersa las honestas tertulias de estos doctos animalillos: ¡el huron!.... El huron es el esbirro de los campos.



UNA BODA EN BRETAÑA (preparativos para el banquete)



UNA BODA EN BRETAÑA (el baile)

EN EL MONTE

Un cazador místico, que lleva en el hondo bolsillo de su chaqueta una edicion primorosa de fray Luis de Granada, dice que aquella noche—la de la apertura de la caza—cuando era ya pasada por filo la hora de las doce y la luna palidecia en lo alto de la inmensa techumbre celestial como un reverbero falto de luz, entre lo más enrevesado y oscuro del sombroso monte, escuchó un lejano sonido de bocinas, cantares misteriosísimos é indescifrables, coros de voces que, pareciendo humanas bajaban del cielo, y otros rumores, capaces todos de espantar al mismo leon de la Mancha, á D. Quijote, digo, el hidalgo invicto é insigne. Refiere el mismo cazador que de aquella oscura laceria de brazos de abetos, ramas de lentiscos y matorral espeso que forma allí una especie de cortina de follaje, surgió un tibio resplandor, que fué poco á poco aumentando hasta que en su foco se dibujó la silueta del santo patron de la caza, de San Huberto, rodeado de jaurías ladradoras, trofeos de liebres, y perdices muertas y otros atributos.

Pero yo no creo á este cazador místico, y tengo para mí que aquella noche debió apagar su sed con el dorado jugo de las cepas jerezanas, y que aquel polvo de sol liquidado, y no otra cosa, fué lo que le hizo ver visiones.

Lo que me consta, es que el campo se llenó de gritos de dolor cuando por todos los senderos fué desembocando una multitud de gente armada. No hubo conejo seguro, liebre tranquila, ni perdiz, en paz de Dios. Aquí sonaba un tiro; allí sonaba otro; las lejanas montañas devolvian multiplicado el fuego de la fusilería y los ladridos de perdigueros, *pointers* y galgos.

Cuando llegó la tarde y la mortífera gente se replegó hácia su rancho hubo más de una liebre viuda que tuvo que rodearse al cuello un pedazo de tul, en señal de pena por haber perdido á su amado esposo. Muchas palomas murieron de la horrible impresion que les hizo el fogonazo de un aprendiz de tirador, al cual le marró la puntería. Algun conejo, veterano en tales achaques, huyó cojeando con un perdigon en una zanca, y el olor de la pólvora en los chamuscados y nobles bigotillos. ¡Cuántas compa-

ñías de emigradoras codornices que habian firmado pacto de union con la pata derecha en las arenas de Africa, fueron dispersadas por el plomo y el fuego!

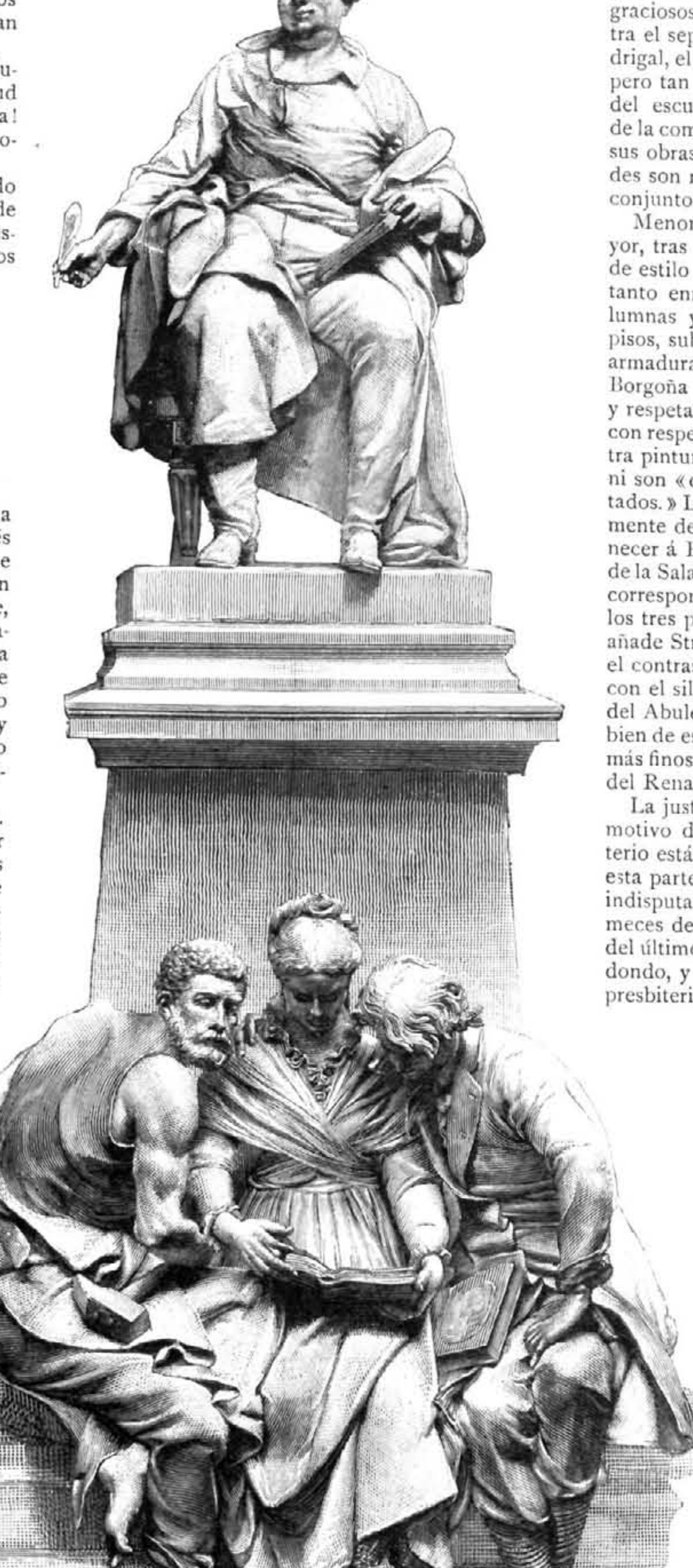
¡Muchas, muchas, muchas debieron de ser!

Pero ¿qué quereis?.... Si nosotros no nos comiéramos á la solícita república de animalejos, estos se devorarian entre sí.

Además, ¡qué placer no produce al hombre de las ciudades ese baño de cuerpo entero de la naturaleza, á virtud del cual el espíritu en las églogas se apodera de su alma! El duelo de un hombre culto bien vale el duelo de un conejo.

¡La caza abierta! ¡el campo libre! ¡el monte hirviendo en séres vivos, desde el escarabajo á la mariposa, desde el raton al ciervo! ¡hombres de las ciudades, salid á respirar el aire embalsamado y confortativo! La salud os aguarde del brazo del placer.

J. ORTEGA MUNILLA



MONUMENTO ERIGIDO EN PARIS Á LA MEMORIA DE ALEJANDRO DUMAS, (proyectado por Gustavo Doré)

LA CATEDRAL DE ÁVILA (1)

I

Para el conocimiento de nuestra arquitectura cristiana en la Edad Media, pocas localidades ofrecen más interés que la pequeña ciudad del Adaja. Cierto, que no posee el cúmulo de monumentos importantes que presentan Salamanca ó Toledo; pero con ser tan corto, relativamente, el número de los suyos, constituyen un eslabon inexcusable en la historia de nuestras grandes construcciones. La Catedral, S. Vicente, S. Pedro, S. Segundo, las ruinas de S. Isidoro, por una parte, á más de las murallas; Santo Tomás y las muchas casas particulares de los siglos XV y XVI, por otra, son ejemplos del mayor interés, y alguno de ellos insustituible, de la serie de nuestros estilos románico, ojival, del Renacimiento y plateresco.

No sólo es en este órden en el que Ávila descuella. En punto á escultura, su valía es casi igual: baste citar el sepulcro, único tal vez en España, de S. Vicente; las hermosas estatuas de este templo, más románicas que las de Santiago y análogas á las de San Martin de Segovia más bien que á las de Oviedo; las de la puerta N. de la Catedral, correspondientes con las de Burgos y Leon; el sepulcro del Tostado; el del príncipe D. Juan, en Santo Tomás (quizá el mejor que en su estilo podemos presentar en España) y la sillería de este mismo templo. Por último, para no hacer más larga esta enumeracion, puede asegurarse que seria difícil estudiar debidamente, sin los datos que Ávila encierra, la escuela castellana de pintura de los siglos XV y XVI; y que la platería, la herrería y otras artes afines, están allí representadas por admirable modo. Sirvan de ejemplo los púlpitos de la Catedral, ó la custodia de Arfe.

La primera obra que llama la atencion del viajero al acercarse á la ciudad, son sus murallas. Hay que acordarse de Lugo y Carcasona, para conceder que en otra parte subsista una construccion análoga. Más aún. Si bien el recinto y las fortificaciones que protegen la antigua ciudadela de la Galia meridional, son anteriores á las defensas abulenses (como levantadas por los visigodos sobre restos (2) romanos, en tiempos en que los dominios españoles se extendian desde la desembocadura del Tajo á la del Loire); y si á sus reformas y modificaciones van unidos los nombres de los albigenses, de San Luis, de Felipe el Atrevido, presentando un ejemplar, único en Europa, de la arquitectura militar desde el siglo VI al XIII, las murallas de Avila, posteriores á la primera época de las indicadas construcciones, quizá no han sufrido tanto y se presentan más puras y homogéneas, sin trazas (á lo ménos, á primera vista) de grandes alteraciones ni restauraciones. Comenzadas—algunos, probablemente sin razon, añaden «y concluidas»—por D. Ramon de Borgoña á fines del siglo XI, bajo la direccion de los famosos ingenieros extranjeros (?) Casandro y Florin de Pituenga, á quienes tantas cosas se atribuyen, cercan por completo la ciudad en la extension de unos 2,500 metros: miden de altura 10 ó 12, por unos 3 de espesor; constan de 86 torreones, que se elevan á veces hasta 16 metros, y tienen 10 puertas, cada una de ellas flanqueada por dos de dichos torreones, enlazados por un arco. Entre las otras torres, sobresalen la del Alcázar, y singularmente la que forma el ábside de la Catedral.

Es este del mayor interés, por presentar un bello ejemplo de los ábsides fortificados de la época románica: v. g. el de S. Sernin, en la misma citada Carcasona, que, como el de Avila, forma parte del recinto amurallado de la ciudad. Dentro de este vasto tambor, taladrado por pocos huecos, dividido en paños verticales por columnas y pilares alternados, y coronado por un parapeto almenado, tras el cual se eleva otro más alto, paralelo al primero, se hallan dispuestas las naves y capillas de la cabecera de este templo. Dichas capillas, de planta circular y escasa luz, se encierran en el grueso del muro, sin acusarse al exterior; y las dos naves que dan vuelta al presbiterio y cuya division se apoya sobre delgadas y atrevidas columnas, forman un *chevet*, tal vez, despues del de Toledo, sin rival en España. Toda esta parte corresponde á la transicion del estilo románico al primitivo ojival, que domina en los arcos y bóvedas, miéntras aquel se presenta en los pilares, columnas y aristones, y es dudoso pertenezca á una época anterior á los últimos años del siglo XII. La planta de la cabecera adolece de cierta irregularidad é incongruencia con el resto. Por ejemplo: está compartida en cinco naves (sin contar las capillas absidales), miéntras que el cuerpo de la iglesia, de una anchura equivalente, sólo tiene tres. Esto no obstante, el efecto es severo y hermoso. En dicha parte del templo, al respaldo del altar mayor y rodeado de muy poco graciosos relieves, del gusto del Renacimiento, se encuentra el sepulcro del famoso obispo abulense Alonso de Madrigal, el Tostado, obra de Berruguete, en el mismo estilo; pero tan superior, cuanto que probablemente es la mejor del escultor castellano: pues, á pesar de lo recargado de la composicion, excede en mucho á otras que pasan por sus obras maestras, v. g. la sillería de Toledo: las actitudes son más naturales, la composicion más sentida y el conjunto más fino y delicado.

Menor interés tiene el retablo de pintura del altar mayor, tras del cual se encuentra este sepulcro. Es del XV y de estilo plateresco, alternando los arcos canopiales, un tanto enrevesados, del gótico en la agonía, con las columnas y pilastras del Renacimiento. Consta de tres pisos, subdivididos en paños por las grandes líneas de la armadura. Estos paños son obra de Santos Cruz, Juan de Borgoña y Berruguete (Pedro); y, á pesar de la benévola y respetable opinion de Street, su principal importancia es con respecto á la historia del arte, sobre todo á la de nuestra pintura tan poco estudiada aún: pues sus cuadros, ni son «de gran mérito,» ni están «admirablemente pintados.» Los mejores son los del piso inferior, probablemente de Santos Cruz; los del intermedio deben pertenecer á Borgoña y semejan mucho á las pinturas murales de la Sala Capitular de Toledo; y los de la última zona corresponderán á Pedro de Berruguete. En ninguno de los tres prepondera el influjo germánico, como tambien añade Street, sino el italiano. Notemos al propio tiempo el contraste de esta benevolencia del eminente arquitecto con el silencio en que pasa, no sólo el sepulcro, ya citado, del Abulense, sino el pequeño retablito de mármol, tambien de estilo italiano, colocado al pié del otro y uno de los más finos que poseemos. El desden con que mira las obras del Renacimiento es sin duda la fuente de estos errores.

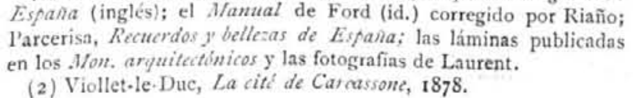
La justa severidad que por el contrario despliega con motivo de las irregularidades de construccion del presbiterio están muy en su lugar; si bien el efecto estético de esta parte de la catedral, segun él mismo reconoce, es indisputable bajo otros respectos. El triforio, con sus ajimeces de herradura; las vidrieras de colores, aunque ya del último tiempo, de las ventanas superiores de arco redondo, y el contraste entre ambos órdenes, hacen de este presbiterio, á pesar de sus faltas, uno de los más bellos que pueden verse en nuestras catedrales.

El crucero consta de dos tramos de bóveda en vez de uno, volviendo las naves laterales: lo propio que acontece por ejemplo, en Leon. En él se encuentran los dos célebres púlpitos de hierro dorado (gótico flameante el uno y el otro del Renacimiento, que con el de San Gil en Burgos y los de Santiago y Toledo de bronce), son quizá los más importantes ejemplares que de este género nos quedan; no así las rejas del coro y el presbiterio, pesadas é insignificantes. Tampoco tienen gran valor los altares de mármol que junto á los púlpitos adornan el crucero, á pesar de su fama y de la rica labor, en el estilo del XVI, á que la deben sin duda. El coro es algo vulgar, sobre todo en su parte arquitectónica; la sillería, tambien del Renacimiento, es un poco mejor, pero muy inferior á la gótica de Santo Tomás, no obstante atribuirse ambas, tal vez sin razon, al mismo autor, Cornielis.

Desde el crucero, el cuerpo de la iglesia corresponde ya al segundo período del gótico, presentando el estilo característico del XIV, salvo en la parte inferior, propia del XIII y cuyos pilares, de sabor románico todavía, probablemente estaban destinados á sostener otra clase de obra; fenómeno frecuente en estos edificios y del cual resulta una compensacion entre la elegancia de los motivos geométricos que dominan en la ventanería y rosetones (tapiados hoy é inútiles algunos) y el gusto sobrio y severo del cuerpo inferior y las naves laterales, á cuyo carácter contribuye el tono uniforme y oscuro de la piedra, que no es ya el granito manchado de rojo, que constituye el material de la cabecera y que por cierto á primera vista no parece granito, sino arenisca abigarrada.

De los sepulcros (la mayor parte del XIII y el XIV) que pueblan en gran número el templo, sólo debe aquí mencionarse—por razon de brevedad—uno de los colocados en la primera capilla de la nave N., debajo de la torre, por presentar una cornisa árabe de hojas convencionales en el estilo granadino; de los demás objetos conviene recordar una escultura, copia de la *Pietà* de Miguel Angel, la pila bautismal gótica y varios retablos de pintura española, del XV al XVI, que convendria estudiar con detenimiento.

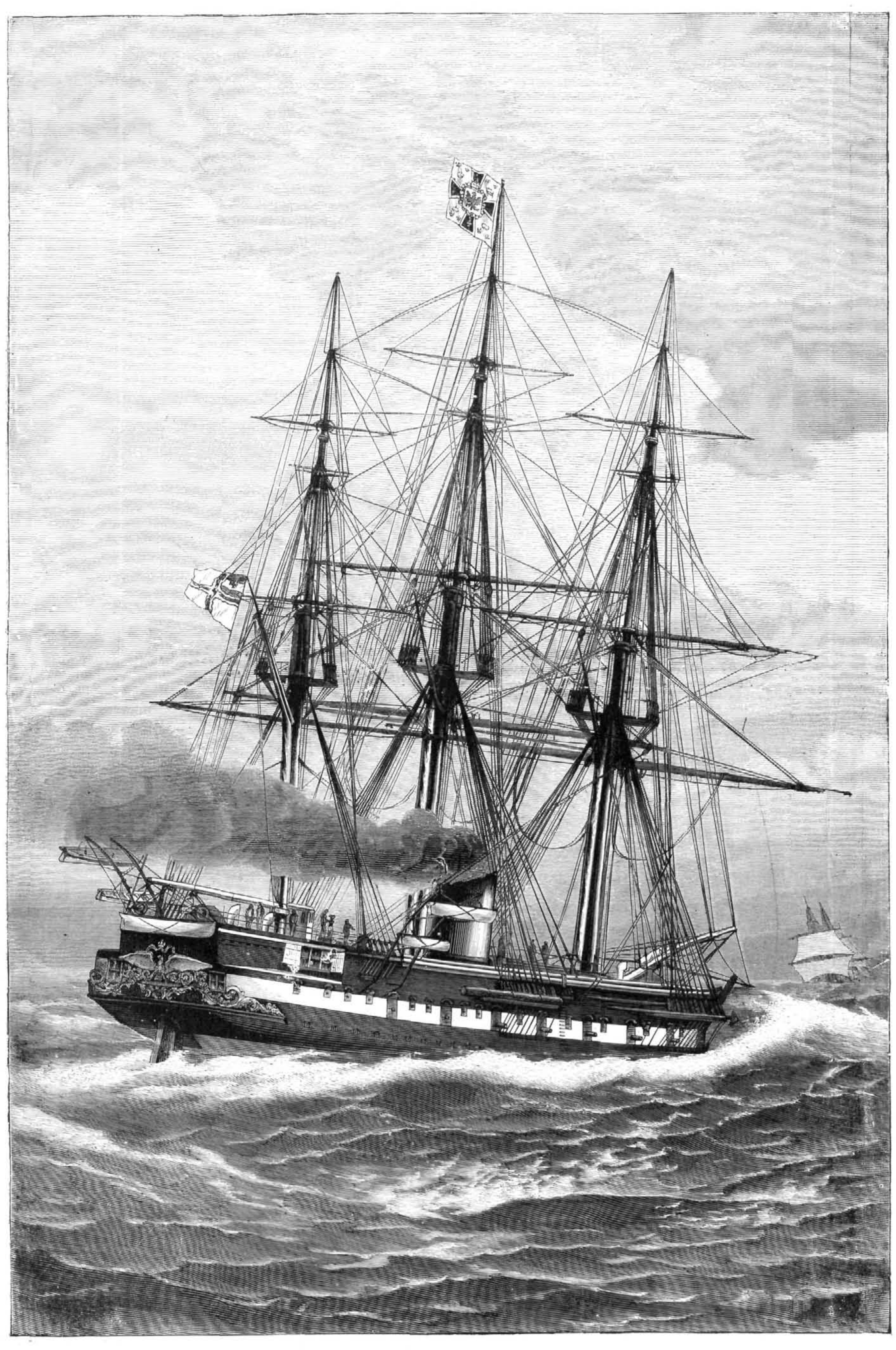
F. GINER DE LOS RIOS



(1) Sobre Avila deben consultarse: Street, *Arquitectura gótica en España* (inglés); el *Manual* de Ford (id.) corregido por Riaño; Parcerisa, *Recuerdos y bellezas de España;* las láminas publicadas en los *Mon. arquitectónicos* y las fotografías de Laurent.

(2) Viollet-le-Duc, *La cité de Carcassone*, 1878.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



EL PRINZ ADALBERT, buque en que el príncipe de Alemania ha efectuado su travesía de Génova á Valencia

VIAJE DEL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO Á ESPAÑA

VISTA DE GÉNOVA Y DE SU PUERTO, copiada de una fotografía



UNA VISTA DE LA COSTA DE VALENCIA, copiada del natural por Berlepsch



LA PUERTA DEL SOL EN MADRID, copiada de una fotografía

LA PLAZA MAYOR DE MADRID, copiada de una fotografía

EL PALACIO REAL DE MADRID